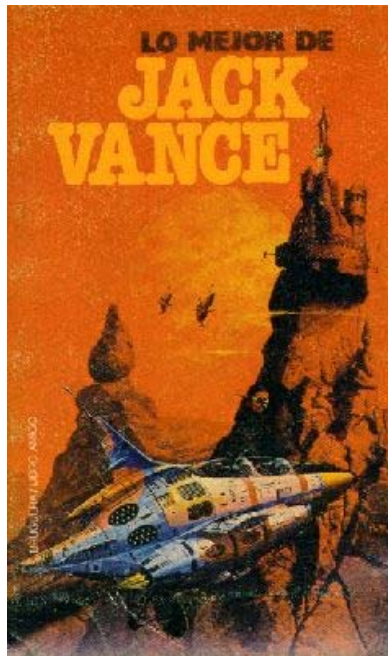


LO MEJOR DE JACK VANCE



Jack Vance



ÍNDICE

Introducción

Prefacio

Velero 25

El último castillo

La mariposa lunar

Introducción - ¿Es Jack Vance un extraterrestre?

Jack Vance es el maestro indiscutido de la ciencia ficción «exótica». Nadie como él ha sabido transmitir —incluso en sus narraciones más intrascendentes— esa sensación de ajenidad que debería caracterizar toda obra que describa otros mundos y otras épocas futuras, y que sin embargo tan pocos autores consiguen infundir a sus relatos.

Esta habilidad suya para evocar lo irreductiblemente extraño le ha convertido en uno de los autores más populares del género, pese a (o precisamente por) la aparente irrelevancia del argumento de muchos de sus relatos. Como en la narrativa de Kafka, lo más importante no es lo que pasa, sino cómo pasa, e incluso ese cómo adquiere todo su interés a nivel de matiz. No se puede reducir un relato de Vance a su esquema argumental (como se puede hacer con muchas otras narraciones de ciencia ficción, que incluso mejoran en versión sinóptica), pues equivaldría a pelar un plátano para tirar lo de dentro y comerse la piel. En Vance, como en Kafka (aunque a un nivel muy distinto), la forma es el contenido.

Dicho de otro modo, la peculiar fascinación de Vance reside en que más que escribir sobre alienígenas lo hace como un alienígena.

Y, bien mirado, puede que lo sea, teniendo en cuenta su tenaz y misteriosa reserva, su reticencia a mostrarse en público y hablar de sí mismo.

En cualquier caso, se trata de un extraterrestre concienzudo y prolífico, y si los extraterrestres piensan invadir nuestro mercado editorial infiltrando a agentes como él, los escritores indígenas nos veremos en un grave apuro.

Pues Vance no sólo es, como ya he señalado, uno de los más populares escritores de ciencia ficción, sino que, además, con su verdadero (?) nombre, John Holbrook, ha conseguido éxitos similares como novelista de misterio.

Naturalmente, Vance ha ganado varios premios Hugo, uno de ellos por *El último castillo*, tal vez el más inquietante de los relatos incluidos en esta antología. Antología para la que, excepcionalmente, Vance ha escrito un breve prefacio y sendos comentarios introductorios a cada narración.

Los lectores que, de la mano de Vance, hayan visitado el planeta Durdane¹ estarán preparados, supongo, para afrontar este nuevo trip de «ajenidad total». A los que no debo recomendarles que no empiecen este libro si han de hacer algo importante en las próximas horas. Pues les aseguro que, una vez dentro, no les va a ser nada fácil volver. Suponiendo que deseen hacerlo.

CARLO FRABETTI

PREFACIO

Con franqueza, no me gusta discutir mis propios relatos, sino sólo analizarlos. Sin embargo, se me ha pedido que prepare un prefacio para la siguiente colección y parece que no hay otro tema más apropiado que las narraciones mismas.

Naturalmente, se trata de relatos que me gustan. Han sido escritos a lo largo de, aproximadamente, quince años. Siento un afecto especial por *El retiro de Ullward*, y por *Velero 25*. Por lo demás, poco se puede decir que no digan los relatos por sí mismos.

Me parece mejor hacer una o dos observaciones sobre mi acercamiento personal al asunto de la literatura. En primer lugar, estoy firmemente convencido de que el escritor que se anuncia a sí mismo distrae la atención de sus lectores de lo que debe ser su única preocupación: su trabajo. Por esta razón, y después de unas pocas vacilaciones iniciales, me he negado a diseminar fotografías, autoanálisis, información biográfica, críticas y confesiones: no a causa de una reserva innata, sino para dirigir la atención hacia donde creo que merece ser dirigida.

Soy consciente de que no utilizo ningún estilo inflexible o predeterminado. Cada relato genera su propio estilo, por decirlo así. En teoría, creo que el mejor estilo es aquel que nadie nota, pero supongo que, en la práctica, esto puede no ser así, o imposible de conseguir en todas las ocasiones. En la actualidad, el tema del estilo es demasiado amplio como para ser cubierto con una frase o dos, y no me cabe la menor duda de que cada escritor tiene sus propias ideas al respecto.

Sin entrar en otras generalizaciones, recomiendo al lector que dirija su atención a los propios relatos.

Jack Vance.

I

Hace varios años, Cele Goldsmith dirigía *Amazing Stories*. Una noche, en casa de Poul Anderson, trajo, por razones de economía, una serie de ilustraciones para cubiertas, y pidió a los presentes que elaboráramos relatos basados en aquellas ilustraciones. Poul aceptó, con bastante cautela, una de ellas cuyo tema ya he olvidado. A Frank Herbert se le asignó la representación de una cabeza humana con un corte que revelaba un infierno de llamas, criaturas semihumanas que corrían a toda prisa, y todas las instalaciones de una planta de energía nuclear. Yo fui bastante más afortunado y recibí una imagen con la que se pretendía representar una ilota de naves espaciales impulsadas por velas solares. Teóricamente, la idea es buena y, desde hace tiempo, los científicos espaciales han incluido este concepto entre sus especulaciones sobre futuros viajes planetarios. La astrogación, desde luego, es algo inmensamente complejo, pero, con una cuidadosa inclinación de la vela y utilizando gravedades planetarias y/o del sol, se puede visitar cualquier región del sistema solar; no siempre por la ruta más directa, pero los clippers a vela también daban grandes rodeos en las rutas que seguían.

Las desventajas son lo complicado del equipo y la tremenda extensión de la vela —que tendría que ser medida en kilómetros cuadrados— necesaria para acelerar una nave de masa considerable a una velocidad apreciable y en un espacio de tiempo razonable.

Lo que me lleva de nuevo a mi cubierta. La artista, sin duda alguna por razones estéticas, representó las naves espaciales con unas velas de un tamaño similar a las de un bergantín, lo que probablemente no produciría más empuje de vuelo que el de una mosca. Además, las velas estaban pintadas de colores llamativos, desafiando la idea científica que especifica que las velas solares deberían ser ligeras membranas de plástico, recubiertas por una película de metal reflector de unas pocas moléculas de espesor. Sin embargo, y al margen de lo ilógica que pudiera parecer la ilustración, tuve la sensación de que tenía que justificar cada detalle por uno u otro medio. Después de un considerable trabajo lo conseguí, sintiendo una enorme gratitud por no haber sido seleccionado para escribir sobre la cabeza cortada que le tocó a Frank Herbert.

VELERO 25

1

Henry Belt entró lánguidamente en la sala de conferencias, subió al estrado y se sentó ante la mesa. Echó un vistazo a la sala; una mirada rápida y brillante que, sin fijarse en ninguna parte, trató a los ocho hombres jóvenes que tenía frente a él con un desinterés casi insultante. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un lápiz y una libreta roja y plana,

que colocó sobre la mesa. Los ocho hombres jóvenes le observaron en absoluto silencio. Eran todos bastante parecidos: saludables, limpios, inteligentes, con unas expresiones idénticamente alertas y cautelosas. Cada uno de ellos había oído leyendas sobre Henry Belt; cada uno se había formado sus planes privados y tomado sus determinaciones.

Henry Belt parecía un hombre de una especie diferente. Su rostro era ancho, plano, endurecido por los cartílagos y los músculos, con una piel que tenía el color y la textura de la corteza de tocino. Unas toscas canas blancas cubrían su cuero cabelludo; sus ojos eran poderosas hendiduras, y su nariz una masa deforme. Sus hombros eran macizos, y las piernas cortas y nudosas.

—Antes que nada —dijo Henry Belt, con una mueca de indiferencia—, quiero dejar bien claro que no espero gustarles. Si es así, quedaré sorprendido y disgustado. Significará que no les he apretado con la dureza suficiente.

Se reclinó en el asiento, observando al silencioso grupo.

—Habrán oído contar historias sobre mí. ¿Por qué no me han despedido del servicio? El incorregible, el arrogante, el peligroso Henry Belt. El borracho Henry Belt. (Esto último, desde luego, es una calumnia, Henry Belt nunca ha estado borracho en su vida.) ¿Por qué me toleran? Por una razón muy simple: por necesidad. Nadie quiere hacerse cargo de esta clase de trabajo. Sólo un hombre como Henry Belt puede resistirlo: año tras año en el espacio, sin otra cosa que mirar que media docena de jóvenes de cara redonda. El los saca, él los devuelve a su sitio. No todos ellos, ni todos los que regresan, son verdaderos astronautas. Pero todos cruzarán a la otra acera cuando le vean venir. ¿Henry Belt has dicho? Se pondrán pálidos o rojos. Ninguno de ellos sonreirá. Algunos ocupan ahora puestos muy altos. Podrían echarme de una patada si quisieran. Pregúntenles por qué no lo hacen. Henry Belt es un terror, les dirán. Es un perverso; es un tirano. Tan cruel como un hacha, tan voluble como una mujer. Pero un viaje con Henry Belt quita la espuma a la misma cerveza. Ha arruinado a más de un hombre; ha matado a unos pocos, pero quienes pasan la prueba, dicen con orgullo: ¡Yo entrené con Henry Belt!

»Otra de las cosas que pueden escuchar: Henry Belt tiene suerte. Pero no hagan caso de eso. La suerte desaparece. Formarán ustedes mi treceava clase y eso no es tener buena suerte. He salido con setenta y dos jovencitos, como ustedes, y no había ninguna diferencia entre unos y otros. He regresado doce veces, lo que se debe en parte a la buena suerte, y en parte a Henry Belt. El término medio del viaje es de unos dos años; ¿cómo puede soportarlo un hombre? Sólo hay uno que ha podido hacerlo: Henry Belt. He viajado por el espacio más que cualquier otro hombre vivo, y ahora les diré un secreto: ésta es la última vez que salgo. Empiezo a despertarme por las noches con extrañas visiones. Después de esta clase renunciaré. Espero que ustedes no sean supersticiosos. Una mujer de ojos blancos me dijo que moriría en el espacio. También me dijo otras cosas, todas las cuales resultaron ser ciertas. Nos vamos a conocer muy bien los unos a los otros. Y se preguntarán sobre qué bases hago mis recomendaciones. ¿Soy objetivo y honrado? ¿Aparto de mí la animosidad personal? Naturalmente, no habrá ninguna amistad. Bien, éste es mi sistema. Llevo una libreta roja. Aquí está. Anotaré sus nombres ahora mismo. ¿Cómo se llama usted?

—Soy el cadete Lewis Lynch, señor.

—¿Y usted?

—Edward Culpepper, señor.

—Marcus Verona, señor.

—Vidal Weske, señor.

—Marvin McGrath, señor.

—Barry Ostrander, señor.

—Clyde von Gluck, señor.

—Joseph Sutton, señor.

Henry Belt escribió todos los nombres en la libreta roja.

—Este es el sistema. Cuando hagan ustedes algo que me fastidie les rebajo puntos. Al final del viaje, totalizo esos puntos, añado unos pocos aquí y allí por lo de la suerte, y ésa es la fórmula por la que me guío. Estoy seguro de que nada puede estar más claro. ¿Qué es lo que me fastidia? ¡Ah! Esa es una pregunta muy difícil de contestar. Si hablan ustedes demasiado: puntos de menos. Si se muestran malhumorados y taciturnos: puntos de menos. Si gandulean y holgazanean y tratan de evitar el trabajo sucio: puntos de menos. Si muestran un celo excesivo y van de prisa a todas partes: puntos de menos. Servilismo: puntos de menos. Truculencia: puntos de menos. Si cantan y silban: puntos de menos. Si son unos pelmazos permanentes: puntos de menos.

Como pueden ver, resulta difícil trazar la línea divisoria. Les voy a dar un consejo que les ahorrará muchos puntos negativos. No me gustan los chismorreos, sobre todo cuando se refieren a mí mismo. Soy un hombre muy sensible, abro mi libreta con rapidez en cuanto pienso que se me está insultando. —Henry Belt volvió a reclinarse en el asiento—. ¿Alguna pregunta?

Nadie dijo nada.

—Bien —asintió Henry Belt con un gesto—. Es mejor que no hagan gala de su ignorancia en un momento tan temprano del juego. En respuesta a los pensamientos que en estos momentos están cruzando por la mente de cada uno de ustedes, debo decirles que no me creo un dios. Pero pueden pensarlo así, si quieren. Y esto —dijo levantando la libreta roja— pueden considerarlo como el compendio sincrético. Muy bien, ¿alguna pregunta?

—Sí, señor —dijo Culpepper.

—Hable.

—¿Alguna objeción contra bebidas alcohólicas a bordo, señor?

—Para los cadetes, sí, desde luego. Estoy de acuerdo en que el agua debe ser llevada en cualquier caso, en que los compuestos orgánicos presentes puedan ser reconstituidos, pero, desgraciadamente, las botellas pesan demasiado.

—Comprendo, señor. Henry Belt se levantó.

—Una última cosa. ¿Les he dicho que dirijo la nave con el mayor rigor? Cuando diga a saltar, espero que cada uno de ustedes salte inmediatamente. Se trata de un trabajo peligroso, desde luego. No garantizo su seguridad. Al contrario, y sobre todo desde el momento en que hemos sido asignados al viejo 25, que tendría que haber sido desguazado ya hace tiempo. Aquí son ustedes ocho. Sólo seis cadetes harán el viaje. Antes de que finalice la semana haré las notificaciones apropiadas. ¿Alguna otra pregunta...? Muy bien entonces. Hasta luego.

Moviéndose lánguidamente sobre sus delgadas piernas, como si le dolieran los pies, Henry Belt abandonó la sala por el pasillo del fondo.

Por un momento se produjo el silencio. Después, Von Gluck dijo con un tono de voz suave:

—¡Su Excelencia!

—Es un tirano lunático —murmuró Weske—. Nunca había escuchado nada igual. ¡Megalomanía!

—Tomadlo con calma —observó Culpepper—. Y recordad, nada de murmuraciones.

—¡Bah! —exclamó McGrath—. Estamos en un país libre. Diré lo que quiera.

—Es un milagro que nadie le haya asesinado —dijo Weske, levantándose.

—Yo no quisiera intentarlo —comentó Culpepper—. Parece muy fuerte.

Hizo un gesto y se levantó, con las cejas fruncidas, pensativo. Después se dirigió a mirar por el pasillo por donde se había marchado Henry Belt. Allí, apretado contra la pared, estaba Henry Belt.

—¿Sí, señor? —dijo Culpepper con suavidad—. Deseaba saber cuándo quería usted convocarnos de nuevo.

Henry Belt regresó a la tribuna.

—Ahora es un momento tan bueno como cualquier otro —se sentó y abrió su libreta roja—. Usted, señor Von Gluck, ha hecho la observación «¡Su Excelencia!» en un tono de voz ofensivo. Un punto menos. Usted, señor Weske, utilizó las expresiones «tirano lunático» y «megalomanía» para referirse a mí. Tres puntos menos. Señor McGrath, observó usted que la libertad de expresión es doctrina oficial en este país. Se trata de una teoría que, por el momento, no tenemos tiempo de analizar, pero creo que esa afirmación, hecha en el contexto actual, posee un cierto tono de insubordinación. Un punto menos. Señor Culpepper, su complacencia imperturbable me irrita. Preferiría que mostrara una mayor incertidumbre, e incluso inseguridad.

—Lo siento, señor.

—Sin embargo, recordó mi regla a sus colegas, así es que no le rebajaré ningún punto en esta ocasión.

—Gracias, señor.

Henry Belt se reclinó en el asiento y se quedó mirando al techo.

—Escúchenme con atención, pues no me gusta repetir lo que digo. Tomen notas si quieren. Tema: veleros solares; teoría y práctica de los mismos. Se trata de un material con el que ya deben estar familiarizados, pero que repetiré para evitar ambigüedades.

»En primer lugar, ¿por qué preocuparnos por la navegación a vela cuando las naves nucleares son mucho más rápidas, seguras, directas y fáciles de manejar? La contestación tiene tres aspectos: primero, una vela no es un mal modo de mover transportes pesados, con lentitud, pero más económicamente, a través del espacio. Segundo, la autonomía de la vela es ilimitada, pues empleamos la presión mecánica de la luz para impulsarnos y, en consecuencia, no necesitamos ni maquinaria propulsora, ni material de eyección, ni fuente de energía. El velero solar es mucho más ligero que la nave propulsada por energía atómica, y puede transportar una mayor dotación de hombres en un casco mayor. Tercero, para entrenar a un hombre en el espacio no hay mejor instrumento que el manejo de un velero. Naturalmente, la computadora calcula el sesgo de la vela y traza el curso. De hecho, seríamos patos muertos si no tuviéramos la computadora. De todos modos, el control del velero familiariza al personal con los aspectos cósmicos elementales: luz, gravedad, masa, espacio.

«Existen dos tipos de velero: puros y compuestos. El primero está basado exclusivamente en la energía solar, mientras que el segundo dispone de una fuente de energía secundaria. Se nos ha asignado el número 25, que pertenece a la primera clase. Está compuesto por un casco, un gran reflector parabólico que sirve como radar y antena de radio, así como de reflector para el generador de energía; y la vela propiamente dicha. La presión de la radiación, desde luego, es extremadamente débil, del orden de una onza por acre a esta distancia del sol. Necesariamente, la vela ha de ser extremadamente grande y ligera. Utilizamos una película de fluoro-silicona, de una décima de milímetro de espesor, velada con litio hasta alcanzar el estado opaco. Creo que la capa de litio es de un espesor de mil doscientas moléculas. Una hoja así pesa aproximadamente dos toneladas por kilómetro cuadrado. Está ajustada a un aro de tubos de acero monocristalino que van al casco.

«Tratamos de alcanzar un factor de peso de tres toneladas por kilómetro cuadrado, lo que produce una aceleración que oscila entre g/cien y g/mil, lo que depende de la proximidad al sol, del ángulo de sesgo, de la velocidad orbital circunsolar y de la capacidad de reflexión lumínica de la superficie. Estas aceleraciones parecen diminutas, pero los cálculos demuestran que son acumulativamente enormes. G/ cien produce un incremento de velocidad de mil trescientos kilómetros por hora a cada hora, lo que representa treinta mil kilómetros por hora cada día, ocho kilómetros por segundo cada día. A estas velocidades se pueden cubrir distancias interplanetarias... manipulando la vela adecuadamente, claro está.

»Ya he citado las ventajas de la vela. Fácil de construir y barata en cuanto a operatividad. No requiere combustible, ni eyector. A medida que viaja por el espacio, la gran área captura varios iones, que pueden ser expulsados en el chorro de plasma accionado por el reflector parabólico, lo que añade otro incremento a la aceleración.

«Las desventajas de la vela son las del velero o nave impulsada a vela, en la que tenemos que utilizar fuerzas naturales con una gran precisión y delicadeza.

»No existe límite determinado en cuanto al tamaño de la vela. En el 25 utilizamos unos seis kilómetros cuadrados de velamen. Para el presente viaje instalaremos una vela nueva, ya que la antigua está gastada y erosionada.

»Eso es todo por hoy.

Una vez más, Henry Belt bajó de la tarima y desapareció por el pasillo. En esta ocasión, no se produjo ningún comentario.

2

Los ocho cadetes compartían un mismo dormitorio, asistían juntos a clase y comían en la misma mesa en el comedor. En diversos talleres y laboratorios montaban, desmontaban y volvían a montar computadoras, bombas, generadores, giroplataformas, rastreadores de estrellas, equipos de comunicaciones.

—No basta el ser hábil con las manos —dijo Henry Belt—. La destreza no es suficiente. Son mucho más importantes la capacidad de recursos, la creatividad, la habilidad para introducir improvisaciones efectivas. Voy a someterles a una prueba.

Cada uno de los cadetes fue introducido en una habitación, en cuyo suelo había una gran cantidad de cajas mezcladas con hilos, herramientas y componentes de una docena de mecanismos variados.

—Se trata de una prueba de veintiséis horas —dijo Henry Belt—. Cada uno de ustedes dispone de una serie idéntica de componentes y suministros. No se deben intercambiar partes ni información entre ustedes. Aquéllos de quienes sospeche que han cometido esa falta, serán expulsados de la clase, sin recomendación. Quiero que construyan, primero una computadora Aminex Mark nueve. Segundo, un servomecanismo para orientar una masa de diez kilos hacia Mu Hércules. ¿Por qué Mu Hércules?

—Porque, señor, el sistema solar se mueve en dirección a Mu Hércules y de este modo evitamos el error del paralelismo, por muy insignificante que pueda ser.

—Ese comentario final raya en la frivolidad, señor McGrath, lo que sólo sirve para distraer la atención de quienes están tratando de tomar cuidadosamente nota de mis instrucciones. Un punto menos.

—Lo siento, señor. Sólo intentaba expresar mi idea de que, por muchas razones prácticas, no es necesario alcanzar tal grado de exactitud.

—Esa idea, cadete, es lo bastante elemental como para que no necesite ser expresada. Aprecio la brevedad y la precisión.

—Sí, señor.

—Tercero, a partir de estos materiales, montar un sistema de comunicación que opere a cien vatios y que permita mantener una conversación en dos direcciones entre la base Tycho. y Fobos, a la frecuencia que ustedes crean más conveniente.

Los cadetes iniciaron su trabajo de un modo similar, clasificando el material en varios montones, calibrando y comprobando después los instrumentos de medida. Los logros conseguidos fueron dispares. Culpepper y Von Gluck creyeron que, por una parte, la prueba era de una gran ingenuidad mecánica, y por otra de una gran rigurosidad que les llevó a la frustración, pero terminaron por no poder apasionarse cuando descubrieron que algunos componentes indispensables faltaban o no funcionaban correctamente, por lo que avanzaron en cada proyecto todo lo que les fue posible. McGrath y Weske, que comenzaron con la computadora, quedaron reducidos a una sensación de rabia,

realizando acciones secundarias sin ninguna efectividad. Lynch y Sutton trabajaron tenazmente en la computadora, y Verona en el sistema de comunicaciones.

Culpepper fue el único que se las arregló para completar uno de los instrumentos, aunque para ello tuvo que serrar, pulir y acoplar secciones de dos cristales rotos, formando una tosca unidad más, ineficiente, pero operativa.

Al día siguiente de la prueba, McGrath y Weske desaparecieron del dormitorio. Si lo hicieron por voluntad propia o por notificación de Henry Belt, fue algo que nunca supo nadie.

La prueba fue seguida por un fin de semana libre. El cadete Lynch, que asistió a un cocktail, se encontró hablando con un tal teniente coronel Trenchard, que sacudió penosamente la cabeza al enterarse de que Lynch estaba siendo entrenado por Henry Belt.

—Yo mismo estuve con el Viejo Horror. Se lo digo muy en serio, fue un verdadero milagro que pudiéramos regresar. Belt estuvo borracho durante las dos terceras partes del viaje.

—¿Y cómo escapa al consejo de guerra? —preguntó Lynch.

—Es muy simple. Todos los altos jefes parecen haber sido entrenados por Henry Belt. Naturalmente, todos odian sus entrañas, pero muestran un perverso orgullo por ello. Quizá confíen en que, algún día, un cadete lo elimine.

—¿Lo ha intentado alguno?

—¡Oh, sí! En cierta ocasión lancé un golpe contra Henry. Tuve la suerte de salir del paso con un hueso del cuello roto y los dos tobillos torcidos. Si consigue usted volver con vida, tendrá buenas oportunidades para llegar a lo más alto.

A la noche siguiente, Henry Belt hizo saber:

—Nos vamos el martes que viene, por la mañana. Estaremos fuera varios meses.

El martes por la mañana, los cadetes ocuparon sus puestos en la cabina. Henry Belt apareció entonces. El piloto estaba preparado para el despegue.

—Pónganse los cascos. Se inicia la cuenta...

El proyectil empujó contra la tierra, se tensó y se elevó en el cielo. Una hora después, el piloto señaló:

—Aquí está su velero. El viejo 25. Y el 39 justo a su lado, recién llegado del espacio.

Henry Belt se quedó mirando, pasmado, por la portilla.

—¿Qué diablos le han hecho a la nave? ¿La han decorado? ¿Rojo, blanco, amarillo? ¿El tablero de damas?

—Gracias a algún idiota de tierra —dijo el piloto—. Se dijo que se embellecieran los viejos veleros para unos cuantos congresistas que iban de juerga.

—Observen esa teoría —dijo Henry Belt, volviéndose hacia los cadetes—. Es el resultado de la vanidad y la ignorancia. Ahora tendremos que trabajar varios días para quitar esa pintura.

Se acercaron a la parte inferior de los dos veleros. El número 39 recién llegado del espacio, repuesto y brillante, junto a la destaralada estructura del número 25. En el portalón de salida del 39, un grupo de hombres esperaba, con sus equipos flotando al extremo de cuerdas.

—Observen a esos hombres —comentó Henry Belt—. Están satisfechos. Han realizado un viaje agradable alrededor del planeta Marte. Están muy poco entrenados. Cuando ustedes regresen estarán ojerosos y desesperados, pero habrán sido bien entrenados. Y ahora, caballeros, ajústense los cascos y procederemos al traslado a bordo.

Los hombres aseguraron los cascos con las abrazaderas y la voz en Henry Belt les llegó por radio.

—Lynch, Ostrander, se quedarán aquí para descargar los suministros. Verona, Culpepper, Von Gluck y Sutton, salten con cuerdas a la nave; tiren de ellos y colóquenlos en las escotillas adecuadas.

Henry Belt se hizo cargo de sus efectos personales, consistentes en varias cajas grandes. Las dejó caer al espacio sujetadas por cuerdas, las empujó hacia el 25 y él mismo saltó tras ellas. Tomó impulso él mismo, empujó las cajas por delante de él hasta llegar a la portilla de entrada, y desapareció por ella.

Se efectuó el trasbordo de mercancías. La tripulación del 39 pasó al transporte que, después, se inclinó hacia abajo y tomó impulso. Su figura fue disminuyendo de tamaño, alejándose en dirección a la Tierra.

Una vez estibados todos los suministros, los cadetes se reunieron en el cuarto de oficiales.

Henry Belt apareció, saliendo del cubículo del comandante.

—Caballeros, ¿qué les parecen los alrededores? ¿Qué me dice usted, señor Culpepper?

—El interior es espacioso, señor. Y la vista magnífica.

Henry Belt asintió con un gesto.

—¿Y usted, señor Lynch? ¿Cuáles son sus impresiones?

—Me temo que todavía no las he clasificado, señor.

—Comprendo. ¿Y usted, señor Sutton?

—El espacio es mucho mayor de lo que me imaginaba, señor.

—Cierto. El espacio es inimaginable. Un buen astronauta debe estar por encima del espacio, o ignorarlo. Ambas cosas son difíciles. Bien, caballeros, haré unos cuantos comentarios; después, me retiraré y disfrutaré del viaje. Como es mi última salida, no tengo la menor intención de hacer nada. La operación de la nave quedará por completo en sus manos. Yo sólo apareceré de vez en cuando para sonreír con benevolencia o, ¡ay de ustedes!, para rebajar puntos en mi libreta roja. Si tenemos algún accidente, o nos hacen volar hacia el Sol, serán ustedes más desgraciados que yo, puesto que es mi destino morir en el espacio. Señor Von Gluck, ¿noto una sonrisa en su rostro?

—No, señor. Sólo es una semisonrisa reflexiva.

—¿Y qué hay de humorístico en la idea de mi fallecimiento, si le puedo preguntar?

—Sería una gran tragedia, señor. Sólo estaba reflexionando sobre la persistencia contemporánea de... bien, no se trata exactamente de la superstición, sino, digamos, de la convicción de la existencia de un cosmos subjetivo.

Henry Belt sacó su libreta roja y escribió una nota en ella.

—Sea lo que sea a lo que usted se refiere con ese lenguaje bárbaro, estoy seguro de no conocerlo, señor Von Gluck. Está claro que se cree un filósofo y un dialéctico. No le castigaré por eso, siempre y cuando en sus observaciones no perciba tono de malicia y de insolencia, a las que soy extremadamente sensible. Y en cuanto a la persistencia de la superstición, sólo una mente empobrecida se considera a sí misma como depositaria del conocimiento absoluto. Hamlet ya habló de este tema con Horacio, si la memoria no me falla, en la conocida obra de William Shakespeare. Yo mismo he tenido visiones extrañas y terroríficas. ¿Eran alucinaciones? ¿Eran el resultado de la manipulación del cosmos por parte de mi mente, o de la mente de alguien —o de algo— extraño a mí mismo? No lo sé. En consecuencia, aconsejo adoptar una actitud flexible con respecto a cuestiones sobre las que aún se desconoce toda la verdad. Por esta razón, el impacto de una experiencia inexplicable puede destruir muy bien una mente que sea demasiado frágil. ¿He hablado con la suficiente claridad?

—Perfectamente, señor.

—Muy bien. Volvamos entonces a nuestro asunto. Estableceremos un sistema de horarios, mediante el que cada hombre trabajará alternativamente con los otros cinco. Con ello, espero evitar la formación de amistades especiales o capillitas.

»Han inspeccionado ustedes la nave. El casco es un sándwich de espuma aislada de litio-berilo, fibra y una piel interna. Es muy ligero y se mantiene rígido gracias a la presión del aire, más que por la propia dureza del material. Tenemos el espacio suficiente para estirar las piernas y para que cada uno de nosotros disponga de un poco de intimidad.

»El cubículo del comandante está a la izquierda. A nadie le está permitida la entrada en mi camarote, bajo ninguna circunstancia. Si desean hablar conmigo, llamen a la puerta. Si aparezco, bien. Si no aparezco, márchense. A la derecha están los seis cubículos que se pueden distribuir por sorteo.

»Su plan de trabajo será el siguiente: dos horas de estudio, cuatro horas de vigilancia y seis de descanso. No exigiré ningún índice específico de progreso en sus estudios, pero les recomiendo que utilicen su tiempo lo mejor posible.

«Nuestro destino es Marte. Ahora construiremos una nueva vela; después, a medida que aumente la velocidad orbital, repasarán y comprobarán cuidadosamente todo el equipo de a bordo. Cada uno de ustedes computará el sesgo de la vela y el curso de la nave, y resolverán ustedes mismos cualquier discrepancia que pueda surgir. No intervendré para nada en los problemas de la navegación. Prefiero que no me involucren en ningún desastre. Si ocurriera tal cosa, castigaré severamente a las personas responsables.

»Está prohibido silbar, cantar y tararear. Desapruebo todo rasgo de temor o de histeria, y reduzco puntos en consonancia. Nadie se muere más de una vez. Sabemos muy bien cuáles son los riesgos de este trabajo que nosotros mismos hemos elegido. No habrá bromas de tipo práctico. Pueden luchar entre ustedes, mientras no me molesten ni estropeen ningún instrumento. Sin embargo, les aconsejo no hacerlo, pues eso produce resentimientos, y he conocido a cadetes que se han matado entre sí. Les sugiero mantener una actitud fría e imparcial en sus relaciones personales. La utilización del proyector de microfilmes dependerá, desde luego, de ustedes mismos. No deben utilizar la radio ni para emitir ni para recibir despachos. De hecho, he dejado la radio fuera de servicio, como suelo hacer. Hago esto para resaltar el hecho de que, de una forma u otra, tenemos que arreglárnoslas contando únicamente con nuestros propios recursos. ¿Alguna pregunta...? Muy bien. Verán ustedes que, si se comportan con una corrección y exactitud escrupulosas, volveremos sanos y salvos, con un mínimo de puntos rebajados y sin pérdidas.

Sin embargo, tengo la obligación de decirles que, en ninguno de mis doce viajes anteriores ha ocurrido así. Ahora seleccionen sus cubículos y coloquen sus pertenencias. El transporte traerá la nueva vela mañana y entonces empezarán a trabajar.

3

El transporte descargó un gran fardo de tubos de unos ocho centímetros: litio del espesor del papel, endurecido con berilo, reforzado con filamentos de acero monocristalino, con una longitud total de doce kilómetros. Los cadetes acoplaron los tubos, uno al extremo del otro, reforzando y asegurando las juntas. Cuando el tubo tenía ya una extensión de cerca de medio kilómetro, fue inclinado mediante una cuerda extendida entre los dos extremos, y se continuó añadiendo después otras secciones. A medida que continuaba el proceso, el extremo libre se curvaba cada vez más hasta que empezó a virar hacia el casco. Cuando se colocó el último tubo, el extremo suelto fue arriado y encajado para formar un gran aro de cuatro kilómetros de diámetro.

Henry Belt aparecía ocasionalmente, en su traje espacial, para echar un vistazo, y de vez en cuando decía unas cuantas palabras sardónicas, a las que los cadetes prestaban muy poca atención. Su estado de ánimo había cambiado: era vigorizador encontrarse flotando ingravidamente sobre el luminoso globo lleno de nubes, con los continentes y los océanos girando masivamente allá abajo. Todo les parecía posible, hasta el viaje de

entrenamiento con Henry Belt. Cuando él apareció para inspeccionar su trabajo, se miraron entre sí con una expresión de indulgencia divertida. De repente, Henry Belt parecía una criatura lamentable, un pobre vagabundo adecuado únicamente para lanzar bravatas de borracho. ¡Por fortuna, eran menos ingenuos que los componentes de las clases anteriores de Henry Belt! Si se hubieran tomado a Belt con seriedad, él les habría reducido a pulpa nerviosa, después de acobardarlos. ¡Pero eso no sucedería con esa tripulación! ¡Ellos podían ver a través de Henry Belt! Sólo tenían que mantener las manos limpias, cumplir con su trabajo y no perder el buen humor. El viaje de entrenamiento sólo duraría unos cuantos meses y después empezaría la verdadera vida. Había que aguantarlo, ignorando todo lo posible a Henry Belt. Esa era la actitud más razonable; la mejor forma de mantenerse por encima de la situación.

El grupo ya había valorado a sus miembros, llegando a establecer una serie de etiquetas convencionales. Culpepper: tranquilo, suave, de trato fácil. Lynch: excitable, siempre argumentando, de temperamento ardiente. Von Gluck: de temperamento artístico, delicado con las manos y la sensibilidad. Ostrander: remilgado, melindroso, superordenado. Sutton: con cambios bruscos de humor, receloso, competente. Verona: machacón, áspero exteriormente, pero persistente y persona de la que uno se podía fiar.

El aro brillante oscilaba alrededor del casco. Después, el transbordador trajo la vela, un gran rollo de material oscuro y brillante. Al ser desenrollado y desplegado muchas veces, se convirtió en una reluciente película de gran resistencia, ligera como una hoja dorada. Desplegada en toda su extensión era un disco brillante que ya se rizaba y se bombeaba a la luz del sol. Los cadetes unieron la película al aro, la extendieron, tensándola como el parche de un tambor y la fijaron en su sitio. Ahora, la vela debía colocarse cuidadosamente de perfil al sol, pues en caso contrario se apartaría rápidamente, bajo un impulso de unos cincuenta kilos.

Desde los bordes de la estructura unas fibras trenzadas de acero dirigidas hacia el anillo situado en la parte posterior del reflector parabólico, haciendo que pareciera todo pequeño, del mismo modo que el reflector hacía parecer pequeño el casco. Ahora, el velero ya estaba preparado para iniciar el viaje.

El transporte trajo un cargamento final: agua, alimentos, recambios, unas piezas nuevas para el visualizador de microfilme, y correspondencia. Después, Henry Belt dijo:

—Larguen la vela.

Se trataba del proceso de volver la vela para que captara la luz del sol, mientras el casco se movía alrededor de la Tierra, alejándose del sol, inclinándose paralelamente a sus rayos cuando la nave se movía sobre la fase de su órbita que daba al astro; en otras palabras: adquiriendo una velocidad orbital que, en el momento adecuado, se desprendería de los lazos de la gravedad terrestre, enviando al velero 25 hacia Marte.

Durante este período, los cadetes comprobaron todos los equipos existentes a bordo de la nave. Hicieron muecas de disgusto y desaliento ante algunos de los instrumentos: el 25 era una nave antigua, con un equipo igualmente anticuado. Henry Belt parecía sentirse contento ante sus murmullos de protesta.

—Se trata de un viaje de entrenamiento —dijo—, y no de un crucero de placer. Si querían que alguien les sonara las narices deberían haber elegido un puesto en tierra. Y no tengo ninguna simpatía para quienes sólo buscan fallos. Si quieren ustedes un modelo por el que dirigir su conducta, obsérvenme a mí.

El receloso e introspectivo Sutton, que normalmente era el más tímido y lacónico de los individuos, se atrevió a expresar una broma de mal gusto.

—Si nosotros le tomáramos a usted como ejemplo, señor, no habría sitio para moverse a causa del whisky.

La libreta roja salió a relucir.

—Una insolencia extraordinaria, señor Sutton. ¿Cómo pudo dejarse guiar tan fácilmente por la mala intención?

Sutton se puso rojo; sus ojos relampaguearon, abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar con firmeza. Henry Belt, que esperaba amablemente su contestación, se volvió hacia los demás.

—Ustedes, caballeros, se habrán dado cuenta de que obedezco rigurosamente mis propias reglas de conducta. Soy tan regular como un reloj. No hay un compañero de navegación mejor y más genial que Henry Belt. No hay ningún otro hombre más honrado y justo. Señor Culpepper, ¿quería usted decir algo?

—Nada de importancia, señor. Henry Belt se dirigió hacia la portilla y observó la vela. Se volvió inmediatamente.

—¿Quién está de vigilancia?

—Sutton y Ostrander, señor.

—Caballeros, ¿han observado la vela? Ha oscilado y está ladeándose para mostrar su parte posterior al sol. Dentro de diez minutos estaremos enredados en ciento cincuenta kilómetros de cuerdas-guía.

Sutton y Ostrander se apresuraron a arreglar la situación. Henry Belt sacudió la cabeza con un gesto despreciativo.

—Eso es precisamente lo que significan las palabras «negligencia» y «distracción». Ustedes dos han cometido un error muy grave. Eso significa poca capacidad para ser hombres del espacio. La vela debe encontrarse siempre en una posición tal que mantenga las cuerdas bien tirantes.

—Parece que algo marcha mal con el sensor, señor —dijo Sutton—. Debería habernos avisado cuando la vela oscila hacia atrás.

—Me temo que voy a tener que rebajarle otro punto por plantear excusas, señor Sutton. Su deber consiste en asegurarse de que todos los instrumentos de aviso funcionen adecuadamente en cualquier momento. La maquinaria nunca debe ser utilizada como elemento sustitutivo de vigilancia.

Ostrander levantó la mirada del panel de control.

—Alguien ha apagado el conmutador, señor. No se lo digo como una excusa, señor, sino como una explicación.

—La línea de distinción entre una cosa y otra resulta a veces muy difícil de definir, señor Ostrander. Por favor, tenga muy en cuenta mis observaciones sobre la vigilancia.

—Sí, señor, pero..., ¿quién apagó el conmutador?

—Tanto usted como el señor Sutton están encargados teóricamente de observar cualquier accidente o incidencia. ¿No lo observó usted?

—No, señor.

—En tal caso, casi debo acusarle de otra falta de atención y negligencia.

Ostrander dirigió a Henry Belt una larga y recelosa mirada de soslayo.

—La única persona que recuerdo haber visto cerca del panel es usted mismo, señor. Pero estoy seguro de que no haría una cosa así.

Henry Belt sacudió la cabeza, con mal humor.

—En el espacio nunca debe confiar usted en que nadie mantenga una conducta racional. Hace apenas un momento, el señor Sutton me acusaba injustamente de ser un sediento del whisky. Suponga que es así. Suponga, como ejemplo de pura ironía, que hubiera estado bebiendo whisky. Que, de hecho, estuviera borracho.

—Estoy de acuerdo, señor, en que cualquier cosa es posible.

—Señor Ostrander —dijo Henry Belt, volviendo a sacudir la cabeza—, ése es el tipo de observación que habría expresado el señor Culpepper. Una respuesta mejor hubiera sido: «En el futuro, trataré de estar preparado para cualquier contingencia concebible.» Señor Sutton, ¿ha emitido usted un sonido siseante entre sus dientes?

—Estaba respirando, señor.

—Entonces, por favor, procure respirar con menos vehemencia.

Henry Belt se volvió y estuvo andando de un lado a otro del cuarto de oficiales, escudriñando cajas, frunciendo el ceño ante signos desmanchas sobre el metal pulido. Ostrander le murmuró algo a Sutton y los dos observaron muy atentamente a Henry Belt, mientras éste se movía de un lado a otro. Finalmente, Henry Belt se volvió hacia ellos.

—Están demostrando mucho interés por mis movimientos, caballeros.

—Sólo estábamos observando para que no sucediera ninguna otra contingencia desagradable, señor.

—Muy bien, señor Ostrander. Continúen así. Nada es imposible en el espacio. Me ocuparé personalmente de que sea así.

4

Henry Belt puso a todos a trabajar para quitar la pintura de la superficie del reflector parabólico. Una vez realizada esta tarea, la luz solar fue enfocada sobre una extensión de células fotoeléctricas. La energía así generada fue utilizada para eyectar plasma, que expelía los iones recogidos por la extensa superficie de la vela, acelerando así más y más la nave, e impulsándola hacia una órbita de escape. Finalmente, un día, en un momento preciso dictado por la computadora, la nave se desprendió de la Tierra y flotó tangencialmente hacia el espacio, avanzando en ángulo hacia la órbita de Marte. Con una aceleración de $g/100$, la velocidad aumentó rápidamente. La Tierra se fue empequeñeciendo tras ellos; la nave estaba aislada en el espacio. Desapareció la sensación de euforia de los cadetes, y fue sustituida por una solemnidad casi funeraria. La visión de la Tierra empequeñeciéndose y quedando atrás es un símbolo imponente, equivale a una pérdida eterna, al acto de la muerte misma. Los cadetes más impresionables —Sutton, Von Gluck, Ostrander— no pudieron mirar por la popa sin que los ojos se les llenaran de lágrimas. Hasta el afable Culpepper quedó impresionado por la magnificencia del espectáculo: el sol era un infierno que no podía ser tolerado; la Tierra era como una perla plomiza rodando en terciopelo negro entre una miríada de diamantes brillantes. Y lejos de la Tierra, lejos del sol, se abría una exaltada magnificencia de un orden completamente distinto. Por primera vez, los cadetes tuvieron la ligera impresión de que Henry Belt había dicho la verdad cuando habló de visiones extrañas. Aquí había muerte; aquí había paz, soledad, belleza resplandeciente de las estrellas que prometían el no olvido en la muerte, sino la eternidad... Corrientes y rociadas de estrellas... La constelación familiar y sus estrellas, con sus nombres orgullosos, que se presentaban a sí mismas como héroes: Achernar, Fomalhaut, Sadal, Suud, Canopus... Sutton no pudo soportar el mirar al cielo.

—No es que tenga miedo —le dijo a Von Gluck—. O quizá sí, quizá se trate de miedo. Me absorbe y me saca de aquí... Supongo que me acostumbraré con el tiempo.

—No estoy tan seguro —replicó Von Gluck—. No me sorprendería nada que el espacio pudiera llegar a convertirse en un hábito psicológico, en una necesidad..., de modo que siempre que vayas andando por la Tierra te sientas caliente y sin respiración.

La vida se estabilizó en la rutina. Henry Belt ya no parecía un hombre, sino un aspecto caprichoso de la naturaleza, como una tormenta o un relámpago, y a veces parecía como un cataclismo natural. Henry Belt no demostraba ningún favoritismo, ni olvidaba ninguna broma u ofensa. Aparte de los cubículos privados, ningún lugar de la nave escapaba a su atención. Siempre olía a whisky, y los cadetes llegaron a especular sobre cuánto whisky habría traído exactamente a bordo. Pero, independientemente del olor o de lo mucho que pudiera oscilar sobre sus pies, sus ojos permanecían siempre atentos y firmes, y hablaba sin cometer un solo fallo con un tono de voz paradójicamente claro y dulce.

Un día pareció encontrarse ligeramente más bebido de lo usual y ordenó a todos que se pusieran los trajes espaciales y salieran a inspeccionar la vela para detectar las perforaciones causadas por los meteoritos. La orden pareció tan extraña que los cadetes se le quedaron mirando fijamente, con incredulidad.

—Caballeros, están dudando; no trabajan nada; se pasan el tiempo holgazaneando lujuriosamente. ¿Acaso creen estar en la Riviera? Pónganse inmediatamente los trajes espaciales y todo el mundo afuera. Comprueben el estado del aro, de la vela, del reflector, de los puntales y sensores. Estarán afuera durante dos horas. Cuando regresen, quiero un informe detallado de todo. Señor Lynch, creo que está usted a cargo de este turno de vigilancia. Me presentará usted el informe.

—Sí, señor.

—Una cosa más. Se darán cuenta de que la vela forma una ligera bolsa a causa de la continua presión de la radiación. En consecuencia, actúa como un instrumento de foco; el punto focal se encuentra probablemente detrás de la cabina. Pero no es un hecho totalmente comprobado. He visto a un hombre arder hasta morir en un accidente fortuito de ese tipo. Ténganlo presente.

Durante dos horas, los cadetes estuvieron deambulando por el espacio, impulsados por tanques de gas y tubos propulsores. Todos disfrutaron de la experiencia excepto Sutton, que se sintió aterrorizado por la intensidad de sus emociones. Probablemente, el menos afectado fue el práctico Verona, que inspeccionó la vela con una cuidadosa exactitud, suficiente para satisfacer incluso a un Henry Belt.

Al día siguiente, la computadora se estropeó. Ostrander estaba a cargo del turno de guardia y llamó a la puerta de Henry Belt para darle el informe.

Henry Belt apareció en el dintel. Al parecer, había estado durmiendo.

—¿Cuál es la dificultad, señor Ostrander?

—Tenemos problemas, señor. La computadora está fuera de servicio.

Henry Belt se pasó una mano por su canoso pelo.

—No es una circunstancia tan extraña —comentó—. Nos preparamos para esta contingencia enseñando a todos los cadetes cómo diseñar y reparar la computadora. ¿Ha identificado la dificultad?

—Se han roto los cojinetes que suspenden los discos de separación de información. El eje se ha desplazado varios milímetros y, como consecuencia, hay una confusión total en la información que se presenta al analizador.

—Un problema muy interesante. ¿Por qué me lo plantea a mí?

—Creí que debería informarle, señor. No creo que llevemos recambio para estos cojinetes.

—Señor Ostrander —dijo Henry Belt moviendo la cabeza con un gesto de mal humor—. ¿Recuerda usted la afirmación que hice al principio de este viaje en el sentido de que ustedes seis eran totalmente responsables de la navegación de la nave?

—Sí, señor, pero...

—Esta es una situación a la que se puede aplicar perfectamente lo que dije. Deben reparar ustedes mismos la computadora, o realizar los cálculos.

—Muy bien, señor. Haremos lo que podamos.

5

Lynch, Verona, Ostrander y Sutton desmontaron el mecanismo, y quitaron el cojinete partido.

—¡Endiabladamente antiguo! —exclamó Lynch—. ¿Por qué no nos podrán dar un equipo decente? Y si quieren matarnos, ¿por qué no disparan contra nosotros y nos ahorran todos estos problemas?

—Aún no estamos muertos —dijo Verona—. ¿Has mirado a ver si tenemos recambio?

—Naturalmente, no hay nada que se parezca a esto ni remotamente.

Verona se quedó mirando recelosamente el cojinete.

—Supongo que podríamos fundir un manguito y acoplarlo después. Eso es lo que tendremos que hacer..., a menos que todos nosotros seamos extraordinariamente rápidos en nuestros cálculos matemáticos.

Sutton miró por la portilla y apartó rápidamente los ojos.

—Creo que deberíamos recoger vela.

—¿Por qué? —preguntó Ostrander.

—No deberíamos alcanzar demasiada velocidad. Ya vamos a treinta millas por segundo.

—Marte está muy lejos.

—Y si nos equivocamos, pasaremos de largo. ¿Dónde estaremos entonces?

—Sutton, eres un pesimista. Es una vergüenza encontrar tendencias tan morbosas en una persona tan joven —comentó Von Gluck.

—Prefiero ser un pesimista vivo que un comediante muerto.

El nuevo manguito fue fundido, pulido y acoplado. Con gran ansiedad, comprobaron la alineación de los discos de información.

—Bien —dijo Verona nada convencido—, hay una pequeña oscilación. Hasta qué punto afectará eso al funcionamiento, es algo que aún está por ver. Podemos reducirla un poco ajustando el montaje...

Insertaron unas tiras de papel de seda y la oscilación pareció quedar reducida.

—Y ahora... pasa la información —dijo Sutton—. Veamos qué hemos conseguido.

El sistema fue alimentado con coordenadas; el indicador saltó.

—Aumentar el sesgo de la vela en cuatro grados.

—dijo Von Gluck—. Estamos derivando demasiado hacia la izquierda concéntrica. Curso proyectado...

—pulsó unos botones, observó la línea brillante que se extendía a través de la pantalla, oscilando alrededor de un punto que representaba el centro de gravedad de Marte—. Daremos una pasada elíptica, a unos cuarenta mil kilómetros de distancia. Eso teniendo en cuenta la aceleración actual, lo que nos impulsará directamente de regreso a la Tierra.

—¡Eso es grande! ¡Simplemente grande! ¡Vamos, 25! —exclamó Lynch—. He oído decir que algunos se arrojan al suelo y besan la tierra cuando descienden. Pero yo creo que voy a vivir en una cueva durante el resto de mi vida.

Sutton fue a mirar los discos de información. La oscilación era ligera, pero perceptible.

—¡Dios mío! —exclamó con voz ronca—. El otro extremo del eje también está suelto.

Lynch empezó a lanzar imprecaciones. Verona se limitó a encogerse de hombros.

—Empecemos a trabajar para arreglarlo.

Fundieron otro cojinete, lo pulieron y lo montaron. Los discos oscilaban, rozándose. Marte, una esfera de color ocre, se acercaba cada vez más por un lado. Sin poder confiar en la computadora, los cadetes calcularon y trazaron el curso manualmente. Los resultados mostraron una ligera pero significativa variación con respecto a los de la computadora. Los cadetes se miraron hoscamente entre sí.

—Bueno —gruñó Ostrander—, hay error. ¿Son los instrumentos? ¿Los cálculos? ¿El trazado del curso? ¿O la computadora?

—En cualquier caso —dijo Culpepper en voz suave— no nos vamos a estrellar de cabeza. Verona volvió a estudiar la computadora.

—No puedo imaginar por qué los cojinetes no trabajan mejor... Las abrazaderas de montaje..., ¿podrían haber sido desplazadas?

Quitó la cubierta lateral, estudió el armazón y después se dirigió hacia la caja de herramientas.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Sutton.

—Tratar de aflojar las abrazaderas de montaje. Creo que ése es nuestro problema.

—¡Déjame que lo haga yo! Tú trabarías la maquinaria y ya no podría volver a funcionar. Verona se detuvo y miró inquisitivamente al grupo que tenía delante.

—Y bien, ¿cuál es el veredicto?

—Quizá sea mejor consultar con el viejo —dijo nerviosamente Ostrander.

—Eso está muy bien..., pero ya sabes lo que dirá.

—Echémoslo a suertes. El que saque el as de espadas va a preguntarle.

Culpepper recibió el as. Llamó a la puerta de Henry Belt. No hubo respuesta. Iba a llamar otra vez, pero se contuvo, reprimiéndose. Después volvió adonde estaba el grupo.

—Esperemos hasta que salga. Preferiría estrellarme contra Marte que verle sacar su libreta roja.

La nave cruzó la órbita de Marte lejos del planeta rojo. Se les acercó tambaleándose, con una peculiar y tosca grandeza, en forma de una masa evidentemente voluminosa y globular, pero los detalles eran tan claros y nítidos y con tal falta de perspectiva, que la distancia y el tamaño podrían haber sido cualquier cosa. En lugar de oscilar, trazando una clara curva elíptica para regresar a la Tierra, la nave se desvió hacia un lado, trazando una abrupta hipérbola y continuó su camino a una velocidad cercana ahora a los ochenta kilómetros por segundo. Marte fue quedando atrás y a un lado. Ante ellos se extendía una parte nueva del espacio. El sol era notablemente más pequeño. Ya hacía tiempo que la Tierra no se podía diferenciar a simple vista de las otras estrellas. Marte se alejó con rapidez y suavidad y el espacio parecía solitario y abandonado.

Henry Belt no apareció en dos días. Finalmente, Culpepper fue a llamar a la puerta... una, dos, tres veces, hasta que un extraño rostro se asomó por ella. Era Henry Belt, con una cara ojerosa y la piel pálida. Sus ojos brillaban con un color rojo; su pelo aparecía enmarañado y más despeinado de lo que debía estar un pelo tan corto como el suyo. Pero habló con su voz habitual, clara y tranquila.

—Señor Culpepper, su despiadado estruendo me ha molestado. Estoy bastante enojado con su manera de proceder.

—Lo siento, señor. Temíamos que estuviera enfermo.

Henry Belt no contestó. Miró por encima de Culpepper, observando el círculo de rostros.

—Caballeros, están ustedes anormalmente serios. ¿Es esta presunta enfermedad mía la causante de toda esa angustia?

—La computadora está fuera de servicio —dijo Sutton, hablando con rapidez.

—¿Y bien? Tienen ustedes que repararla.

—Se trata de alterar la cubierta. Si lo hacemos de un modo incorrecto...

—Señor Sutton, no me acose con los detalles de dirigir la nave hora por hora.

—Pero, señor, la cuestión es grave; necesitamos su consejo. Ya hemos perdido la posibilidad de volver alrededor de Marte.

—Bueno, supongo que siempre nos quedará Júpiter. ¿Es que debo explicarle ahora los elementos básicos de astrogación.

—Pero la computadora no funciona... definitivamente.

—En ese caso, si desea volver a la Tierra, tiene que realizar los cálculos pertinentes con lápiz y papel. ¿Por qué hay necesidad de explicar lo que es evidente?

—Queda mucho camino para llegar a Júpiter —objetó Sutton con un tono de voz chillón—. ¿Por qué no podemos volver ahora mismo y regresar a casa? —esta última pregunta la hizo casi en un susurro.

—Ya veo que he sido demasiado condescendiente con ustedes —dijo Henry Belt—. Están aquí, tontamente, sin hacer nada; hablan de tonterías mientras la maquinaria se deshace a piezas y la nave vuela libre. Que todo el mundo se ponga los trajes espaciales

para realizar una inspección de la vela. Vamos. A ver si nos divertimos un poco. ¿Pero qué son ustedes? ¿Cuerpos andantes? Usted, señor Culpepper, ¿por qué se retrasa?

—Se me acaba de ocurrir, señor, que nos estamos acercando al cinturón de asteroides. Como en estos momentos soy jefe de la guardia, creo mi deber permanecer en mi puesto para sesgar la vela y evitar la zona.

—Lo puede hacer. Pero después reúnanse con los demás para inspeccionar la vela y el casco.

—Sí, señor.

Los cadetes se pusieron los trajes espaciales, Sutton con la mayor desgana. Marcharon después hacia el oscuro vacío, y allí también se encontraron solos.

Cuando regresaron, Henry Belt se había vuelto a encerrar en su cubículo.

—Como ha señalado el señor Belt —dijo Ostrander—, no tenemos otra alternativa. Hemos pasado Marte, así es que intentémoslo en Júpiter. Afortunadamente, está en buena posición..., pues de otro modo tendríamos que llegar hasta Saturno o Urano...

—Todos ellos están detrás del sol... —observó Lynch—. Júpiter es nuestra última oportunidad.

—Entonces, pongámonos a trabajar ahora mismo. Hagamos un último intento para acoplar correctamente esos malditos cojinetes...

Pero ahora parecía como si las oscilaciones y los movimientos laterales hubieran sido eliminados. Los discos giraban perfectamente y el monitor de exactitud brillaba con una luz verde.

—¡Esto sí que es grande! —gritó Lynch—. Suministrémosle la información. ¡Vamos! A toda vela hacia Júpiter. ¡Buen Dios! ¿pero estamos haciendo un viaje?

—Espera a que todo haya acabado —dijo Sutton quien, desde que regresara de la inspección exterior había permanecido a un lado, con las mejillas enrojecidas y mirando fijamente hacia un punto—. Todavía no ha terminado. Y quizá no termine.

Los otros cinco hicieron como si no le hubieran escuchado. La computadora emitía números y ángulos. Había que viajar mil quinientos millones de kilómetros. La aceleración era menor, debido a la disminución en la intensidad de la luz solar. Tendría que pasar por lo menos un mes hasta que Júpiter estuviera algo cerca.

6

El gran velamen se extendía hacia la débil luz solar, huyendo como un fantasma..., lejos, cada vez más lejos. Cada uno de los cadetes llevó a cabo tranquilamente los mismos cálculos, y todos llegaron a los mismos resultados. Si la oscilación alrededor de Júpiter no se realizaba con toda exactitud; si la nave no era lanzada hacia atrás, como una piedra rebotando sobre una cuerda tensa, no habría nada más allá. Saturno, Urano, Neptuno y Plutón quedaban muy lejos, al otro lado del sol; la nave, a una velocidad de ciento cincuenta kilómetros por segundo no podría ser detenida por la menguante gravedad del sol, ni acelerada lo suficiente en una dirección concéntrica, mediante vela y propulsión como para entrar en una verdadera órbita. La misma naturaleza de la vela la hacía inútil como freno; el impulso era siempre hacia adelante. Dentro del casco vivían y pensaban siete hombres, y la relación psíquica actuaba y se agitaba como levadura en una tinaja de fruta podrida. La similitud fundamental, la identidad humana de los siete hombres había quedado totalmente eliminada; sólo se ponían de manifiesto las disparidades. Cada cadete aparecía ante los otros como una característica que se movía, y Henry Belt era Algo incomprendible que surgía de su cubículo en momentos impredecibles, para moverse tranquilamente por aquí y por allá, con la ciega mirada de un arcaico héroe ático.

Júpiter surgió y fue ganando en volumen. La nave, que al final se encontró al alcance de la gravedad joviana, fue captada por ésta. Los cadetes prestaron aún una mayor

atención a la computadora, comprobando y volviendo a comprobar las instrucciones. Verona era quien más asiduamente realizaba esta tarea, y Sutton el más preocupado e inefectivo. Lynch gruñía, maldecía y sudaba. Ostrander se quejaba con voz impaciente. Von Gluck trabajaba con la calma de un fatalismo pesimista. A Culpepper no parecía importarle nada y su actitud era casi gallarda, con una suavidad que desconcertaba a Ostrander, ponía furioso a Lynch y despertaba un odio maligno en Sutton. Por el contrario, Verona y Von Gluck parecían extraer fuerzas y estímulo de la plácida aceptación de la situación por parte de Culpepper. Henry Belt no decía nada. De vez en cuando, salía de su cubículo para inspeccionar el cuarto de oficiales y a los cadetes con el interés objetivo con el que un visitante puede inspeccionar un asilo.

Fue Lynch quien hizo el descubrimiento. Lo indicó con un terrible gruñido de pura consternación, que produjo un sonido interrogativo y resonante en Sutton.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó Lynch.

—¿Qué ocurre? —preguntó Verona, que estaba a su lado.

—Mira. Este instrumento. Cuando volvimos a colocar los discos desplazamos todo el aparato una muesca. Este punto blanco y este otro punto blanco tendrían que sincronizar. Ahora están un poco separados. Todos los resultados concordarían y serían consistentes porque todos habrían salido del mismo factor.

Verona se puso inmediatamente en movimiento. Desmontó la cubierta y sacó algunos componentes. Después elevó suavemente el instrumento hasta colocarlo en su alineación correcta. Todos los demás cadetes se inclinaron sobre él, excepto Culpepper, que estaba a cargo de la guardia.

En aquellos momentos apareció Henry Belt.

—Caballeros, sin duda alguna son ustedes muy diligentes en su navegación —dijo—. Casi perfeccionistas.

—Hacemos todo lo que podemos —dijo Lynch, hablando entre dientes—. Es una verdadera vergüenza enviarnos al espacio con una máquina como ésta.

La libreta roja apareció inmediatamente.

—Señor Lynch, un punto de menos, no por sus sentimientos privados, que es usted muy libre de tener, sino por expresarlos en voz alta, contribuyendo así a crear una atmósfera poco saludable de desesperación y de pesimismo histérico.

Desde la nuca de Lynch surgió una oleada rojiza que se extendió por su rostro. Se inclinó sobre la computadora y no hizo ningún comentario. Pero, de repente, Sutton empezó a gritar:

—¿Qué otra cosa espera de nosotros? ¡Hemos venido aquí para aprender, no para sufrir, ni para volar eternamente! —lanzó una risotada horrible, mientras Henry Belt le escuchaba pacientemente—. ¡Piénselo! —gritó Sutton—. Nosotros siete. En esta cápsula. ¡Para siempre!

—Me temo que voy a tener que rebajarle dos puntos por su explosión, señor Sutton. Un buen astronauta mantiene su dignidad a toda costa.

Lynch levantó la mirada de la computadora.

—Bien, ahora disponemos de una lectura correcta. ¿Sabe usted lo que dice?

Henry Belt le devolvió una mirada inquisitiva, pero amable.

—Vamos a fallar —dijo Lynch—. Vamos a pasar de largo, del mismo modo que pasamos junto a Marte. Júpiter está atrayéndonos a su alrededor para despedirnos después en dirección a Géminis.

Se hizo un profundo silencio en la sala. Henry Belt se volvió para mirar a Culpepper, que estaba junto al portillo, fotografiando Júpiter con su cámara personal.

—¿Señor Culpepper?

—Sí, señor.

—A usted no parece preocuparle mucho la perspectiva que acaba de anunciarnos el señor Sutton.

—Espero que no se trate de nada inminente.

—¿Cómo se propone evitarla?

—Supongo que emitiremos un mensaje por radio pidiendo ayuda, señor.

—Olvida usted que he destruido la radio.

—Recuerdo haber visto una caja almacenada con la indicación «recambios de radio».

—Siento desilusionarle, señor Culpepper. Pero esa caja tiene la etiqueta equivocada.

Ostrander se levantó de un salto y abandonó el cuarto de oficiales. Se escuchó el sonido de unas cajas que estaban siendo apartadas. Hubo entonces un momento de silencio y finalmente regresó al cuarto. Se quedó mirando a Henry Belt con los ojos brillantes.

—Whisky, botellas de whisky.

—Ya se lo había dicho —asintió Henry Belt.

—Pero eso quiere decir que no tenemos radio... —observó Lynch con un tono de inquietud en su voz.

—Nunca hemos tenido radio, señor Lynch. Fueron advertidos de que dependerían exclusivamente de sus propios recursos para regresar a casa. Han fracasado, y en ese proceso no sólo se han condenado ustedes, sino también a mí. Y, a propósito, debo rebajarles a todos diez puntos por no haber comprobado debidamente el cargamento.

—Puntos —dijo Ostrander con voz cruda.

—Y ahora, señor Culpepper —dijo Henry Belt—. ¿Cuál es su siguiente proposición?

—No lo sé, señor.

Verona habló con un tono de voz apaciguador:

—¿Qué haría usted, señor, si se encontrara en nuestra situación?

—Soy un hombre con mucha imaginación —dijo Henry Belt, sacudiendo la cabeza—, pero hay ciertos lapsus mentales, señor Verona, que no puedo controlar —y, en cuanto terminó de decir esto, se volvió a su cubículo. Von Gluck miró con curiosidad a Culpepper.

—Es cierto, tú no estás preocupado.

—¡Oh! Estoy preocupado. Pero creo que el señor Belt también quiere regresar a casa. Es demasiado buen astronauta para no saber con toda exactitud lo que está haciendo.

La puerta del cubículo de Henry Belt se abrió y él apareció en el dintel.

—Señor Culpepper, he tenido ocasión de escuchar su observación, por lo que le anoto diez puntos en contra. Esa actitud expresa una complacencia que resulta tan peligrosa como la explosión del señor Sutton —echó un vistazo por el cuarto y añadió—: No presten ninguna atención al señor Culpepper. Está en un error. Aun cuando pudiera reparar este desastre, no movería una sola mano. Al fin y al cabo, espero morir en el espacio.

7

La vela fue inclinada, sin vector, de perfil hacia el Sol. Júpiter era una mancha que ya había quedado a popa. Había cinco cadetes en el cuarto de oficiales. Culpepper, Verona y Von Gluck estaban sentados en el suelo, encogidos, con los brazos sobre las rodillas y las caras hacia la pared.

Sutton se había marchado dos días antes. Se puso tranquilamente su traje espacial, se dirigió a la cámara de salida y se lanzó de cabeza al espacio. Una unidad propulsora le proporcionó la velocidad añadida y antes de que ningún cadete pudiera intervenir ya había desaparecido.

Poco después, Lynch y Ostrander se desmoronaron víctimas de la inactividad, víctimas de una especie de impotencia pesimista: un estado maniaco-depresivo en su fase más embrutecedora. Quedaban Culpepper el suave, Verona el pragmático y Von Gluck el sensible.

Hablaban tranquilamente entre sí, sin que Henry Belt les pudiera escuchar desde su cubículo.

—Sigo creyendo —dijo Culpepper— que, de algún modo, existe un medio de sacarnos de esta situación, y que Henry Belt lo conoce.

—Quisiera poder pensar así... —dijo Verona—. Hemos hablado de eso cientos de veces. Si ponemos rumbo a Saturno o Neptuno, o Urano, el vector exterior del impulso, más el vector exterior del ímpetu nos llevarán mucho más allá de Plutón antes de que estemos cerca de cualquier trayectoria que podamos controlar. Los eyectores de plasma podrían detenernos si tuviéramos energía suficiente, pero el escudo no puede suministrarla y no disponemos de ninguna otra fuente de energía...

Von Gluck lanzó entonces su puño contra su propia mano.

—Compañeros —dijo con una voz suave y deliciosa—, creo que tenemos a mano energía suficiente. Utilizaremos la vela. ¿Recordáis? Forma una especie de vientre abombado. Puede funcionar como un espejo. Se puede extender ocho kilómetros cuadrados. La luz del Sol aquí es muy débil...» pero si conseguimos reunir la suficiente...

—¡Comprendo! —exclamó Culpepper—. Le damos la vuelta a la envoltura hasta que el reactor esté en el foco de la vela y ponga en marcha los eyectores.

—Seguimos recibiendo presión de radiación —dijo Verona con recelo—. Y, lo que es peor, los eyectores afectarán a la vela con el resultado de anular el efecto. Así no vamos a ninguna parte.

—Si recortamos el centro de la vela..., justo lo suficiente para permitir que el plasma pase por el hueco, eliminaríamos esa objeción. En cuanto a la presión de radiación..., seguramente lo haremos mejor con el impulsor del plasma.

—¿Y qué utilizamos como plasma? No tenemos suministros.

—Cualquier cosa que pueda ser ionizada. La radio, la computadora, tus zapatos, mi camisa, la cámara de Culpepper. El whisky de Henry Belt...

8

El transbordador salió al encuentro del velero 25, en órbita junto al 40, que estaba siendo preparado para salir con una nueva tripulación.

El transbordador se acercó más, colocándose en posición. Tres hombres saltaron al espacio, dirigiéndose hacia el velero 40, situado unos pocos cientos de metros por detrás del 25, sujetos por cuerdas al transbordador, empujando cajas de suministros y equipo por el espacio.

Los cinco cadetes y Henry Belt, vestidos con sus trajes espaciales, salieron a la luz del sol. La Tierra se extendía debajo de ellos, verde y azul, blanca y marrón, con sus contornos tan preciosos y queridos como para hacerles saltar las lágrimas. Los cadetes que estaban transbordando mercancías al velero 40 les observaron con curiosidad mientras trabajaban. Finalmente, terminaron su trabajo y los seis hombres del velero 25 subieron a bordo del transbordador.

—De regreso sanos y salvos, ¿eh, Henry? —dijo el piloto—. Bueno, siempre me sorprende.

Henry Belt no le contestó. Los cadetes ordenaron sus efectos personales y, quedándose junto a la portilla, echaron un último vistazo al velero 25. El transbordador puso en marcha los retropropulsores y los dos veleros parecieron elevarse por encima de ellos.

El transbordador puso proa hacia la atmósfera, frenó, extendió sus alas y se deslizó en un fácil aterrizaje sobre el desierto de Mojave.

Los cadetes, sintiendo repentinamente las piernas flácidas y débiles ante la gravedad a la que no estaban acostumbrados, saltaron detrás de Henry Belt para dirigirse al

vehículo todo terreno que les esperaba. Tomaron asiento y fueron conducidos al complejo administrativo. Bajaron del vehículo y entonces Henry Belt los llevó a todos hacia un lado.

—Aquí, caballeros, es donde les dejo. Esta noche comprobaré mi libreta roja y prepararé mi informe oficial. Pero creo que les puedo adelantar un resumen no oficial de mis impresiones. Señores Lynch y Ostrander, creo que no son ustedes aptos ni para el mando, ni para ninguna situación que ejerza una prolongada presión emocional sobre ustedes. No les puedo recomendar para realizar tareas espaciales.

—Señores Von Gluck, Culpepper y Verona, todos ustedes cumplen con mis exigencias mínimas para recomendarles positivamente, aunque sólo escribiré las palabras «especialmente recomendados» junto a los nombres de Clyde von Gluck y Marcus Verona. Fueron ustedes los que trajeron la nave a la Tierra con una navegación que, en lo esencial, no conoció fallos.

»Así pues, aquí termina nuestro contacto. Confío en que lo hayan aprovechado.

Henry Belt saludó a cada uno de ellos con una breve inclinación de cabeza y penetró después en el edificio.

Los cadetes contemplaron cómo se marchaba. Culpepper se metió entonces la mano en el bolsillo y sacó un par de objetos metálicos que extendió sobre su palma.

—¿Reconocéis esto?

—¡Vaya! —exclamó Lynch, con voz insípida—. Cojinetes para los discos de la computadora. Las piezas originales.

—Los he encontrado en el pequeño cajón de recambios. Antes no estaban allí.

—La maquinaria —observó Von Gluck, asintiendo— siempre parecía fallar cuando salíamos a comprobar el estado de la vela.

Lynch respiró, produciendo un agudo siseo. Se volvió y se alejó a grandes zancadas. Ostrander le siguió. Culpepper se encogió de hombros. Entregó uno de los cojinetes a Verona, y el otro a Von Gluck.

—Como recuerdo... o medalla. Os la merecéis.

—Gracias, Ed —dijo Von Gluck.

—Gracias —murmuró Verona—, Me haré un alfiler de corbata con esto.

Los tres, incapaces de mirarse, dirigieron la vista hacia el cielo, donde aparecían ya las primeras estrellas del atardecer. Después, penetraron en el edificio, donde les esperaban familiares, amigos y novias.

II

A veces, la fuente de donde procede un relato es un misterio hasta para el propio autor: una filtración de su subconsciente. Otras veces, la coherencia aparece clara y directa. En el caso de El último castillo ambas cosas son igualmente ciertas.

El germen de la historia estaba contenido en un artículo sobre interacciones sociales en el Japón. Como es bien sabido, la sociedad japonesa es muy ceremoniosa, mucho más en el pasado que durante los tiempos, relativamente igualitarios, posteriores a la última guerra.

Durante el siglo XIX, cuando un samurai se dignaba conversar con una persona de rango inferior, cada una utilizaba vocabularios marcadamente diferentes, con formas de dirigirse a la otra persona exactamente calculadas de acuerdo con la diferencia de status. Cuando la persona de rango inferior discutía las actividades o intenciones del samurai, utilizaba unos convencionalismos especiales. Nunca haría una pregunta tan simple como por ejemplo: «¿Irás Su Señoría a cazar jabalíes mañana?» Una pregunta así implicaría que el sirviente sentía un fervor basto y poco digno por Su Señoría, un ardor dulce que Su Señoría habría considerado como algo ofensivo y por debajo de su dignidad. En su lugar,

el subalterno tendría que hacer la pregunta así: «¿Se divertirá Su Señoría mañana pasando el tiempo en la caza de un jabalí?»

En resumen, al aristócrata se le concedían una sensibilidad tan exquisita, aptitudes de tan enorme grandeza, que sólo necesitaba jugar con todas las actividades ordinarias, con un estado de ánimo extravagante o caprichoso, para alcanzar el éxito más deslumbrante.

Del mismo modo, El último castillo se refiere a la sociedad de un pueblo bastante similar, y examina el comportamiento de la gente cuando dicha sociedad se encuentra sometida a una gran tensión.

EL ULTIMO CASTILLO

I

1

Hacia el final de una tormentosa tarde de verano, cuando el sol desaparecía finalmente por detrás de unas nubes negras, amenazadoras de lluvia, el castillo Janeil fue arrollado y su población aniquilada. Casi hasta el último momento, las facciones existentes entre los clanes del castillo discutieron sobre cómo enfrentarse adecuadamente al destino. Los caballeros de mayor prestigio e importancia prefirieron ignorar aquella circunstancia totalmente indigna y continuaron sus quehaceres normales, sin mayor ni menor puntualidad de la habitual. Unos pocos jóvenes, desesperados hasta la histeria, tomaron las armas y se prepararon para resistir el asalto final. Sin embargo, otras personas, que quizá representaban la cuarta parte de la población total, esperaron pasivamente, dispuestas —casi felizmente— a expiar los pecados de la raza humana. Al final, la muerte les llegó por igual a todos, y todos extrajeron tanta satisfacción de su muerte como puede permitir ese proceso esencialmente despiadado. El orgulloso permaneció sentado, pasando las páginas de sus hermosos libros, discutiendo las cualidades de una esencia centenaria, o acariciando a su Phane favorita, y muriendo sin dignarse darse cuenta siquiera del hecho. Los más exaltados acudieron a la fangosa pendiente que, desafiando toda racionalidad normal, se asomaba sobre los parapetos de Janeil. La mayor parte de ellos quedaron enterrados bajo los resbaladizos escombros, aunque algunos alcanzaron la cresta para disparar, acuchillar y apuñalar desde allí, hasta que ellos mismos recibieron algún impacto, fueron aplastados por los vehículos mecánicos, acuchillados o apuñalados. Los arrepentidos, esperaron en la postura clásica de la expiación —arrodillados y con las cabezas inclinadas— y expiraron, según creyeron, a través de un proceso en el que los Meks eran símbolos y el pecado humano la realidad. Al final, todos estuvieron muertos: caballeros, señoras, las Phanes en los pabellones; los Campesinos en los establos. De todos los que habían habitado Janeil, únicamente sobrevivieron los Pájaros, criaturas terribles, desmañadas y estridentes, totalmente olvidados del orgullo y la fe, más preocupados por la conservación de su piel que por la dignidad de su castillo. Cuando los Meks bajaron en oleadas por los parapetos, los Pájaros abandonaron sus camas y, lanzando estridentes insultos huyeron hacia el este para dirigirse hacia el castillo Hagedorn, que era ahora el último castillo de la Tierra.

2

Cuatro meses antes, los Meks habían aparecido en el parque situado ante Janeil, frescos después de la masacre de la Isla del Mar. Subiéndose a las torretas y balcones, deambulando tranquilamente por el Paseo del Ocaso, desde las murallas y parapetos, los caballeros y damas de Janeil, unos dos mil en total, observaron allá abajo a los guerreros pardodorados. Su estado de ánimo era complejo: una indiferencia divertida, un ligero desdén, y un fondo de duda y presentimiento; todo ello no era más que el producto de tres circunstancias básicas: su propia civilización, exquisita y sutil, la seguridad que proporcionaban las murallas de Janeil, y el hecho de que no podían concebir ningún recurso y no disponían de medios para alterar las circunstancias.

Hacía tiempo que los Meks de Janeil se habían marchado para unirse a la revuelta; sólo quedaron Phanes, Campesinos y Pájaros para formar lo que podría haber sido la parodia de una fuerza de castigo. Por el momento, no parecían necesitar de tal fuerza. Janeil tenía fama de inexpugnable. Los muros, de unos sesenta metros de altura, eran de una fundición de roca negra, contenida en una aleación de acero plateado y azul. Las células solares proporcionaban energía para todas las necesidades del castillo y, en caso de emergencia, los alimentos se podían sintetizar a partir del dióxido de carbono y del vapor de agua, pudiéndose obtener también un jarabe para las Phanes, los Campesinos y los Pájaros. Pero no se preveía que llegara esa necesidad. Janeil era un castillo autosuficiente y seguro, aunque podrían surgir inconvenientes cuando empezara a romperse la maquinaria y no hubiera Meks para repararla. Cuando la situación se presentó, supuso una perturbación, pero no provocó apenas desesperación. Durante el día, los caballeros que lo deseaban trajeron armas energéticas y rifles deportivos y mataron tantos Meks cómo les permitió el alcance de las armas.

Por la noche, los Meks hicieron avanzar sus vehículos y sus palas mecánicas y empezaron a elevar un dique alrededor de Janeil. Las gentes del castillo observaron sin comprender, hasta que el dique alcanzó una altura de quince metros y la suciedad empezó a salpicar los muros del castillo. Entonces se dieron cuenta del horrendo propósito de los Meks y la despreocupación dejó paso a un sombrío presentimiento. Todos los caballeros de Janeil eran eruditos en, por lo menos, un campo del conocimiento; algunos eran teóricos matemáticos, mientras que otros habían llevado a cabo profundos estudios de las ciencias físicas. Algunos de estos caballeros, ayudados por un destacamento de Campesinos para realizar las más duras tareas físicas, trataron de arreglar el cañón energético y ponerlo en condiciones de funcionar. Desgraciadamente, el cañón no había sido bien mantenido. Algunos de sus componentes se encontraban dañados o en estado corrosivo. Probablemente, estos componentes podrían haber sido sustituidos, fabricándolos en los talleres de los Meks, situados en el segundo subnivel, pero nadie del grupo poseía ningún conocimiento sobre la nomenclatura Mek o el sistema de almacenamiento. Warrick Madency Arban (Arban, de la familia de los Madency, del clan Warrick) sugirió que un equipo de trabajo compuesto por Campesinos buscara por todo el almacén, pero en vista de la limitada capacidad mental de los Campesinos, no se hizo nada y todo el plan para restaurar el cañón energético se convirtió en una futilidad.

La gente de Janeil observaba con fascinación como la tierra se apilaba cada vez más alta alrededor de ellos, formando un montón circular, como un cráter. El verano se acercaba a su fin y, durante un día tormentoso, la tierra y los escombros se elevaron por encima de los parapetos, y comenzaron a derramarse sobre los patios y plazas del castillo: Janeil no tardaría en quedar enterrado y todo lo que había en su interior ahogado. Fue entonces cuando un grupo de impulsivos jóvenes, con más entusiasmo que dignidad, cogieron las armas y cargaron hacia el terraplén. Los Meks les arrojaron piedras y tierra, pero un puñado de ellos consiguió llegar a la cresta, donde lucharon con una especie de terrible exaltación.

El combate se prolongó durante quince minutos y la tierra quedó empapada de lluvia y sangre. Durante un glorioso instante, los jóvenes consiguieron dejar libre un trozo de cresta y, si la mayor parte de ellos no hubieran quedado enterrados bajo los escombros, podría haber ocurrido cualquier cosa. Quedaron diez hombres, después seis, más tarde cuatro, después uno, y finalmente no quedó ninguno. Los Meks bajaron del terraplén, se desparramaron por las almenas y, con una sombría intensidad, mataron a todo el que encontraron. Janeil, morada de caballeros galantes y graciosas damas, se convirtió en una mole sin vida.

3

El Mek, mantenido como si fuera un espécimen en una vitrina de museo, era una criatura similar al hombre, en su versión original, procedente de un planeta de Etamin. Su piel tosca, del color del bronce oxidado, brillaba metálicamente, como si fuera aceitosa o estuviera encerada. Las espinas, que salían agresivamente hacia atrás de la cabeza y de la nuca, brillaban como el oro y, en realidad, estaban recubiertas de una película conductora de cobre-cromo. Sus órganos sensoriales se encontraban reunidos en grupos, en el lugar ocupado en el hombre por las orejas. Su rostro —a menudo era una verdadera conmoción andar por los pasillos inferiores y encontrarse de pronto con un Mek—, era músculo ondulado, no muy diferente al aspecto que tiene un cerebro humano al descubierto. Sus fauces eran una grieta irregular y vertical situada en la base de este «rostro», aunque se había convertido en un órgano inservible a causa del saco de jarabe que había sido introducido bajo la piel de los hombros; los órganos digestivos, utilizados originalmente para extraer la nutrición de la vegetación corrompida de los pantanos y de los celentéreos, se había atrofiado. Normalmente, el Mek no llevaba prendas de vestir, excepto posiblemente un delantal de trabajo o un cinturón de herramientas y, a la luz del sol, su piel de bronce oxidado tenía incluso un aspecto elegante. Este era el Mek solitario, una criatura intrínsecamente tan eficaz como el hombre —quizá más, debido a las virtudes de su cerebro superior, que también funcionaba como un transmisor de radio—. Trabajando en la masa, en equipos de miles, parecía menos admirable, menos competente, como si fuera un híbrido de ser humano y cucaracha.

Algunos eruditos, y especialmente el Luz Matutina D. R. Jardine y Salonson de Tuang, consideraban al Mek como un ser suave y flemático, pero el profundo Claghorn, del castillo de Hagedorn, les consideraba de otro modo. Claghorn decía que las emociones del Mek eran diferentes a las emociones humanas y sólo vagamente comprensibles para el hombre. Después de diligentes investigaciones, Claghorn consiguió aislar más de una docena de emociones Mek.

A pesar de tales investigaciones, la revuelta Mek produjo la mayor sorpresa tanto a Claghorn, a D. R. Jardine y a Salonson como a todos los demás. ¿Por qué?, se preguntó todo el mundo. ¿Cómo es que un grupo, siempre tan sumiso, se había atrevido a lanzarse a una aventura tan asesina?

La conjetura más razonable de todas fue también la más simple: el Mek se sentía herido por la servidumbre y odiaba a los terrestres, que le habían sacado de su medio ambiente natural. Quienes argumentaban contra esta teoría aseguraban que el Mek tenía todas las razones para sentir gratitud hacia los caballeros que le habían liberado de las condiciones existentes en Etamin Nueve, y que habían proyectado las emociones y actitudes humanas en un organismo no humano. Ante esto, el primer grupo preguntaba: «¿Quién proyecta ahora las actitudes humanas?», y la contestación de sus oponentes era a menudo: «Como nadie lo sabe con certeza, una proyección no es más absurda que la otra.»

El castillo Hagedorn ocupaba la cresta de un risco de diorita negra, desde donde se dominaba un amplio valle situado hacia el sur. Más grande y majestuoso que Janeil, Hagedorn estaba protegido por murallas que tenían más de kilómetro y medio de circunferencia y unos cien metros de altura. Los parapetos se elevaban trescientos metros sobre el valle, con torres, torretas y puestos de observación aún más altos. Dos de las partes del risco, las que daban al este y al oeste, caían verticalmente sobre el valle. Las vertientes norte y sur, algo menos escarpadas, estaban divididas en bancales a modo de terrazas, en los que habían plantado vides, alcachofas, peras y granadas. Un camino que partía del valle corría alrededor del risco y pasaba por un portal, dando a la plaza central. Al otro lado estaba la gran Rotonda, que tenía a ambos lados las Casas altas de las veintiocho familias.

CLANES DE HAGEDORN, CON SUS COLORES Y FAMILIAS ASOCIADAS

| clanes | colores | Familias |
|----------------|-------------------------|---|
| Xanten | Amarillo; Barras negras | Haude, Quay, Idelsea, Esledune, Salonson, Roseth. |
| Beaudry | azul; barras blancas | Onwane, Zadig, Prine, Fer, Sesune. |
| Overwhelegris, | verde; rosetas rojas | Claghorn, Abreu, Woss, Hinken, Zumbeld. |
| Aure | marrón, negro | Zadhause, Fotergil, Marune, Godalming, Lesmanic. |
| Isseth | púrpura, rojo oscuro | Mazeth, Floy, Luder-Hepman, Kerrithew, Bethune. |

El primer caballero del castillo, elegido vitaliciamente, es conocido como «Hagedorn».

El jefe de un clan, seleccionado por los ancianos de la familia, lleva el nombre de su clan; así: «Xanten», «Beaudry», «Overwhele», «Aure», «Isseth» son nombres de clanes y de sus jefes.

El más anciano de la familia, seleccionado por los cabezas de la casa, lleva el nombre de su familia. Así «Idelsea», «Zadhause», «Bethune» y «Claghorn» son tanto nombres de familias como ancianos de la familia respectiva.

Los demás caballeros y damas llevan primero el nombre del clan, seguido del de la familia y a continuación su propio nombre personal. Así: Aure Zadhause Ludwick, abreviadamente A. Z. Ludwick, y Beaudry Fer Dariane, abreviadamente B. F. Dariane.

El castillo original, construido inmediatamente después del regreso de los hombres a la Tierra, se elevó en el lugar ocupado ahora por la plaza. El décimo Hagedorn, reuniendo a una gran cantidad de Campesinos y Meks, había construido las nuevas murallas, después de lo cual hizo demoler el antiguo castillo. Las veintiocho Casas databan de aquella época, quinientos años atrás.

Debajo de la plaza había tres niveles de servicios; los establos y garajes en el fondo; seguían los talleres y las viviendas de los Meks y después los diversos almacenes y tiendas especiales: panadería, fábrica de cerveza, lapidario, arsenal, guardamuebles y otros por el estilo.

El Hagedorn actual, el vigésimo sexto de la línea, era un Claghorn, de los Overwheles. Su elección había causado una sorpresa general, porque O. C. Charle, como se llamaba antes de su elevación, no era un caballero de presencia notable. Tanto su elegancia, como sus aptitudes y erudición sólo eran ordinarias; nunca se había destacado por ninguna originalidad o pensamiento significativo. Sus proporciones físicas eran buenas; tenía el rostro cuadrado y huesudo, con una nariz recta y corta, unas cejas suaves y unos ojos grises y estrechos. Su expresión, normalmente un poco abstraída —sus detractores utilizaban la palabra «ausente» adquiría un rasgo de tenacidad y malhumor en cuanto

bajaba un poco los párpados y contraía ligeramente las cejas, aunque O. C. Charle, o Hagedorn, no se daba cuenta de esto.

El puesto, desde el que se ejercía muy poca o ninguna autoridad formal, suponía una influencia omnipresente, y el estilo del caballero nombrado Hagedorn afectaba a todo el mundo. Por esta razón, la selección de un Hagedorn era algo de no poca importancia, sujeto a cientos de consideraciones, y era raro el candidato sobre el que no se discutiera con una ingenuidad embarazosa aspectos tan sutiles como la utilización de una palabra antigua, o su aspecto desmañado. Aunque el candidato no debía sentirse nunca resentido, las amistades surgían inevitablemente, los rencores aumentaban y las reputaciones se destruían. La elevación de O. C. Charle representó un compromiso entre dos facciones de los Overwheles, clan al que había correspondido el privilegio de la selección.

Los caballeros, entre los que O. C. Charle representaba un compromiso, eran muy respetados y se distinguían por actitudes con respecto a la existencia básicamente diferentes. El primero era el inteligente Garr, de la familia Zumbeld. Ejemplificaba las virtudes tradicionales del castillo Hagedorn: era un notable conocedor de las esencias, y se vestía con absoluto buen gusto, no mostrando nunca más de un pliegue o un rasgo del rosetón característico de los Overwheles. Combinaba la despreocupación y la aptitud con la dignidad; sus agudas réplicas estaban salpicadas de brillantes alusiones y giros; cuando se despertaba, su ingenio era extraordinariamente mordaz. Podía citar cualquier obra literaria de importancia; tocaba con gran maestría el laúd de nueve cuerdas y por ello se solicitaba continuamente su asistencia a las vistas de Tabardos Antiguos. Era un anticuario de erudición sin par y conocía la situación de toda gran ciudad de la Tierra Antigua, pudiendo hablar durante horas sobre la historia de los tiempos antiguos. Su experiencia militar no tenía rival en todo Hagedorn, y únicamente la podía desafiar D. K. Magdah, del castillo Delora, y quizá Brusham de Tuang. ¿Fallos? ¿Imperfecciones? Pocas se podrían citar: superpuntilloso, lo que podía llegar a convertirse en mordaz; una obstinación intrépida, que podría ser considerada como implacable. O. Z. Garr nunca podría ser despreciado por insípido o indeciso, y su valor personal era indiscutible. Dos años antes, una banda errante de hombres había penetrado en el valle Lucerna, asaltando a los Campesinos, robando el ganado y llegando incluso a disparar una flecha contra el pecho de un cadete del clan Isseth. Inmediatamente, O. Z. Garr reunió a una compañía de Meks, los subió en una docena de vehículos mecánicos e inició la persecución de los nómadas, alcanzándoles finalmente cerca del río Drene, junto a las ruinas de la catedral de Worster. Los nómadas resultaron ser inesperadamente fuertes y no se contentaron con volver la espalda y huir. Durante el combate, O. Z. Garr demostró la conducta más ejemplar, dirigiendo el ataque desde el asiento de su vehículo mecánico, con un par de Meks a su lado para protegerle con sus escudos contra las flechas. La escaramuza terminó con una completa derrota de los nómadas, que dejaron desparramados por el campo veintisiete cuerpos flacos y cubiertos de negro, mientras que sólo veinte Meks perdieron la vida.

El oponente de O. Z. Garr en la elección era Claghorn, anciano de la familia Claghorn. Al igual que con O. Z. Garr, las exquisitas discriminaciones de la sociedad de Hagedorn hacían que Claghorn se sintiera en ella como pez en el agua. No era menos erudito que O. Z. Garr, aunque no tan versátil; su principal campo de estudios eran los Meks, su fisiología, sus modos lingüísticos y sus modelos sociales. La conversación de Claghorn era más profunda, pero menos entretenida y no tan incisiva como la de O. Z. Garr. Raramente utilizaba los tropos extravagantes y alusiones que surgían casi siempre en las discusiones de Garr, prefiriendo un estilo de discurso muy poco adornado. Claghorn no tenía Phanes, mientras que O. Z. Garr tenía cuatro deliciosas maravillas, que pocas veces eran superadas en brillantez en las Vistas de Tabardos Antiguos. El contraste más importante existente entre los dos hombres radicaba en sus puntos de vista filosóficos. O.

Z. Garr, un tradicionalista, un ejemplar ferviente de su sociedad, mantenía sus principios sin reserva alguna. No estaba poseído por ninguna duda, ni por ningún sentido de culpabilidad; no sentía el menor deseo de alterar las condiciones que permitían a más de dos mil caballeros y damas llevar vidas de una gran riqueza. Claghorn, que era un expiacionista, era conocido por sentir una gran insatisfacción con el estilo general de vida del castillo Hagedorn, y argumentaba con tal verosimilitud que muchos se negaban a escucharle, diciendo que se sentían incómodos al hacerlo. Pero, profundamente arraigado, había un malestar indefinible en todos, y Claghorn contaba con numerosas personas de influencia que le respaldaban.

Cuando llegó el momento de contar las papeletas de las votaciones, ni O. Z. Garr ni Claghorn pudieron conseguir el apoyo suficiente. Finalmente, el puesto fue concedido a un caballero que nunca lo hubiera esperado, ni siquiera en sus cálculos más optimistas; se trataba de un caballero de gran decoro y dignidad, pero sin mucha profundidad; con seriedad, pero al mismo tiempo sin vivacidad; afable, pero ni inclinado nunca a forzar un tema hasta llevarlo a una conclusión desagradable: O. C. Charle, el nuevo Hagedorn.

Seis meses más tarde, durante las horas del anochecer que preceden al alba, los Meks de Hagedorn evacuaron sus viviendas y se marcharon, llevándose consigo vehículos mecánicos, herramientas, armas y equipo eléctrico. Estaba claro que aquel acto había sido planeado durante mucho tiempo, pues los Meks de cada uno de los otros ocho castillos actuaron igual al mismo tiempo.

La reacción inicial en el castillo Hagedorn, como en los demás, fue de incredulidad, después de una cólera exaltada, y finalmente —cuando se sopesaron las implicaciones del acto— de una sensación de calamidad y presentimiento.

El nuevo Hagedorn, los jefes de clan y algunos otros notables señalados por Hagedorn, se reunieron en la cámara formal del consejo para considerar la cuestión. Estaban sentados alrededor de una gran mesa cubierta con terciopelo rojo: Hagedorn en la cabecera; Xanten e Isseth a su izquierda; Overwhele, Aure y Beaudry a su derecha; después, los restantes, entre los que se encontraban O. Z. Garr, I. K. Linus, A. G. Bernal —un teórico matemático de gran habilidad—, y B. F. Wyas, un anticuario igualmente sagaz, que había identificado la situación de muchas ciudades antiguas: Palmira, Lübeck, Eridu, Zanesville, Burton-on-Trent y Marsella, entre otras. Algunos ancianos de familia asistían también al consejo: Marune y Baudune de Aure, Quay, Roseth e Idelsea de Xanten; Uegus de Isseth, Claghorn de Overwhele.

Todos permanecieron en silencio durante un período de diez minutos, preparando sus mentes y realizando el acto silencioso de la acomodación psíquica conocido como «introsión».

Finalmente, habló Hagedorn:

—El castillo se ha quedado repentinamente desprovisto de sus Meks. No es necesario decir que se trata de una situación muy inconveniente a la que tenemos que adaptarnos con la mayor suavidad posible. Estoy seguro de que aquí llegaremos todos a una misma opinión.

Miró alrededor de la mesa. Todos bajaron pequeñas tablas de marfil tallado para mostrar su asentimiento, todos excepto Claghorn, quien, sin embargo, no la mantuvo en alto para indicar su disentimiento.

Isseth, un caballero austero, de pelo blanco, magníficamente elegante a pesar de sus setenta años, habló con un tono de voz severo:

—No veo la necesidad de meditar o retrasarnos. Lo que tenemos que hacer está claro. Admitido que los Campesinos son un pobre material del que poder reclutar una fuerza armada. A pesar de todo, tenemos que reunirles, equiparles con sandalias, batas y armas, para que su aspecto no nos desacredite, y ponerles a todos bajo el mando de un buen líder: O. Z. Garr o Xanten. Los Pájaros pueden localizar a los vagabundos, con lo que

nosotros les seguiremos, ordenaremos a los Campesinos que les den una buena paliza y nos los volveremos a traer a casa.

Xanten, de treinta y cinco años de edad —extraordinariamente joven para ser jefe de un clan—, y notorio partidario del empleo de la violencia, sacudió la cabeza.

—La idea es atractiva, pero impracticable. Los Campesinos no podrían resistir a los Meks, al margen de lo mucho que les podamos entrenar.

Sin duda alguna, aquella afirmación era exacta. Los Campesinos, pequeños andromorfos procedentes originariamente de Spica Diez, eran tan tímidos que no podían realizar un acto cruel.

Un pesado silencio se extendió por la mesa. Finalmente, habló O. Z. Garr:

—Los perros nos han robado nuestros vehículos mecánicos, pues en caso contrario habría emprendido su persecución y habría conducido a los bribones a casa con un látigo.

—Una cuestión que deja perplejo es la del jarabe —dijo Hagedorn—. Naturalmente, se llevaron todo lo que pudieron. Pero cuando se les haya acabado... ¿qué sucederá? ¿Morirán de hambre? Es imposible que vuelvan a comer su dieta original. ¿Qué era? ¿Fango pantanoso? ¿Eh, Claghorn? Usted es el experto en estas cuestiones. ¿Pueden los Meks volver a su dieta original?

—No —contestó Claghorn—. Los órganos de los adultos están atrofiados. Sin embargo, si un pequeño comenzara a ser alimentado con esa dieta, probablemente sobreviviría.

—Tal como supuse.

Hagedorn frunció portentosamente el ceño, mirándose las manos entrelazadas para indicar que no tenía absolutamente ninguna proposición constructiva que plantear.

Un caballero, con el azul oscuro de los Beaudrys, apareció junto a la puerta; se arrodilló, elevó muy alto su brazo derecho y se inclinó a continuación, de modo que los dedos de su mano izquierda rozaron casi el suelo. Hagedorn se levantó.

—Adelante, B. F. Robarth, ¿cuáles son sus noticias? —pues éste era el significado de la genuflexión del recién llegado.

—Las noticias son un mensaje emitido desde Alción. Los Meks han atacado; han incendiado la estructura y están sacrificando a todos. La radio dejó de emitir hace apenas un minuto.

Se escucharon murmullos y algunos se levantaron.

—¿Sacrificando? —rugió Claghorn.

—Estoy seguro de que, en estos momentos, Alción ya no existe.

Claghorn permaneció sentado, mirando fijamente hacia algún punto indeterminado, sin ver. Los otros discutieron aquella terrible noticia con voces en las que se notaba el horror.

Una vez más, Hagedorn impuso el orden en el consejo.

—Está claro que nos encontramos en una situación extrema..., quizá la más grave de toda nuestra historia. Soy muy franco al afirmar que no puedo sugerir ningún contraataque decisivo.

—¿Qué hay de los otros castillos? —preguntó Overwhele—. ¿Están seguros?

Hagedorn se volvió a B. F. Robarth y le pidió:

—¿Quiere ser lo bastante amable como para ponerse en contacto radiofónico con todos los demás castillos y preguntar cuál es su condición?

—Hay otros que no son tan vulnerables como Alción —observó Xanten—. Isla del Mar y Delora sobre todo, pero también Maraval.

—En mi opinión —dijo Claghorn, saliendo de su ensimismamiento—, los caballeros y damas de estos lugares deben considerar la posibilidad de buscar refugio en Janeil o aquí, hasta que se sofoque la sublevación.

Algunos presentes le miraron con sorpresa y extrañeza. Con la más suave de sus voces, O. Z. Garr preguntó:

—¿Contempla usted la posibilidad de que los nobles de esos castillos huyan precipitadamente para buscar refugio, ante el júbilo jactancioso de las órdenes inferiores?

—Supongo que todos desearán sobrevivir —contestó Claghorn con amabilidad.

Siendo un caballero de edad media ya algo avanzada, Claghorn era algo rechoncho y fuerte, con un pelo negro con canas, unos magníficos ojos verdes y una actitud que sugería la posesión de una gran fuerza interna, perfecta y rígidamente controlada.

—La huida, por definición, entraña una cierta disminución de dignidad —siguió diciendo—. Si O. Z. Garr puede proponer alguna otra forma más elegante de volver la espalda, me gustaría saber cuál es, y todos los demás deberían prestarle igualmente una gran atención porque, en los días que se avecinan, la capacidad va a ser de un gran consuelo para todos. Hagedorn habló antes de que O. Z. Garr pudiera contestar.

—Ciñámonos a la cuestión. Confieso que no puedo ver cuál puede ser el final de todo esto. Los Meks han demostrado ser unos asesinos. ¿Cómo podemos volver a tenerlos a nuestro servicio? Pero si no lo hacemos... Bueno, lo menos que podemos decir es que las condiciones de vida serán austeras hasta que podamos localizar y entrenar a una nueva fuerza de técnicos. Debemos considerar la cuestión desde ese punto de vista.

—¡Las naves espaciales! —exclamó Xanten—. ¡Debemos vigilarlas inmediatamente!

—¿Qué significa eso? —preguntó Beaudry, un caballero de rostro duro como una roca—. ¿Qué quiere decir con eso de «vigilarlas»?

—¡Tienen que ser protegidas de todo daño! ¿Qué otra cosa, si no? Son nuestro medio de enlace con los Mundos Hogar. Probablemente, los Meks de mantenimiento no han abandonado los hangares, pues, si se proponen exterminarnos, querrán negarnos las naves espaciales.

—¿Se propone marchar con una tropa de Campesinos para tomar los hangares y controlarlos? —preguntó O. Z. Garr, con un tono de voz algo desdeñoso.

Una larga historia de rivalidad y aborrecimiento mutuo existía entre él y Xanten.

—Puede ser nuestra única esperanza —dijo Xanten—. Sin embargo, ¿cómo puede uno luchar únicamente con un puñado de Campesinos? Será mejor que vuele hacia los hangares y estudie la situación. Mientras tanto, quizá usted y otros con experiencia militar puedan emprender el reclutamiento y entrenamiento de una milicia de Campesinos.

—En ese sentido —observó O. Z. Garr—, estoy esperando el resultado de nuestras deliberaciones. Si se decide que eso es lo mejor, dedicaré a ello toda mi capacidad, hasta el máximo. Si su mayor capacidad se pone de manifiesto espiando las actividades de los Meks, espero que sea usted tan generoso como para hacer lo mismo.

Los dos caballeros quedaron mirándose el uno al otro. Un año antes, su enemistad casi había terminado en un duelo. Xanten, un caballero alto, ágil y nerviosamente activo, estaba dotado de un gran instinto natural, aunque también mostraba una disposición demasiado natural hacia la elegancia absoluta. Los tradicionalistas le consideraban como una persona imbuida de una gran «dejaprendez», indicando así una actitud en la que se notaba una casi imperceptible falta de seriedad, así como una falta de pundonor. Por lo tanto, no era la mejor elección posible para jefe de clan.

La respuesta de Xanten a O. Z. Garr fue suave y amable:

—Me agradará hacerme cargo de esa tarea. Como una de las cosas esenciales es la urgencia, me arriesgaré a que se me acuse de precipitación y me marcharé inmediatamente. Espero volver mañana para informar.

Se levantó, ejecutó una ceremoniosa inclinación hacia Hagedorn, dirigió otro saludo a todos los miembros del consejo y se marchó.

Se dirigió hacia la Casa Esledune, donde tenía un apartamento en el piso decimotercero; cuatro habitaciones amuebladas según el estilo conocido como Quinta Dinastía, según una época en la historia de los Planetas Hogar Atair, tras la que la raza humana había regresado a la Tierra. Su esposa actual, Araminta, una dama de la familia Onwane, se había marchado para atender sus propios asuntos, lo que le vino muy bien a

Xanten. Después de haberle abrumado a preguntas, habría desacreditado su simple explicación, prefiriendo sospechar que él había sido asignado a su comarca de origen con alguna misión. En honor a la verdad, había llegado a sentirse aburrido con Araminta y tenía razones para creer que a ella le sucedía lo mismo; o quizá todo residiera en el hecho de que la exaltación de su rango le había proporcionado a ella muchas menos oportunidades de las que imaginara para presidir las más brillantes funciones sociales. No habían tenido hijos. La hija que Araminta tuviera en una conexión previa le había sido asignada a ella misma. Si ellos dos hubieran tenido un segundo hijo, éste le habría sido asignado a Xanten, impidiéndole así engendrar otro hijo.

Xanten se quitó sus vestiduras amarillas del consejo y, ayudado por un joven Campesino, se puso unos pantalones de caza de color amarillo oscuro con una raya negra, y una chaqueta y unas botas negras.

Se echó una capa de suave cuero negro sobre la cabeza y se colgó una bolsa de su hombro, en la que colocó armas: una hoja enrollada y un arma energética.

Abandonó el apartamento, llamó al ascensor y descendió a la armería del primer nivel, donde, normalmente, un empleado Mek le habría atendido. Ahora, Xanten, a pesar de su gran disgusto, se vio obligado a pasar detrás del mostrador, rebuscando aquí y allá. Los Meks se habían llevado la mayor parte de los rifles deportivos, todos los eyectores de perdigones y los más pesados cañones energéticos; una circunstancia de mal agüero, pensó Xanten. Finalmente, encontró un látigo arrojadizo de acero, lingotes energéticos de repuesto para su arma, un puñado de granadas de fuego y un monocular de elevada potencia.

Regresó al ascensor y se dirigió al último piso, considerando tristemente lo mucho que habría que subir andando cuando el mecanismo se estropeará y no hubiera Meks a mano para arreglarlo. Pensó en las furias apopléjicas que les darían a algunos tradicionalistas rígidos como Beaudry y se echó a reír entre dientes: ¡se avecinaban tiempos llenos de acontecimientos!

Se detuvo en el último piso, echó a andar hacia los parapetos y se dirigió finalmente hacia la sala de radio. Normalmente, tres especialistas Meks, conectados a los aparatos por medio de hilos sujetos a sus púas, estaban sentados allí, mecanografiando los mensajes, a medida que éstos llegaban. Ahora, sólo estaba allí B. F. Robarth, de pie, delante de los mecanismos, probando con inseguridad los diales, con la boca contraída en un gesto de desprecio y disgusto por el trabajo.

—¿Alguna otra noticia? —preguntó Xanten.

—La gente que hay al otro extremo —contestó B. F. Robarth, lanzándole una mirada agría— no parece estar más familiarizada que yo con estos trastos. De vez en cuando escucho voces. Creo que los Meks están atacando el castillo Delora.

Claghorn penetró en la sala detrás de Xanten.

—¿Le he oído bien? ¿Se ha perdido el castillo Delora?

—Todavía no, Claghorn, aunque prácticamente sí. Los muros de Delora se pueden desmoronar con mucha facilidad.

—¡Es una situación repugnante! —exclamó Xanten—. ¿Cómo unas criaturas sensibles pueden causar tanto mal? Después de todos estos siglos, ¡qué poco conocemos la realidad!

Al decir esta última frase se dio cuenta de la falta de tacto de su observación. Claghorn había dedicado mucho tiempo al estudio de los Meks.

—El acto, en sí mismo, no es nada asombroso —dijo Claghorn con sequedad—. Ha ocurrido miles de veces en la historia humana.

Ligeramente sorprendido por el hecho de que Claghorn utilizara la historia humana refiriéndose a un caso relacionado con subordinados, Xanten preguntó:

—¿Nunca tuvo usted el menor indicio de este aspecto malvado de la naturaleza Mek?

—No. Nunca lo tuve.

Xanten pensó que Claghorn parecía excesivamente susceptible. Después de todo, era comprensible. La doctrina básica de Claghorn, tal y como la expuso durante el proceso de elección del Hagedorn, no era en modo alguno simple, y Xanten ni la comprendió ni aprobó por completo lo que él concebía como sus objetivos; pero parecía evidente que la revuelta de los Meks había hecho desaparecer el suelo bajo los pies de Claghorn,

probablemente para la amarga satisfacción de O. Z. Garr, que debería sentirse justificado en el mantenimiento de sus doctrinas tradicionales.

—La vida que hemos estado llevando no podía durar siempre —observó Claghorn lacónicamente—. En realidad, es un milagro que durara tanto.

—Quizá sea así —dijo Xanten con un tono de voz consolador—. Bueno, no importa. Todas las cosas cambian. ¿Quién sabe? Puede que los Campesinos estén planeando envenenar nuestra comida... Ahora tengo que marcharme.

Hizo un saludo ante Claghorn, que le devolvió una crispada inclinación de cabeza. Después hizo lo mismo con B. F. Robarth y abandonó la sala.

Subió la escalera de caracol —casi una escalerilla de mano— hasta llegar a las alturas donde vivían los Pájaros en un desorden invencible, ocupados la mayor parte del tiempo en jugar a las cartas, discutir y jugar a una especie de ajedrez, cuyas reglas eran totalmente incomprensibles para los caballeros que habían intentado comprenderlas.

El castillo Hagedorn mantenía unos cien Pájaros, atendidos por un grupo de sufrientes Campesinos, a quienes los Pájaros demostraban continuamente su poca estima. Los Pájaros eran criaturas chillonas, parlanchinas, pigmentadas de rojo, amarillo o azul, con largos cuellos, unas cabezas que movían a sacudidas y una irreverencia innata que no podía ser dominada con ninguna clase de disciplina o tutelaje. Espiando a Xanten, emitieron un verdadero coro de rudos gritos de protesta.

—¡Alguien quiere dar un paseo! ¡Qué pesadez!

—¿Por qué esos autoungidos dospiés no tienen sus propias alas?

—Amigo, ¡no confíes nunca en un Pájaro! ¡Te elevaremos al cielo para dejarte caer volando y hacerte trizas!

—¡Silencio! —gritó Xanten—. Necesito seis Pájaros rápidos y silenciosos para cumplir una misión. ¿Hay alguien capaz de realizar esa tarea?

—¡Si hay alguien capaz, pregunta! Un ros, ros, ros. ¡Pero si ninguno de nosotros hemos volado desde hace una semana!

—¿Silencio? ¡Te daremos silencio, amarillo y negro!

—Vamos. Tú. Tú. Tú también, el del ojo inteligente. Tú, ése que está allá. Tú, el del hombro doblado. Y tú, el de la borla verde. ¡A la cesta!

Los Pájaros designados, mofándose, quejándose, llenando de injurias a los Campesinos, mientras éstos les llenaban sus sacos de jarabe, aletearon después hacia el cesto de mimbre donde se encontraba Xanten, esperándoles.

—Hacia el parque espacial de Vincenne —les dijo—. Volad alto y en silencio. Hay enemigos por todas partes. Tenemos que comprobar qué daño han hecho a las naves espaciales, si es que les han hecho alguno.

—¡Al parque, entonces!

Cada uno de los Pájaros cogió un extremo de cuerda atada a una estructura situada sobre la cabeza; la silla fue elevada de un tirón, calculado para que Xanten castañeteara los dientes, y se echaron a volar, riendo, acusándose los unos a los otros por no soportar más peso del que les correspondía, pero dedicándose finalmente a la tarea, y volando con un aletear coordinado de las treinta y seis series de alas. Para la tranquilidad de Xanten, dejaron de parlotear y volaron silenciosamente hacia el sur, a una velocidad de ochenta a cien kilómetros por hora.

La tarde ya estaba cayendo. El antiguo paisaje, escenario de tantas idas y venidas, de tantos triunfos y desastres, se veía engalanado por largas sombras negras. Mirando hacia abajo, Xanten se dijo a sí mismo que, aun cuando la raza humana había surgido de este

suelo, y aunque sus antepasados inmediatos habían mantenido su posesión durante setecientos años, la Tierra seguía pareciendo un mundo extraño. La razón, desde luego, no era en modo alguno misteriosa ni paradójica. Después de la Guerra de las Seis Estrellas, la Tierra había permanecido en barbecho durante tres mil años, despoblada, a excepción de un puñado de angustiados desgraciados que, de algún modo, sobrevivieron al cataclismo, y que terminaron por convertirse en nómadas semibárbaros. Hacía ya siete siglos que algunos lores ricos de Altair, impulsados en cierto modo por el inconformismo político, pero también por el capricho, decidieron regresar a la Tierra. Ese fue el origen de las nueve grandes fortalezas, de sus residentes gentiles y de los equipos de andromorfos especializados... Xanten voló sobre una zona donde un anticuario había dirigido excavaciones, poniendo al descubierto una plaza enlosada con piedras blancas, un obelisco roto, una estatua derribada... La vista de aquello, debido a algún truco de asociación, estimuló la mente de Xanten, quien imaginó una asombrosa visión, tan simple y al mismo tiempo tan grande, que miró a su alrededor, en todas direcciones, viéndolo todo con nuevos ojos. La visión era la de la Tierra, poblada por hombres, con los campos cultivados y los nómadas rechazados hacia las zonas selváticas.

Por el momento, la imagen parecía inverosímil. Y Xanten, al observar cómo iban desapareciendo los suaves contornos de la vieja Tierra, reflexionó sobre la revuelta de los Meks, que había alterado su propia vida con tan asombrosa brusquedad.

Claghorn insistía desde hacía tiempo en que ninguna condición humana duraba para siempre, con el corolario de que cuanto más complicada fuera tal condición, tanto mayor era la susceptibilidad hacia el cambio. En cuyo caso, los setecientos años de continuidad del castillo Hagedorn —tan artificial, extravagante y complicada como la vida misma— se convertía en una circunstancia asombrosa en sí misma. Claghorn aún había llevado su tesis más lejos. Comoquiera que el cambio era inevitable, argumentaba que los gentiles debían suavizar el impacto, anticipándose a los cambios para controlarlos..., una doctrina que fue atacada con gran pasión. Los tradicionalistas decían que todas las ideas de Claghorn eran sofismas demostrables, y citaban la propia estabilidad de la vida del castillo como prueba de su viabilidad. En un principio, Xanten se inclinó por un lado, después por el otro, en realidad sin sentirse involucrado emocionalmente en ninguna de las dos ideas. En todo caso, el tradicionalismo de O. Z. Garr le empujó hacia los puntos de vista de Claghorn y, ahora, los acontecimientos parecían darle la razón. El cambio había llegado, produciendo un impacto de la mayor dureza y violencia.

Naturalmente, aún quedaban muchas preguntas por contestar. ¿Por qué los Meks habían elegido precisamente aquellos momentos para rebelarse? Las condiciones no se habían alterado apreciablemente durante los últimos quinientos años, y los Meks nunca mostraron estar insatisfechos. De hecho, no revelaron nada de sus sentimientos, aunque nadie se preocupó nunca por preguntarles... excepto Claghorn.

Los Pájaros estaban girando hacia el este para evitar las montañas Ballarat, al oeste de las cuales se encontraban las ruinas de una gran ciudad que nunca pudo ser identificada satisfactoriamente. Debajo de ellos estaba el valle Lúcame, que en otros tiempos fuera una fértil comarca. Si uno miraba con gran atención podía distinguir a veces las siluetas de los diversos alojamientos. Delante de ellos eran visibles los hangares de las naves espaciales, donde los técnicos Meks mantenían cuatro de estas naves, pertenecientes conjuntamente a los castillos de Hagedorn, Janeil, Tuang, Morninglight y Maraval, aunque, por toda una serie de razones, nunca habían vuelto a ser utilizadas.

El sol se estaba poniendo. La luz color naranja centelleaba y parpadeaba sobre los muros metálicos. Xanten dio instrucciones a los Pájaros:

—Descended en círculo. Posaros detrás de esa línea de árboles, pero volando bajo, para que nadie pueda vernos.

Los Pájaros curvaron las alas rígidas hacia abajo, con sus seis desgarrados cuellos extendidos hacia el suelo. Xanten estaba preparado para el impacto; parecía como si a

los Pájaros nunca les fuera posible posarse suavemente cuando transportaban a algún caballero. Cuando el cargamento era algo por lo que sentían alguna preocupación personal, ni la pelusilla de un diente de león habría sufrido nada a causa del impacto.

Sujetándose con pericia, Xanten mantuvo el equilibrio en lugar de caer y rodar como hubieran preferido los Pájaros.

—Todos tenéis jarabe —les dijo—. Descansad. No hagáis ningún ruido; nada de peleas. Si mañana, al ponerse el sol, no he regresado, volved al castillo Hagedorn y decid que Xanten ha sido asesinado.

—¡No temas! —gritaron los Pájaros—. ¡Esperaremos eternamente!

—¡En cualquier caso, hasta mañana a la puesta del sol!

—Si amenaza algún peligro; si se te presiona... ¡un ros, ros, ros! Llama a los Pájaros.

—¡Un ros! ¡Somos feroces cuando se nos despierta!

—Quisiera que eso fuese cierto —comentó Xanten—. ¡Los Pájaros no son más que consumados cobardes; todo el mundo lo sabe! Sin embargo, valoro vuestro sentimiento. Recordad mis instrucciones, y manteneos quietos por encima de todo. No quiero ser descubierto y acuchillado a causa de vuestros ruidos.

Los Pájaros emitieron sonidos de indignación.

—¡Injusticia! ¡Injusticia! ¡Somos tan tranquilos como el rocío!

—Está bien.

Xanten se apresuró a marcharse antes de que empezaran a vociferar nuevos consejos o seguridades.

Atravesó el bosque y llegó a un claro abierto, en cuyo extremo más alejado, quizá a unos cien metros de distancia, se encontraba la parte trasera del primer hangar. Se detuvo un momento para reflexionar. Había que tener en cuenta varios factores. Primero: los Meks de mantenimiento, con la estructura de metal protegiéndoles contra el contacto por radio, podrían no haberse enterado aún de la revuelta. Decidió que eso era muy improbable, en vista de la cuidadosa preparación de la misma. Segundo: los Meks, en continua comunicación con los suyos, actuaban como un organismo colectivo. El organismo agregado funcionaba mucho más competentemente que sus partes y el individuo no mostraba inclinación hacia la iniciativa. En consecuencia, la vigilancia sería extremada. Tercero: si esperaban que alguien intentara aunque sólo fuera un discreto acercamiento, escudriñarían necesariamente con mayor atención la ruta que él se proponía seguir.

Xanten decidió esperar oculto en las sombras durante otros diez minutos, hasta que el sol poniente, brillando por encima de sus hombros, pudiera cegar con mayor efectividad a todo aquel que vigilara.

Transcurrieron diez minutos. Los hangares, bañados por la luz del sol poniente, parecían enormes masas largas y altas, y estaban completamente tranquilos. En el claro que conducía hasta ellos, una alta hierba amarillenta se ondulaba ante una brisa fría... Xanten respiró profundamente, sopesó la bolsa, preparó sus armas e inició el avance. No se le ocurrió arrastrarse por entre la hierba.

Llegó hasta la parte trasera del hangar más cercano, sin que nada sucediera. Apretó la oreja contra el metal y no escuchó nada. Echó a andar hacia la esquina y miró: ningún signo de vida. Xanten se encogió de hombros. Muy bien; entonces... hacia la puerta.

Ando a lo largo de la parte lateral del hangar; el sol poniente dibujaba una larga sombra negra delante de él. Llegó ante una puerta que daba acceso a la oficina administrativa del hangar. Como no ganaba nada manteniéndose en la duda, Xanten apartó la puerta hacia un lado y entró.

Los despachos estaban vacíos. Las mesas en las que siglos antes se habían sentado subalternos, calculando facturas y cuentas de desembarco, estaban ahora limpias, libres de todo polvo. Las computadoras y bancos de información, de esmalte negro y cristal, con botones blancos y rojos, parecía como si hubieran sido instaladas el día anterior.

Xanten se dirigió hacia un ventanal de cristal desde el que se dominaba el suelo del hangar, ensombrecido bajo el enorme volumen de la nave.

No vio a ningún Mek. Pero en el suelo del hangar, colocados en hileras y montones bien arreglados, había elementos y piezas pertenecientes al mecanismo de control de la nave. Los paneles de servicio fijados sobre el casco y en los que se mostraba la colocación de los mecanismos, habían sido retirados.

Xanten bajó de las oficinas y penetró en el hangar. Las naves espaciales habían sido inutilizadas, dejadas fuera de servicio. Xanten examinó las hileras bien dispuestas de partes mecánicas. Algunos sabios de diversos castillos eran expertos en la teoría de la transferencia espacio-tiempo. S. X. Rosenbox de Maraval había llegado incluso a descubrir una serie de ecuaciones que, trasladadas a maquinaria práctica, podían eliminar el problemático efecto Hamus. Pero ningún caballero, ni siquiera él, era tan inconsciente como para dañar su honor personal poniendo una mano encima de una herramienta, por lo que nadie sabría cómo volver a colocar, conectar y hacer funcionar los mecanismos amontonados ahora sobre el suelo del hangar.

Aquel trabajo malicioso ya se había hecho. ¿Cuándo? Imposible decirlo.

Xanten regresó al despacho, salió a la luz del atardecer y se dirigió hacia el siguiente hangar. Tampoco encontró Meks. La nave espacial también estaba desprovista de su mecanismo de control, perfectamente alineado en el suelo. Xanten se encaminó hacia el tercer hangar, y se encontró con la misma situación.

En el cuarto hangar distinguió unos débiles sonidos de actividad. Penetró en la oficina, miró por el ventanal hacia el hangar, y descubrió a unos Meks trabajando con su habitual economía de movimientos, en un silencio casi total que parecía extraño.

Xanten, que ya se sentía incómodo por haber tenido que ocultarse en el bosque, se enfureció ante la fría destrucción de su propiedad, a la que ahora estaba asistiendo. Se dirigió rápidamente hacia el hangar. Pegándose una palmada en el muslo para llamar la atención, gritó con un tono de voz muy duro:

—¡Volved a colocar los componentes en su lugar! ¡Cómo os atrevéis a actuar de esa manera, sabandijas!

Los Meks volvieron hacia él sus semblantes oscuros para estudiarle a través de los grupos de sensores negros situados a cada lado de sus cabezas.

—¿Qué? —bramó Xanten—. ¿Dudáis?

Sacó su látigo de acero, que normalmente era más un accesorio simbólico que un instrumento de castigo, y lo hizo restallar sobre el suelo.

—¡Obedeced! ¡Esta ridícula revuelta ha terminado!

Los Meks aún dudaron y, durante un instante, los acontecimientos se mantuvieron en un indeciso equilibrio. Ninguno de ellos produjo ningún sonido, aunque se pasaban mensajes entre sí, valorando la circunstancia, estableciendo un consenso de actuación. Xanten no les podía permitir que se tomaran tiempo para ello. Avanzó, empuñando el látigo, y lo lanzó contra la única zona en la que los Meks podían sentir dolor: el viscoso rostro.

—A vuestra obligación —gritó—. ¡Sí que sois un buen equipo de mantenimiento! ¡Sois más bien un equipo de destrucción!

Los Meks emitieron un resoplido que podía significar cualquier cosa. Retrocedieron y Xanten se dio cuenta entonces de la presencia de uno de ellos, situado en la escalera de la cámara que conducía al interior de la nave. Era un Mek de mayor tamaño que cualquiera de los que había visto hasta entonces y, de algún modo, parecía diferente. Este Mek estaba apuntando un eyector de perdigones contra su cabeza. Con un movimiento en el que no había ninguna precipitación, Xanten hizo retroceder con el látigo a un Mek que se había lanzado hacia él con un cuchillo, y sin dignarse apuntar disparó y destruyó al Mek que se encontraba en la escalera de la cámara, mientras que el disparo de aquél le pasaba rozando la cabeza.

De todos modos, los otros Meks decidieron lanzarse al ataque. Todos avanzaron al mismo tiempo. Apoyándose desdeñosamente contra el casco de la nave, Xanten fue disparando contra ellos a medida que se le acercaban, moviendo su cabeza en una sola ocasión para evitar un trozo de metal, y llegando a coger un cuchillo arrojado que se hundió en el rostro de quien se lo había lanzado.

Los Meks retrocedieron y Xanten supuso que se habían puesto de acuerdo para seguir una nueva táctica: o bien retirarse en busca de armas, o bien dejarle encerrado en el interior del hangar. En cualquier caso, ya no podía conseguir nada más allí. Por tanto, se abrió paso blandiendo el látigo y se encaminó hacia el despacho. Mientras las herramientas, las barras de metal y los instrumentos se estrellaban contra el cristal, ya detrás de él, atravesó tranquilamente el despacho y salió a la noche.

La luna llena se estaba elevando: un gran globo amarillo que emitía un humeante resplandor azafranado, como si fuera una lámpara antigua. Los ojos de los Meks no estaban bien adaptados para ver por la noche, y Xanten esperó junto a la puerta. Al cabo de un instante, comenzaron a salir y Xanten les fue cortando el cuello a medida que lo hacían.

Los Meks volvieron al interior del hangar. Limpiando su hoja, Xanten recorrió de nuevo el camino por donde había llegado, sin mirar ni a derecha ni a izquierda. Se detuvo de pronto. La noche acababa de empezar. Algo cosquilleó en su mente: recoger al Mek que le había disparado el eyector de perdigones. Era un Mek más grande, posiblemente de un bronceado más oscuro, pero, lo más significativo de todo era que había demostrado una serenidad indefinible, casi una autoridad..., aunque esa palabra, utilizada en relación con los Meks, era anómala. Por otra parte, alguien tenía que haber planeado la revuelta o, al menos, haber originado el concepto de la misma. Podría ser útil proseguir su reconocimiento, aunque la información primaria ya estaba asegurada.

Xanten regresó y cruzó la zona de aterrizaje, dirigiéndose hacia las barracas y garajes. Frunciendo el ceño, en un gesto de incomodidad, sintió de nuevo la necesidad de mantener una gran discreción. ¡Qué tiempos aquéllos! ¡Tiempos en los que un caballero se tenía que ocultar para evitar a los Meks! Se deslizó por la parte de atrás de los garajes, donde había media docena de vehículos mecánicos.

Xanten les observó. Eran todos iguales: una estructura de metal con cuatro ruedas y una pala removedora de tierra en la parte delantera. Cerca debía encontrarse la reserva de jarabe. Xanten descubrió un gran recipiente que contenía varias latas. Cargó una docena en un vehículo cercano y destruyó el resto con su cuchillo, de modo que el jarabe fuera absorbido por la tierra. Los Meks utilizarían un método algo distinto; su jarabe estaría almacenado en algún local, probablemente en el interior de las barracas.

Xanten montó sobre un vehículo mecánico, hizo girar la llave de «despierto», apretó el botón de «marcha» y presionó sobre una palanca que hizo girar las ruedas hacia atrás. El vehículo mecánico retrocedió. Xanten lo detuvo, haciéndole girar de modo que quedara situado frente a los barracones. Hizo lo mismo con otros tres vehículos y después los puso a todos en marcha, uno detrás de otro. Los vehículos comenzaron a rodar pesadamente hacia adelante. Las hojas cortaron las paredes de metal de los barracones y los techos se desplomaron. Los vehículos mecánicos continuaron su camino a lo largo del interior, destrozándolo todo a su paso.

Xanten asintió con una profunda satisfacción y regresó al vehículo mecánico que se había reservado para sí mismo. Se subió al asiento y esperó. Ningún Mek salió de los barracones. Al parecer, estaban desiertos y todo el equipo se encontraba ocupado en el interior de los hangares. Sin embargo, todas sus reservas de jarabe habían quedado destruidas y muchos de ellos morirían de hambre.

Desde los hangares salió únicamente un Mek, evidentemente atraído por los sonidos de la destrucción. Xanten se encogió en su asiento y cuando el Mek pasó ante él, lanzó

su látigo alrededor del poderoso cuello. Dio un fuerte tirón y el Mek se desplomó en el suelo.

Xanten descendió del vehículo y echó un vistazo a su eyector de perdigones. El Mek era otro de los grandes y Xanten comprobó que no llevaba saco de jarabe. Se trataba, pues, de un Mek en estado original. ¡Asombroso! ¿Cómo podía haber sobrevivido aquella criatura? De repente, se dio cuenta que se tenían que plantear muchas cuestiones nuevas... y esperaba poder contestar algunas. Situándose junto a la cabeza de la criatura, Xanten cortó las largas púas en forma de antena que surgían de la parte posterior de la cabeza del Mek. Ahora, la criatura se encontraba aislada, sola, dependiendo únicamente de sus propios recursos... Una situación capaz de reducir a la apatía al Mek más valiente.

—¡Arriba! —le ordenó Xanten—. ¡Sube a la parte trasera del vehículo! —y, al mismo tiempo que daba sus órdenes, hizo restallar el látigo con énfasis.

Al principio, el Mek pareció dispuesto a desafiarle, pero al cabo de un instante acabó por obedecer. Xanten subió al asiento y puso en marcha el vehículo mecánico, dirigiéndolo hacia el norte. Los Pájaros serían incapaces de llevarle a él y al Mek..., o en cualquier caso llorarían y se quejarían con tal estridencia, que, al principio, hasta se les podría llegar a creer. Podrían o no podrían esperar hasta la hora de la puesta del sol del día siguiente, tal como les había dicho; lo más probable era que se pusieran a dormir en un árbol, se despertarían de mal humor y volverían inmediatamente al castillo Hagedorn.

El vehículo mecánico avanzó durante toda la noche, con Xanten en el asiento y su cautivo acurrucado en la parte posterior.

III

1

A pesar de todo lo que dijeran, a la gente de los castillos no le gustaba ir por la noche de un lado a otro, a campo abierto, debido a lo que algunos consideraban con mofa como un temor supersticioso. Otros citaban los casos de viajeros que habían pasado la noche junto a unas ruinas y las visiones que habían tenido: la música que habían escuchado, o los quejidos de los fantasmas lunares, o los lejanos cuernos de cazadores espectrales. Otros habían visto luces de color verde y pálido lavanda, y fantasmas que andaban por el bosque arrastrando largas cadenas; la abadía de Hode, que ahora no era más que un conjunto de húmedas ruinas, se había hecho famosa por la Bruja Blanca y por el ruido alarmante que ésta producía.

Se conocían otros cien casos similares y, aunque los recalcitrantes se mofaban de todo esto, ninguno de ellos se arriesgaba a viajar de noche sin una absoluta necesidad. De hecho, si los fantasmas recorrían los escenarios de su tragedia y de su muerte, el paisaje de la vieja Tierra debía poseer un número incontable de espectros y fantasmas, sobre todo aquella región que ahora estaba atravesando Xanten con su vehículo mecánico, y en la que cada roca, cada claro y cada valle estaba repleto de experiencias humanas.

La luna se elevó muy arriba en el cielo; el vehículo avanzó hacia el norte, siguiendo una antigua carretera, cuyos fragmentos de hormigón brillaban con un color pálido bajo la luz de la luna. En dos ocasiones, Xanten vio parpadear unas luces de color naranja a su lado, y en otra, de pie bajo la sombra de un ciprés, creyó ver una alta figura inmóvil que le observó en silencio mientras él pasaba. Xanten sabía muy bien que el Mek cautivo estaba tramando algo. Sin sus púas, debía sentirse despersonalizado y muy rabioso, pero Xanten se dijo a sí mismo que no intentaría nada hasta que le entrara sueño a él.

La carretera pasó por entre una ciudad, algunas de cuyas estructuras todavía se mantenían en pie. Ni siquiera los nómadas se refugiaban en estas antiguas ciudades, por temor a las miasmas o quizá a la fragancia de los demonios.

La luna alcanzó su cénit. El paisaje pareció adquirir cien tonos diversos de color plata, negro y gris. Mirando a su alrededor, Xanten pensó que a pesar de todos los notables placeres de la vida civilizada, aún se tenía que decir algo sobre el enorme espacio y la simplicidad de las tierras de los nómadas. El Mek hizo un movimiento sigiloso. Xanten no hizo más que volver la cabeza. Hizo restallar el látigo en el aire y el Mek se quedó quieto.

Durante toda la noche, el vehículo mecánico rodó por la antigua carretera, mientras la luna iba descendiendo por el oeste. El horizonte oriental empezó a adquirir una tonalidad verdosa, después amarillo limón y finalmente, cuando la pálida luna ya desaparecía, surgió el sol sobre la distante cadena de montañas. En aquel momento, justo a su derecha, Xanten percibió un hilo de humo.

Detuvo el vehículo. Levantándose sobre el asiento, adelantó el cuello para espiar un campamento de nómadas situado a unos cuatrocientos metros de distancia. Podía distinguir tres o cuatro docenas de tiendas de diversos tamaños, así como una docena de vehículos mecánicos en estado ruinoso. En la tienda más alta del hetman creyó ver un ideograma negro que reconoció. Si era así, ésta debía ser la tribu que no hacía mucho tiempo había penetrado en los dominios de Hagedorn, y que O. Z. Garr había rechazado.

Xanten volvió a sentarse, se arregló las ropas, puso en marcha al vehículo mecánico y lo dirigió hacia el campamento.

Unos cien hombres vestidos de negro, altos y espigados le observaron acercarse. Una docena de ellos saltaron hacia delante y, colocando las flechas en los arcos, apuntaron a su corazón. Xanten les dirigió una mirada interrogativa de desdén, dirigiendo el vehículo hasta la tienda del hetman, y lo detuvo. Entonces, se levantó.

—Hetman —llamó—. ¿Estás despierto?

El hetman apartó la lona que cerraba su tienda, se asomó y, al cabo de un momento, salió al exterior. Al igual que los demás, llevaba un vestido de lacia tela negra, que le envolvía la cabeza y el cuerpo por igual. Su rostro se mostraba a través de una abertura cuadrada: ojos azules y estrechos; una nariz grotescamente larga, una barbilla saliente, larga y torcida. Xanten le saludó con una breve inclinación de cabeza.

—Observe esto —dijo, indicando con el pulgar hacia donde se encontraba el Mek.

El hetman desvió levemente sus ojos, estudió al Mek durante una décima de segundo y volvió a escudriñar a Xanten.

—Los de su clase se han rebelado contra los caballeros —dijo Xanten—. De hecho, masacran a todos los hombres de la Tierra. En consecuencia, nosotros, los del castillo Hagedorn, hacemos esta propuesta a los nómadas. Venid al castillo Hagedorn. Os alimentaremos, vestiremos y armaremos. Os entrenaremos en la disciplina y en las artes de la guerra formal. Os proporcionaremos a los jefes más expertos dentro de nuestra propia capacidad. Entonces aniquilaremos a los Meks, los extinguiremos de la Tierra. Después de la campaña, os entrenaremos en cuestiones de tipo técnico y podréis seguir carreras provechosas e interesantes al servicio de los castillos.

El hetman no contestó nada durante un momento. Después, su rostro curtido adquirió una mueca feroz. Habló con un tono de voz que Xanten percibió como sorprendentemente bien modulada.

—¡De modo que vuestras bestias han acabado por sublevarse para destrozarnos! ¡Es una lástima que hayan tardado tanto! Bueno, a nosotros nos da igual. Los dos sois pueblos extraños a nosotros y tarde o temprano vuestros huesos reposarán juntos.

—Si te comprendo bien —dijo Xanten, pretendiendo ignorar la última frase—, afirmas que, ante un asalto extranjero, todos los hombres deben luchar una misma batalla y que después, tras la victoria, seguiremos cooperando en ventaja mutua. ¿Estoy en lo cierto?

La expresión del hetman no se inmutó.

—Vosotros no sois hombres. Únicamente nosotros, hechos del suelo y del agua de la Tierra, somos hombres. Tanto vosotros como vuestros misteriosos esclavos sois extranjeros. Os deseamos éxito en vuestra detracción mutua.

—Está bien —declaró Xanten—. Te había escuchado mal después de todo. Sé muy bien que las apelaciones a vuestra lealtad son ineficaces. ¿Qué interés podéis tener entonces? Los Meks, cuando fracasen en su intento de destruir a las gentes de los castillos, se revolverán contra los nómadas y les aniquilarán como si fueran la marabunta.

—Si nos atacan, lucharemos con ellos —dijo el hetman—. En caso contrario, pueden hacer lo que quieran.

Xanten echó un vistazo reflexivo hacia el cielo.

—Podemos estar dispuestos, incluso ahora, a aceptar un contingente de nómadas al servicio del castillo Hagedorn, con el propósito de formar unos cuadros a partir de los cuales pueda surgir después un grupo más numeroso y versátil.

Desde un lado, otro nómada se dirigió a él, con un tono de voz bastante ofensivo:

—Nos coseréis un saco a nuestras espaldas para darnos vuestro jarabe, ¿eh?

—El jarabe es muy nutritivo y suministra todo lo que necesita el cuerpo —contestó Xanten imperturbablemente.

—¿Por qué, entonces, no lo consumes tú mismo? Xanten no se dignó contestar.

—Si deseas suministrarnos armas —habló el hetman—, las aceptaremos, y las utilizaremos contra todo aquel que nos amenace. Pero no esperéis de nosotros que os defendamos. Si teméis por vuestra vida, abandonad los castillos y convertiros en nómadas.

—¿Temer por nuestras vidas? —exclamó Xanten—. ¡Qué tontería! ¡Nunca! El castillo Hagedorn es inexpugnable, como Janeil, y como la mayor parte de los otros castillos.

—En cuanto quisiéramos —dijo el hetman sacudiendo la cabeza—, podríamos apoderarnos de Hagedorn y mataros a todos mientras dormís.

—¡Qué! —gritó Xanten, lleno de rabia—. ¿Estás hablando en serio?

—Desde luego. En una noche oscura enviaríamos a un hombre en una gran cometa y lo haríamos bajar sobre los parapetos. Bajaría después una cuerda, subiría las escalas y al cabo de quince minutos el castillo sería nuestro.

—Ingenioso —admitió Xanten, llevándose la mano a la mejilla—, pero impracticable. Los Pájaros detectarían una cometa así. O el viento fallaría en el momento crítico... Pero todo esto nos aleja de nuestro tema. Los Meks no vuelan en cometas. Planean lanzar un ataque contra Janeil y Hagedorn. Después, ante su frustración, se lanzarán a la caza de los nómadas.

—¿Y qué? —replicó el hetman, moviéndose hacia atrás—. Hemos sobrevivido a intentos similares por parte de los hombres de Hagedorn. Son todos unos cobardes. En lucha cuerpo a cuerpo y con armas iguales, os haríamos morder el polvo como perros que sois.

Xanten elevó sus cejas, en un gesto de elegante desdén.

—Me temo que olvidas que te estás dirigiendo a un jefe de clan del castillo Hagedorn. Sólo la fatiga y el aburrimiento me impiden castigarte con este látigo.

—¡Bah! —exclamó el hetman, y señalando con un dedo a uno de sus arqueros, ordenó—: Atraviesa a este insolente.

El arquero descargó su flecha, pero Xanten, que había estado esperando algo similar, disparó su arma energética, destruyendo flecha, arco y la mano del arquero. A continuación, dijo:

—Veo que os tengo que enseñar a respetar a vuestros mejores; eso significa el látigo, después de todo.

Cogiendo al hetman por la cabellera, le enrolló el látigo hábilmente tres veces alrededor de los hombros.

—Esto ya es demasiado —dijo—. No te puedo obligar a luchar, pero, al menos, te puedo exigir un respeto decente.

Saltó al suelo y, cogiendo al hetman, le subió a la parte trasera del vehículo, junto al Mek. Después, haciendo girar el vehículo, abandonó el campamento sin dignarse mirar

siquiera por encima del hombro, protegiendo sus espaldas de las flechas con el respaldo del asiento.

El hetman se levantó y sacó su daga. Xanten volvió ligeramente la cabeza y le advirtió:
—¡Ten cuidado! O te ataré al vehículo y te llevaré arrastrando sobre el polvo.

El hetman dudó un momento, lanzó un sonido sibilante entre sus dientes y se detuvo. Miró la hoja de su daga, le dio la vuelta y la enfundó con un gruñido.

—¿Adonde me llevas?

—Ya no vamos más lejos —dijo Xanten, deteniendo el vehículo—. Sólo quería abandonar tu campamento con dignidad, sin necesidad de agacharme para esquivar una nube de flechas. Puedes bajarte. ¿Sigues negándote a poner a tus hombres al servicio del castillo Hagedorn?

El hetman volvió a lanzar el sonido sibilante por entre los dientes, y finalmente dijo:

—Cuando los Meks hayan destruido los castillos, nosotros les destruiremos a ellos y la Tierra quedará libre de seres de otras estrellas.

—Sois una banda de salvajes intratables. Está bien, baja y regresa a tu campamento. Reflexiona muy bien antes de mostrar una falta de respeto para con un jefe de clan del castillo Hagedorn.

—¡Bah! —murmuró el hetman.

Saltó del vehículo y regresó por el mismo camino por donde habían venido, en dirección hacia el campamento.

2

Hacia el mediodía, Xanten llegó al Valle Lejano, en los límites de los territorios de Hagedorn. Cerca de allí había un pueblo de expiacionistas: descontentos y neurasténicos en opinión de los caballeros del castillo, y en cualquier caso, un grupo de gente muy curiosa. Unos pocos habían ostentado rangos envidiables, otros fueron sabios de reconocida erudición; pero los demás eran personas sin ninguna dignidad ni reputación, que se adhirieron a la más extraña y extremista de las filosofías. Ahora, todos ellos realizaban trabajos no muy diferentes a los encomendados a los Campesinos, y todos parecían sentir una perversa satisfacción en lo que —según las costumbres del castillo— no eran más que inmundicia, pobreza y degradación.

Tal como se podía esperar, su credo no era en modo alguno homogéneo. Algunos podrían haber sido descritos mucho mejor como «inconformistas», o como «disasociacionistas»; otro grupo no era más que «expiacionistas pasivos», mientras que otros, una minoría, defendían el establecimiento de un programa dinámico.

Existían muy pocas relaciones entre el castillo y el pueblo. De vez en cuando, los expiacionistas intercambiaban frutas o maderas pulimentadas por herramientas, agujas, medicamentos; o los caballeros del castillo organizaban un grupo para ir a observar las danzas y cantos de los expiacionistas. Xanten había visitado el pueblo en muchas de estas ocasiones, sintiéndose atraído por la elegancia y la informalidad de las gentes cuando cantaban o bailaban. Ahora, al pasar cerca del pueblo, Xanten giró hacia un lado para seguir una línea que pasaba por entre altos zarzales, y fue a parar a un pequeño prado donde pastaba el ganado. Detuvo el vehículo a la sombra y comprobó que el saco de jarabe estaba lleno. Después miró a su cautivo.

—¿Cómo te va? Si necesitas jarabe, llénate el saco. Pero no, no tienes saco. Entonces, ¿de qué te alimentas? ¿De barro? Debe tener un gusto malsano. Me temo que nada de aquí sea lo bastante bueno como para que te guste. Toma jarabe o mastica la hierba, como quieras; únicamente no te alejes demasiado del vehículo, pues te observo con ojos muy abiertos.

El Mek, acurrucado en un rincón, no dio señales de haberle comprendido, ni tampoco se movió para aprovecharse de la oferta de Xanten.

Xanten se dirigió hacia un abrevadero y, manteniendo las manos bajo el chorro de agua que salía de un tubo de plomo, se lavó el rostro, refrescándose, y después bebió un par de tragos del cuenco de sus manos.

Al volverse, observó que una docena de personas del pueblo se le había acercado. Conocía bien a una de ellas. Se trataba de un hombre que podría haberse convertido en Godalming, e incluso en Aure, de no haberse visto infectado por el expiacionismo. Xanten le dirigió un amable saludo.

—A. G. Philidor. Soy yo, Xanten.

—Xanten, desde luego. Pero aquí ya no soy A. G. Philidor. Simplemente me llamo Philidor.

—Mis disculpas —pidió Xanten, inclinando ligeramente la cabeza—. He descuidado mantener todo el rigor de vuestra informalidad.

—Ahorradme ese ingenio vuestro —dijo Philidor—. ¿Por qué nos traéis a un Mek cortado? ¿Para que lo adoptemos, quizá?

Esta última frase aludía a la costumbre de los nobles del castillo de llevar a los expiacionistas los niños que nacían de más.

—¿Quién es el que demuestra ingenio ahora? ¿Pero no habéis escuchado las noticias?

—Las noticias llegan aquí muy retrasadas. Los nómadas suelen estar mejor informados.

—Entonces, preparaos para una sorpresa. Los Meks se han rebelado contra los castillos. Alción y Delora han sido demolidos y todos, sus habitantes muertos; quizá haya ocurrido ya lo mismo con otros castillos.

—No me sorprende nada —contestó Philidor, moviendo la cabeza.

—¿No os preocupa nada?

—En relación con eso —observó Philidor tras reflexionar un instante—, nuestros propios planes, que nunca han sido muy factibles, se hacen ahora más inverosímiles que nunca.

—Creo —dijo Xanten— que os enfrentáis al sepulcro y al peligro inmediato. Seguramente, los Meks intentan eliminar todo vestigio de humanidad. No escaparéis.

—Posiblemente existe ese peligro... —dijo Philidor, encogiéndose de hombros—. Nos reuniremos en consejo y decidiremos lo que vamos a hacer.

—Os puedo adelantar una propuesta que quizá encontraréis atractiva —dijo Xanten—. Nuestra primera preocupación, desde luego, es suprimir la revuelta. Existen, por lo menos, una docena de comunidades expiacionistas, con una población de dos o tres mil personas..., quizá más. Propongo reclutar y entrenar a un cuerpo de tropas muy disciplinadas, a las que se proporcionará armamento del castillo y que serán dirigidas por los teóricos militares más expertos de Hagedorn.

Philidor se le quedó mirando con incredulidad.

—¿Esperáis de nosotros, los expiacionistas, que nos convirtamos en vuestros soldados?

—¿Y por qué no? —preguntó ingenuamente Xanten—. Vuestra vida está tan en peligro como la nuestra.

—Nadie muere más de una vez.

Esta vez le tocó a Xanten quedarse perplejo.

—¿Qué? ¿Puede ser ésa la forma de hablar de un antiguo caballero de Hagedorn? ¿Es ése el rostro que un hombre de orgullo y coraje vuelve hacia el peligro? ¿Es ésta la lección de la historia? ¡Desde luego que no! No necesito instruiros al respecto; lo sabéis tan bien como yo.

—Sé —asintió Philidor— que la historia del hombre no es la de sus triunfos técnicos, sus matanzas y sus victorias. Es algo complejo, un mosaico de miles de millones de

piezas, cada una de las cuales narra la adaptación de cada hombre con su conciencia. Esa es la verdadera historia de la raza.

—A. G. Philidor —dijo Xanten, haciendo un ligero gesto con la mano—, simplificáis lamentablemente las cosas. ¿Me consideraréis un estúpido? Hay muchas clases de historia. Todas ellas se interrelacionan. Hacéis resaltar la moralidad. Pero la última base de la moralidad es la supervivencia. Lo que promueve la supervivencia es bueno; lo que induzca a la mortificación es malo.

—¡Muy bien dicho! —admitió Philidor—. Pero permitidme proponer una parábola. ¿Puede una nación de un millón de seres destruir a una criatura que, de otro modo, infectaría a todos con una enfermedad fatal? Sí, diréis vosotros. Una más: diez bestias hambrientas os persiguen para poder comer. ¿Las mataréis para salvar vuestra vida? Sí, volveréis a decir, aunque en este caso destruíis mucho más de lo que salváis. Una más: un hombre vive en una cabaña, en un valle solitario. Cien naves espaciales descienden del cielo e intentan destruirle. ¿Puede él destruir todas esas naves en defensa propia, aun cuando él sea uno y todos los demás cien mil? Quizá digáis que sí. ¿Qué sucede entonces si todo un mundo, toda una raza de seres, se lanza contra un solo hombre? ¿Puede él matarlos a todos? ¿Qué sucede si los atacantes son tan humanos como él mismo? ¿Qué sucedería si él fuera la criatura del primer ejemplo, que, de otro modo, infectaría al mundo con una enfermedad mortal? Como veis, no existe una sola zona para la que sea válido todo. La hemos buscado, y no la hemos encontrado. En consecuencia, ante el riesgo de pecar contra la supervivencia, nosotros, yo al menos, pues sólo puedo hablar por mi mismo, hemos elegido una moralidad que al menos me permite la calma. No mato nada; no destruyo nada.

—¡Bahl —exclamó Xanten, desdeñosamente—. Si un grupo de Meks penetrara en este valle y comenzara a matar a vuestros niños, ¿no los defenderíais?

Philidor apretó los labios y se volvió. Habló entonces otro hombre.

—Philidor ha definido la moralidad. ¿Pero quién es absolutamente moral? Philidor, o yo, o vos, podríamos abandonar la moralidad en un caso así.

—Mirad a vuestro alrededor —volvió a decir Philidor—. ¿Veis a alguien a quien reconozcáis?

Xanten examinó al grupo. Cerca se encontraba una muchacha de extraordinaria belleza. Llevaba una blusa blanca y en su pelo moreno, que caía rizado sobre sus hombros, lucía una flor roja. Xanten asintió con la cabeza.

—Veo a la doncella que O. Z. Garr quiso introducir en su casa, en el castillo.

—Exactamente —dijo Philidor—. ¿Recordáis las circunstancias?

—Muy bien —asintió Xanten—. Hubo vigorosas objeciones por parte del Consejo de Notables, aunque no fuera por otras razones que por la amenaza que eso suponía para nuestras leyes sobre el control de la población. En esta ocasión, O. Z. Garr intentó burlar la ley argumentando lo siguiente: «Yo mantengo Phanes —dijo—. A veces tengo hasta seis, e incluso ocho, y nadie eleva una sola palabra de protesta. Llamaré Phane a esta muchacha y la mantendré junto al resto.» Tanto yo como otros protestamos. Casi se produjo un duelo por esta cuestión. O. Z. Garr fue obligado a renunciar a esta muchacha. Se me entregó a mí en custodia y yo la traje al Valle Lejano.

—Todo eso es correcto —asintió Philidor—. Bien... nosotros intentamos disuadir a Garr. Pero él se negó a dejarse convencer y nos amenazó con sus cazadores e incluso con enviarnos treinta Meks. Nos mantuvimos al margen. ¿Somos morales? ¿Somos fuertes o débiles?

—A veces —observó Xanten—, es mucho mejor ignorar la moralidad, aun cuando O. Z. Garr sea un caballero y vosotros unos simples expiacionistas... Lo mismo sucede en el caso de los Meks. Están destruyendo los castillos y a todos los hombres de la Tierra, Si la moralidad significa una supina aceptación de este hecho, entonces se tiene que abandonar la moralidad.

—¡Qué situación más notable! —exclamó Philidor con un gesto agrio—. Los Meks están aquí, del mismo modo que los Campesinos y los Pájaros y las Phanes, todos ellos alterados, transportados y esclavizados en bien del placer humano. En realidad, es este hecho el que produce nuestra culpabilidad, por la que debemos expiar, ¡y ahora queréis que compartamos esa culpabilidad!

—Es un error meditar tristemente sobre el pasado —afirmó Xanten—. Sin embargo, si queréis conservar vuestra opción a esa meditación, sugiero que luchéis ahora contra los Meks o que, al menos, os refugiéis en el castillo.

—No seré yo quien lo haga —dijo Philidor—, aunque puede haber algunos que lo decidan así.

—¿Esperaréis a que os maten?

—No. Tanto yo como sin duda otros buscaremos refugio en las lejanas montañas.

Xanten regresó hacia el vehículo mecánico y subió a él.

—Si cambiáis de pensamiento, venid al castillo Hagedorn.

Y diciendo esto, se marchó.

La carretera continuó a lo largo del valle, subió por una colina y cruzó sobre una pequeña cresta. Allá a lo lejos, silueteado contra el cielo, se encontraba el castillo Hagedorn.

IV

1

Xanten informó al consejo.

—Las naves espaciales no pueden ser utilizadas, líos Meks las han desmontado. Cualquier plan para solicitar ayuda de los Mundos Hogar no tiene sentido alguno.

—Son noticias muy tristes —dijo Hagedorn con una mueca—. Bien, al menos ya sabemos eso.

—Al volver en el vehículo mecánico —siguió diciendo Xanten—, me encontré con una tribu de nómadas. Llamé al hetman y le expliqué las ventajas de servir al castillo Hagedorn. Me temo que a los nómadas les falta elegancia y docilidad. El hetman me dio una respuesta tan seca, que me marché lleno de disgusto.

Al pasar por el Valle Lejano, visité el pueblo de los expiacionistas y les hice una proposición similar, aunque sin gran éxito. Son tan idealistas como los groseros nómadas. Ambos muestran tendencia a convertirse en fugitivos. Los expiacionistas hablaron de buscar refugio en las montañas. Los nómadas se retirarán probablemente a las estepas.

—¿Y cómo les ayudará esa huida? —espetó Beaudry—. Quizá ganen algunos años..., pero, al final, los Meks encontrarán hasta el último de ellos; son así de metódicos.

—Mientras tanto —declaró O. Z. Garr de mal humor—, podríamos haberlos organizado en un cuerpo eficiente de combate, para beneficio de todos. Bien está, que perezcan. Nosotros estamos seguros.

—Seguros, sí —dijo Hagedorn sombríamente—. ¿Pero qué sucederá cuando falle la energía? ¿Cuando se estropeen los ascensores? ¿Cuando se corte el suministro de aire acondicionado, de modo que nos ahogaremos de calor, o pereceremos de frío? ¿Qué haremos entonces?

—Tenemos que endurecernos para llevar a cabo tareas indignantes —dijo O. Z. Garr dando una fuerte sacudida a su cabeza—, con la mayor elegancia que nos sea posible. Pero la maquinaria del castillo se encuentra en buen estado y no espero más que pequeños deterioros y fallos durante por lo menos cinco o diez años. Durante ese tiempo, puede suceder cualquier cosa.

Claghorn, que había estado indolentemente reclinado contra su silla, habló por fin:

—Eso es, esencialmente, un programa pasivo. Al igual que la deserción de nómadas y expiacionistas, dice muy poco, más allá del momento inmediato.

—Claghorn sabe muy bien —dijo O. Z. Garr con un tono de voz cuidadosamente amable—, que no me falta ni candor cortesano ni optimismo y capacidad de dirección; o sea, todo lo contrario de la pasividad. Pero me niego a dignificar una estúpida y pequeña inconveniencia, prestándole mayor atención de la debida. ¿Cómo se puede decir que este procedimiento sea pasivo? ¿Acaso el valioso y honorable jefe de los Claghorns tiene que hacernos alguna proposición que mantenga con mayor efectividad nuestro status, nuestro nivel y el respeto que nos debemos a nosotros mismos?

Claghorn asintió lentamente con una ligera sonrisa que O. Z. Garr sintió como odiosamente autosuficiente.

—Existe un método simple y efectivo con el que se puede derrotar a los Meks.

—¡Y bien! —gritó Hagedorn—. ¿Por qué dudar entonces? ¡Escuchémoslo!

Claghorn miró a todos los que estaban sentados alrededor de la mesa cubierta de terciopelo rojo, escudriñando sus rostros: el desapasionado Xanten; Beaudry, con los músculos de su rostro tosco y rígido contraídos en su habitual y desagradable expresión de desprecio; el viejo Isseth, tan elegante, tieso y vital como el cadete más gallardo; Hagedorn, preocupado, taciturno, poniendo de manifiesto, con excesiva claridad, su perplejidad interior; el elegante Garr; Overwhele, reflexionando desesperadamente sobre los inconvenientes del futuro; Aure, jugueteando con su tablilla de marfil, aburrido, hosco o derrotado; los demás, mostrando diversos aspectos de duda, presentimiento, grandeza, oscuro rencor, impaciencia; y, en el caso de Floy con una tranquila sonrisa —o como más tarde la llamaría Isseth una sonrisa imbécil— con la que ocultar su total indiferencia con respecto a aquella molesta cuestión.

Claghorn tomó buena nota mental de las expresiones de los rostros y sacudió la cabeza.

—En este momento no descubriré el plan, pues me temo que es inútil. Pero debo señalar que, bajo ninguna circunstancia podrá el castillo Hagedorn ser como antes, aun cuando sobrevivamos al ataque de los Meks.

—¡Bah! —exclamó Beaudry—. Si perdemos la dignidad, nos convertimos en seres ridículos, incluso discutiendo tanto sobre esas bestias.

Xanten se puso rígido.

—Sé que se trata de una cuestión desagradable —dijo—, pero recordad, Alción y Delora han sido destruidos, y quién sabe si otros castillos han corrido la misma suerte. ¡No escondamos la cabeza bajo la arena! Los Meks no desaparecerán por el mero hecho de que nosotros los ignoremos.

—En cualquier caso —comentó O. Z. Garr—, Janeil es un lugar seguro y nosotros estamos igualmente seguros. Los demás, si es que no han sido destruidos, harían muy bien en visitarnos y quedarse con nosotros mientras dure este inconveniente, si es que pueden justificar la humillación de la huida. En cuanto a mí, creo que los Meks no tardarán en volver sobre sus pasos, ansiosos de recuperar sus antiguos puestos.

—Me parece que esto es muy difícil de creer —dijo Hagedorn, moviendo tristemente la cabeza—. Pero muy bien, suspendemos la sesión.

2

El sistema de comunicación radiofónica fue el primero de los numerosos sistemas eléctricos y mecánicos del castillo que dejó de funcionar. El fallo se produjo tan pronto y de un modo tan contundente, que algunos de los teóricos, especialmente I. K. Harde y Uegus, afirmaron que los Meks habían saboteado la instalación antes de marcharse. Otros dijeron que el sistema nunca había funcionado bien del todo, que los propios Meks se veían obligados a trabajar continuamente en los circuitos y que el fallo era simplemente

el resultado de una ingeniería deficiente. I. K. Harde y Uegus inspeccionaron el complicado aparato, pero no consiguieron descubrir la causa del fallo. Después de media hora de consultas estuvieron de acuerdo en que cualquier intento de restaurar el sistema exigiría necesariamente un diseño y una ingeniería completamente nuevas, con la consiguiente construcción de instrumentos de prueba y calibración, así como la fabricación de una familia completamente nueva de componentes.

—Evidentemente, eso es imposible —afirmó Uegus, en su informe al consejo—. Hasta el sistema útil más simple exigiría el empleo de varios técnicos durante años. Ni siquiera disponemos de un buen técnico en la materia. Por lo tanto, tenemos que esperar a disponer de mano de obra especializada.

—Mirando hacia atrás —afirmó Isseth, el más viejo de los jefes del clan—, no cabe la menor duda de que hemos sido mucho menos que previsores en numerosos aspectos. ¡No importa que los hombres de los Mundos Hogar sean vulgares! Lo cierto es que unos hombres con unos cálculos más sagaces que los nuestros habrían mantenido algún tipo de conexión entre los mundos.

—Los factores disuasorios no fueron ni la falta de sagacidad ni de previsión —afirmó Claghorn—. Se renunció a la comunicación porque los primeros caballeros no querían que la Tierra se llenara de arribistas procedentes de los Mundos Hogar. Así de simple fue la cuestión.

Isseth gruñó y comenzó a expresar una réplica, pero Hagedorn dijo apresuradamente:

—Desgraciadamente, tal y como nos cuenta Xanten, las naves espaciales han sido desmontadas y son inútiles, y aunque algunos de nosotros poseen un profundo conocimiento sobre las consideraciones teóricas, se nos vuelve a plantear la misma cuestión: ¿quién es capaz de realizar el trabajo? Esto suponiendo que los hangares y las naves espaciales estuvieran bajo nuestro control.

—Si dispusiera de seis pelotones de Campesinos y de seis vehículos mecánicos equipados con cañones energéticos —declaró O. Z. Garr—, recuperaría los hangares. ¡Eso no representa ninguna dificultad!

—Bueno, al menos ya tenemos un principio —dijo Beaudry—. Yo ayudaré en el entrenamiento de los Campesinos, y aunque no sé nada sobre cómo operar el cañón, contad conmigo para cualquier consejo que pueda proporcionar.

Hagedorn observó al grupo, frunció el ceño y se llevó la mano a la mejilla.

—Hay dificultades para realizar ese programa. Primero, sólo disponemos del vehículo mecánico en el que Xanten regresó de su reconocimiento. Después ¿qué hay de nuestros cañones energéticos? ¿Los ha inspeccionado alguien? Los Meks estaban encargados de su mantenimiento, pero es posible, e incluso probable, que también los hayan dejado fuera de servicio. O. Z. Garr, se te reconoce como un experto teórico militar, ¿qué nos puedes decir al respecto?

—No he realizado ninguna inspección hasta el momento —afirmó O. Z. Garr—. Hoy, la Vista de Tabardos Antiguos nos ocupará a todos hasta la hora de la Valoración del Ocaso —observó entonces su reloj—. Quizá sea éste un momento tan bueno como cualquier otro para suspender la sesión, hasta que pueda ofrecer una detallada información sobre los cañones.

Hagedorn asintió pesadamente con la cabeza.

—En realidad, se está haciendo tarde. ¿Vendrán hoy tus Phanes?

—Sólo dos —replicó O. Z. Garr—. Lazule y Undécimo Misterio. No puedo encontrar nada adecuado para las Delicias Sutiles, ni siquiera mi pequeña Fay Azul, y en cuanto a Gloriana, aún necesita tutela. Hoy, las Variflores de B. Z. Maxelwane deben atraer la máxima atención.

—Sí —confirmó Hagedorn—. Ya he oído algunos comentarios al respecto. Muy bien entonces, hasta mañana. ¡Eh! Claghorn, ¿tienes algo que decir?

—Sí, desde luego —dijo Claghorn con suavidad—. Todos nosotros disponemos de muy poco tiempo. Será mejor que lo aprovechemos al máximo. Dudo muy seriamente de la eficacia de las tropas de Campesinos; lanzar a los Campesinos contra los Meks es como enviar conejos contra lobos. Y lo que necesitamos son panteras, en lugar de conejos.

—¡Ah, sí...! —admitió Hagedorn vagamente—. Sí, claro.

—¿Dónde podemos encontrar las panteras? —preguntó Claghorn mirando inquisitivamente a todos los presentes—. ¿Nadie puede sugerir ninguna idea? Es una lástima. Está bien, si no podemos encontrar las panteras supongo que el trabajo lo tendrán que hacer los conejos. Pongámonos a trabajar en la tarea de convertir a los conejos en panteras instantáneamente. Sugiero aplazar todas las fiestas y espectáculos hasta que los contornos de nuestro futuro estén más claros. Hagedorn elevó sus cejas, abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar. Miró intensamente a Claghorn para descubrir si estaba bromeando o no. Después miró con incertidumbre a quienes estaban sentados alrededor de la mesa. Beaudry lanzó entonces una carcajada bastante descarada.

—Parece como si el erudito Claghorn ya sintiera pánico.

—Seguramente —afirmó O. Z. Garr— y si queremos mantener toda nuestra dignidad no podemos consentir que nuestros sirvientes causen tanta alarma entre nosotros. Hasta me molesta tener que llevar toda esta cuestión más adelante.

—A mí no me molesta —dijo Claghorn con la autosuficiencia que tanto exasperaba a O. Z. Garr—. No veo ninguna razón para que tú lo estés. Nuestras vidas están amenazadas, en cuyo caso un poco de molestia o de cualquier otra cosa adquiere una importancia únicamente secundaria.

O. Z. Garr se puso en pie y realizó un brusco saludo en dirección hacia Claghorn, con la clara intención de que apareciera como una calculada afrenta. Claghorn se levantó, hizo un saludo similar, tan serio y supercomplicado como para superar el insulto de Garr con un tono de burla. Xanten, que detestaba a O. Z. Garr, se echó a reír con fuerza.

O. Z. Garr dudó un instante y después, dándose cuenta de que llevar la cuestión más lejos sería considerado como muestra de poca formalidad, abandonó precipitadamente la sala.

3

La Vista de Tabardos Antiguos, un espectáculo anual de Phanes que llevaban puestos los vestidos más suntuosos, se realizaba en la Gran Rotonda, al norte de la plaza central. Posiblemente, la mitad de los caballeros y algo menos de una cuarta parte de las damas mantenían Phanes. Se trataba de criaturas nativas de las cavernas de la Luna Siete de Albireo: una raza dócil, tan alegre como afectiva que, tras varios milenios de procreación selectiva, había convertido a sus miembros en sílfides de picante belleza. Vestidas con una gasa delicada que surgía de los poros situados detrás de sus orejas y que caía a lo largo de la parte superior de los brazos y de sus espaldas, eran las criaturas más inofensivas, siempre ansiosas de agradar, e inocentemente vanas. La mayor parte de los caballeros las consideraban con afecto, pero a veces se habían escuchado rumores de damas que, odiando especialmente a alguna Phane, la habían empapado con tintura de amoníaco, destruyendo así su piel y su gasa para siempre.

Un caballero atontado por una Phane era considerado como una figura ridícula. Aunque la Phane era alimentada cuidadosamente para que pareciera una muchacha delicada, si se la utilizaba sexualmente se arrugaba y aparecía ojerosa, con las gasas marchitas y descoloridas, de modo que todo el mundo se enteraba de que tal y tal caballero habían abusado de su Phane. En este sentido, al menos, las mujeres de los castillos podían ejercer su superioridad, y lo hacían conduciéndose con tal extravagante provocación que, en contraste, las Phanes parecían los más ingenuos y frágiles de los

espíritus naturales. Su vida media era quizá de unos treinta años, y durante los últimos diez, cuando ya habían perdido su belleza, se encerraban en manto de gasa gris y llevaban a cabo tareas domésticas en los tocadores, las cocinas, las despensas, las salas de vestir y los jardines de infancia.

La Vista de Tabardos Antiguos era una ocasión destinada más a contemplar a las Phanes que a ver los tabardos, aunque éstos, tejidos con gasa de Phane, eran de una gran belleza por sí mismos.

Los propietarios de las Phanes permanecían en una grada inferior, tensos de esperanza y orgullo, exultantes cuando alguna Phane de su propiedad realizaba una exhibición especialmente espléndida, o inmersos en las más negras profundidades cuando las posturas rituales no eran realizadas con gracia y elegancia. Durante cada exhibición, un caballero de un clan diferente al propietario de la Phane tocaba una música de laúd muy formal; el propietario nunca tocaba el laúd cuando alguna de sus Phanes iniciaba la exhibición. La sesión nunca era una competencia abierta, ni se permitía una aclamación formal, pero todos los que observaban llegaban a sus propias conclusiones sobre cuál era la Phane más graciosa y deliciosa, haciendo crecer así la reputación de su propietario.

La sesión actual fue retrasada en casi media hora debido a la ausencia de los Meks y, sin duda alguna, se tuvieron que hacer improvisaciones rápidas de última hora. Pero los nobles del castillo Hagedorn no estaban con ánimo para hacer críticas, y no prestaron la menor atención a los errores ocasionales de una docena de jóvenes Campesinos, reunidos para realizar tareas a las que no estaban acostumbrados. Las Phanes fueron tan encantadoras como siempre, girando, torciéndose, balanceándose, acompañadas por los coros plañideros del laúd, haciendo revolotear los dedos como si estuvieran sintiendo gotas de lluvia, agachándose de repente y deslizándose después, saltando más tarde hacia arriba, tan rectas como muros, para inclinarse finalmente y bajar de la plataforma.

Cuando la representación estaba en pleno apogeo, un Campesino se deslizó torpemente en la Rotonda y murmuró algo, con una actitud de urgencia, al cadete que se le acercó para saber lo que quería. Inmediatamente, el cadete se abrió paso hasta la cabina pulimentada de Hagedorn, quien le escuchó, asintió, pronunció unas pocas palabras y volvió a sentarse tranquilamente, como si el mensaje no tuviera la menor importancia, de modo que los nobles que asistían a la representación se sintieron tranquilos.

La función continuó su curso. El par de deliciosas Phanes de O. Z. Garr representó un exquisito espectáculo, pero, en general, todo el mundo estuvo de acuerdo en que la representación más cautivadora había sido realizada por Lirlin, una joven y bella Phane perteneciente a Isseth Floy Gazuneth, que era la primera vez que aparecía formalmente en un espectáculo.

Las Phanes aparecieron por una última vez, moviéndose todas al mismo tiempo, al compás de un minueto improvisado y, realizando después un último saludo, medio alegre, medio pesaroso, abandonaron la Rotonda. Los caballeros y damas permanecieron por unos momentos en sus cabinas, bebiendo esencias, discutiendo sobre el espectáculo, acordando asuntos y citas amorosas. Hagedorn permaneció sentado, con el ceño fruncido, retorciéndose las manos. De repente, se levantó. La Rotonda quedó instantáneamente en silencio.

—Me disgusta mucho tener que introducir una nota desgraciada en una ocasión tan agradable —dijo Hagedorn—. Pero se me acaban de comunicar las noticias y conviene que todos las sepan. El castillo Janeil ha sido atacado. Los Meks están allí, han desplegado grandes fuerzas y poseen cientos de vehículos mecánicos. Han rodeado el castillo con un terraplén, impidiendo cualquier utilización efectiva del cañón energético.

»Janeil no corre ningún peligro inmediato, y resulta difícil comprender lo que pretenden los Meks, pues los muros de Janeil tienen más de sesenta metros de altura.

»A pesar de todo, la noticia es sombría y supone que, eventualmente, tenemos que esperar una situación similar..., aunque aún resulta más difícil comprender cómo pueden los Meks esperar causarnos inconvenientes. Nuestra agua procede de cuatro pozos profundamente hundidos en la tierra. Poseemos grandes reservas de alimentos. Nuestra energía la obtenemos del sol. Si fuera necesario, podríamos condensar el agua y sintetizar la comida a partir del aire..., al menos así me lo ha asegurado nuestro gran teórico bioquímico X. B. Ladisname. Estas son las noticias. Haced con ellas lo que queráis. Mañana se reunirá el Consejo de Notables.

V

1

—Muy bien —dijo Hagedorn, dirigiéndose a los miembros del consejo—. Ahorrémonos las formalidades por una vez. O. Z. Garr, ¿qué dices de nuestro cañón?

O. Z. Garr, que llevaba puesto el magnífico uniforme gris y verde de los Dragones Overwhele, colocó cuidadosamente su casco sobre la mesa, de modo que el penacho permaneciera enhiesto.

—De un total de doce cañones, cuatro parecen funcionar correctamente. Cuatro han sido saboteados cortándoles las líneas energéticas. Otros cuatro han sido saboteados por medios indetectables, incluso ante una cuidadosa investigación. He reunido a media docena de Campesinos que demuestran una modesta habilidad mecánica, y les he instruido con todo detalle. En estos momentos, están ocupados en la tarea de empalmar las líneas. Esta es toda la información que poseo actualmente en relación con los cañones.

—Son unas noticias moderadamente buenas —dijo Hagedorn—. ¿Qué hay del propuesto cuerpo de Campesinos armados?

—El proyecto está en marcha. A. F. Mull y I. Z. Berzelius están inspeccionando a los Campesinos con la intención de proceder al reclutamiento y entrenamiento. No puedo hacer un informe optimista en cuanto a la efectividad militar de un cuerpo así, aun cuando sea entrenado y dirigido por caballeros como A. F. Mull, I. Z. Berzelius y yo mismo. Los Campesinos son una raza blanda e inefectiva, admirablemente apropiada para el trabajo de la tierra, pero sin ninguna clase de agallas para la lucha.

—¿Hay alguna otra sugerencia? —preguntó Hagedorn, mirando a todos los reunidos.

—Si esos villanos nos hubieran dejado unos cuantos vehículos mecánicos —dijo Beaudry con una voz dura y seca—, podríamos haber montado un cañón a bordo... Eso al menos lo podrían haber hecho los Campesinos. Entonces, podríamos haber ido hasta Janeil y destruir a esos perros por la retaguardia.

—¡Esos Meks parecen demonios desalmados! —declaró Aure—. ¿Qué podrían tener en mente? ¿Por qué, después de todos estos siglos, se habrán vuelto repentinamente locos?

—Todos nosotros nos hacemos las mismas preguntas —dijo Hagedorn—. Xanten, ¿tú has vuelto del reconocimiento con un cautivo. ¿Has intentado interrogarlo?

—No —contestó Xanten—. En honor a la verdad, ni siquiera había vuelto a pensar en él desde que llegué.

—¿Por qué no intentar hacerlo? Quizá nos pueda proporcionar algunas pistas.

—Lo puedo intentar —asintió Xanten—, aunque no espero poder llegar a enterarme de nada.

—Claghorn, tú eres el experto en los Meks —observó Beaudry—. ¿Habrías pensado alguna vez en que esas criaturas fueran capaces de un complot similar? ¿Qué esperan ganar con todo esto? ¿Nuestros castillos?

—Desde luego —contestó Claghorn—, son capaces de llevar a cabo una planificación precisa y meticulosa. Su actitud despiadada me asombra... quizá más de lo que debiera. Nunca les he visto codiciar nuestras posesiones materiales, y no muestran ninguna tendencia hacia lo que nosotros consideramos como los elementos concomitantes de la civilización: exquisita discriminación de las sensaciones y cosas parecidas. A menudo he especulado —y no significaría esta presunción, dándole rango de teoría— con la posibilidad de que la lógica estructural del cerebro sea de una mayor efectividad de la que nos atrevemos a reconocer. Nuestros propios cerebros son notables por su absoluta ausencia de estructura racional. Considerando la forma fortuita con que nuestros pensamientos se forman, se registran, se clasifican y se recuerdan, cualquier acto racional se convierte en algo realmente admirable. Quizá seamos capaces de tener racionalidad; quizá todo pensamiento no sea más que una serie de impulsos generados por una emoción, controlados por otra y ratificados por una tercera. En contraste, el cerebro Mek es una maravilla de lo que parece ser una cuidadosa obra de ingeniería. Es aproximadamente cúbico y está compuesto por células microscópicas interconectadas por fibrillas orgánicas, cada una de las cuales es una molécula de monofilamento que posee una considerable resistencia eléctrica. Dentro de cada célula hay una partícula de sílice, un fluido de conductividad variable y de propiedades dieléctricas, y un manojo de una compleja mezcla de óxidos metálicos. El cerebro es capaz de almacenar grandes cantidades de información de una forma ordenada. Ningún hecho se pierde, a menos que se quiera olvidar a propósito, y ésta es una de las capacidades que poseen los Meks. El cerebro también funciona como un transmisor de radio, y al mismo tiempo posiblemente como un transmisor y detector de radar, aunque esto, de nuevo, no es más que especulación.

»Allí donde el cerebro Mek parece fallar es en su falta de contenido emocional. Un Mek es exactamente igual a otro, sin ninguna diferenciación personal perceptible para nosotros. Esta, desde luego, es una de las funciones de su sistema de comunicación; sería impensable que una personalidad única se pudiera desarrollar bajo estas condiciones. Nos han servido con eficacia y —así lo pensábamos— con lealtad, porque no sentían nada con respecto a las condiciones en que vivían, ni orgullo por sus logros, ni resentimiento, ni vergüenza. Nada de nada. Ni nos amaban, ni nos odiaban, ni siquiera ahora. En nuestro caso es difícil concebir ese vacío emocional, cuando cada uno de nosotros siente siempre algo por algo. Vivimos en un maremágnum de emociones. Pero ellos están tan desprovistos de emociones como un cubo de hielo. Fueron alimentados, alojados y mantenidos de una forma que encontraron satisfactoria. ¿Por qué se rebelaron? He especulado mucho, pero la única razón que puedo formular me parece tan grotesca e irrazonable que me niego a tomarla seriamente. Si, después de todo, se tratara de una explicación correcta... —su voz se desvaneció.

—¿Y bien? —preguntó O. Z. Garr—. ¿Qué pasaría entonces?

—Entonces..., todo daría lo mismo. Están lanzados hacia la destrucción de la raza humana. Mi especulación no altera nada.

—Todo esto debe ayudarte en tus interrogatorios.

—observó Hagedorn, volviéndose hacia Xanten.

—Estaba a punto de sugerir que Claghorn me ayudara, si él lo cree conveniente.

—Como quieras —dijo Claghorn—, aunque, en mi opinión, la información será irrelevante, independientemente de cuál pueda ser. Nuestra única preocupación debe ser la de hallar medios con los que repeler la agresión y salvar nuestras vidas.

—Y... a excepción de la fuerza de «panteras» que mencionaste en nuestra sesión anterior, ¿no se te ocurre ningún arma adecuada? —preguntó Hagedorn con sequedad—. ¿Un instrumento que envíe resonancias eléctricas a su cerebro o algo similar?

—Nada factible —contestó Claghorn—. Algunos de los órganos del cerebro de esas criaturas funcionan como interruptores de sobrecarga, aunque es cierto que durante ese

tiempo son incapaces de comunicarse —después de un breve instante de reflexión, añadió—: ¿Quién sabe? A. G. Bernal y Uegus son teóricos con un profundo conocimiento sobre tales proyecciones. Quizá ellos puedan construir un instrumento así, o varios, para un caso de posible necesidad.

Hagedorn asintió con un gesto de duda y miró a Uegus.

—¿Es posible hacer algo así?

—¿Construir? —preguntó Uegus, frunciendo el ceño—. Sin duda alguna, puedo diseñar un instrumento así. Pero ¿dónde encontraremos los componentes?

Desparramados por los almacenes y las estanterías, algunos en buen estado de funcionamiento y otros no. Para conseguir algo práctico tendría que convertirme en un verdadero aprendiz, en un Mek —su rostro enrojeció y el tono de su voz se endureció—: Me resulta muy difícil verme obligado a señalar este hecho. ¿Creéis que yo y mi talento valemos realmente tan poco?

Hagedorn se apresuró a aplacarle:

—¡Desde luego que no! Yo, desde luego, nunca habría pensado en poner tu dignidad en entredicho.

—¡Nunca...! —exclamó Claghorn, mostrándose de acuerdo—. De todos modos y mientras dure la emergencia actual, tendremos que ver cómo los acontecimientos nos imponen ciertas indignidades, a menos que nosotros nos impongamos a los propios acontecimientos.

—Muy bien —dijo Uegus, con una ligera sonrisa, sin ningún humor, temblándole en la boca—. Venid conmigo al almacén. Yo señalaré los componentes que tienen que ser sacados y armados; vosotros haréis la tarea. ¿Qué me decís a eso?

—Digo que sí, con gusto si es que tiene que servir para algo realmente útil. Difícilmente puedo realizar la tarea de una docena de teóricos; ¿está alguien dispuesto a acompañarme?

Nadie contestó. El silencio era absoluto, como si cada uno de los caballeros presentes estuviera conteniendo la respiración. Hagedorn empezó a hablar, pero Claghorn le interrumpió.

—Perdón, Hagedorn, pero aquí, finalmente, nos encontramos encallados en un principio básico que debe ser solucionado ahora mismo.

Hagedorn miró desesperadamente a todos los presentes.

—¿Tiene alguien algo importante que comentar?

—Claghorn tiene que hacer aquello a lo que le inclina su naturaleza innata —declaró O. Z. Garr con la más suave de las voces—. No puedo dictarle ni imponerle nada. En cuanto a mí mismo, nunca podré degradar mi status de caballero de Hagedorn. Esta afirmación es para mí tan natural como el aire que respiro. Si algo la pudiera comprometer, me convertiría en la parodia de un caballero, en una máscara de mí mismo. Esto es el castillo Hagedorn y nosotros representamos la culminación de la civilización humana. En consecuencia, cualquier compromiso se convierte en una degradación; cualquier disminución de nuestros niveles de vida se convierte en un deshonor. He oído cómo se utilizaba la palabra «emergencia». ¡Qué opinión más deplorable! Utilizar la palabra «emergencia» para dignificar el crujir y el rechinar de ratas de unos seres como los Meks, es para mí indigno de un caballero de Hagedorn.

Alrededor de toda la mesa del consejo se escuchó un murmullo de aprobación.

Claghorn se reclinó en su asiento, con la barbilla hundida en el pecho, como si estuviera relajado. Sus claros ojos azules recorrieron un rostro tras otro, y finalmente se volvió para mirar a O. Z. Garr, a quien estudió con un interés desapasionado.

—Evidentemente, diriges esas palabras contra mí —dijo—, y aprecio la malicia que contienen. Pero ésa es una cuestión sin la menor importancia —apartó la mirada de O. Z. Garr para dirigirla hacia la araña masiva de diamantes y esmeraldas—. Es mucho más importante el hecho de que el consejo, como un todo, y a pesar de mi más seria

advertencia, parece compartir tus puntos de vista. No puedo seguir urgiendo, protestando e insinuando, por lo que abandonaré ahora mismo el castillo Hagedorn. Creo que esta atmósfera es sofocante. Confío en que podáis sobrevivir al ataque de los Meks, aunque lo dudo mucho. Son una raza más astuta y llena de recursos, a la que no preocupan los escrúpulos o ideas preconcebidas, y hemos estado subestimando sus cualidades durante mucho tiempo.

Claghorn se levantó y colocó la tablilla de marfil en su bolsillo.

—Me despido de todos.

Con una gran precipitación, Hagedorn se levantó y extendió sus brazos implorantes hacia él.

—¡No te marches en un acceso de ira, Claghorn! ¡Piénsalo otra vez! ¡Necesitamos tu sabiduría, tu experiencia!

—Claro que la necesitáis —dijo Claghorn—. Pero aún necesitáis más actuar según el consejo que ya os he dado. Hasta entonces, no tenemos nada en común y cualquier otro intercambio de opiniones es algo inútil y aburrido.

Hizo un saludo breve dirigido a todos y abandonó la sala.

Lentamente, Hagedorn volvió a tomar asiento. Los demás hicieron algunos movimientos incómodos, tosieron, miraron la araña del techo, o estudiaron las tablillas de marfil. O. Z. Garr murmuró algo al oído de B. F. Wyas, que estaba sentado junto a él y asintió con solemnidad. Hagedorn habló por fin con un tono de voz suave.

—Echaremos mucho de menos la presencia de Claghorn, sus puntos de vista penetrantes, aunque poco ortodoxos... Hemos conseguido bien poco hasta ahora. Uegus, quizá puedas pensar en el proyecto que hemos estado discutiendo. Xanten, tú tenías que interrogar al Mek prisionero. O. Z. Garr, te encargarás de supervisar la reparación de los cañones energéticos... Al margen de estas pequeñas cuestiones, creo que no hemos desarrollado ningún plan general de acción, ni para ayudarnos a nosotros mismos, ni para socorrer a Janeil.

—¿Qué hay de los otros castillos? —preguntó Marune—. ¿Existen todavía? No hemos recibido noticias de ellos. Sugiero el envío de Pájaros a cada castillo para enterarnos de su situación actual.

—Sí —asintió Hagedorn—, ésa es una idea válida. ¿Te podrías hacer cargo de eso, Marune?

—Así lo haré.

—Bien, entonces levantamos la sesión.

Los Pájaros despachados por Marune fueron regresando uno tras otro. Sus informes fueron todos similares:

—Isla de Mar está desierto. Hay columnas de mármol tumbadas a lo largo de la playa. La Catedral de Perla se ha desplomado. Se ven cuerpos flotando en los Jardines de Agua.

—Maraval hiede a muerte. Caballeros, Campesinos, Phanes..., todos están muertos. ¡Hasta los Pájaros se han marchado!

—Delora: un ros, ros, ros. ¡Una escena escalofriante! ¡Ningún signo de vida!

—Alume está desolado. La gran puerta de madera maciza está destrozada. La Llama Verde se ha extinguido.

—En Alción no queda nada. Los Campesinos fueron llevados a un foso.

—En Tuang, un silencio total.

—En Morninglight, todo es muerte.

Tres días después, Xanten obligó a seis Pájaros a transportar una silla elevada y los dirigió primero sobre las amplias praderas que rodeaban el castillo, y después al sur, hacia el Valle Lejano.

Los Pájaros expresaron sus quejas habituales, y después recorrieron el piso de la torre con grandes aleteos que casi arrojaron a Xanten al suelo. Finalmente, se elevaron en el aire y volaron en espiral; el castillo Hagedorn se convirtió en una intrincada miniatura que quedaba muy abajo, con cada Casa marcada por su grupo singular de torretas y zonas aéreas, con su propia línea de techo excéntrico y su largo pendón ondulante.

Los Pájaros describieron el círculo prescrito, evitando los riscos y picos de la Cadena Norte; después, colocando las alas en posición favorable a las corrientes ascendentes, emprendieron el vuelo hacia el Valle Lejano.

Los Pájaros y Xanten volaron sobre los agradables dominios de Hagedorn: sobre huertos, campos, viñedos, poblados de Campesinos. Cruzaron sobre el lago Maude, con sus pabellones y muelles; los prados situados al otro lado, donde pastaba el ganado de Hagedorn y llegaron finalmente al Valle Lejano, situado en los límites de las tierras de Hagedorn.

Xanten indicó dónde deseaba aterrizar; los Pájaros, que habrían preferido algún lugar más cercano al pueblo, donde podrían haber observado todo lo que sucedía, se movía o hacía ruido, gritaron llenos de cólera y dejaron a Xanten tan rudamente sobre el suelo que si éste no hubiera estado esperando el golpe, habría salido lanzado por los aires.

Xanten consiguió bajarse sin elegancia, pero, al menos, manteniendo el equilibrio.

—¡Esperadme aquí! —ordenó—. No os disperséis. No intentéis ningún truco con las correas de elevación. Cuando regrese, quiero ver a seis Pájaros tranquilos, en perfecta formación, con las correas de elevación desenmarañadas y perfectamente colocadas. ¡Nada de altercados! ¡Nada de riñas en voz alta para atraer comentarios desfavorables! ¡Y que todo se haga como he ordenado!

Los Pájaros se pusieron de mal humor, dieron patadas en el suelo, apartaron los cuellos hacia un lado e hicieron comentarios insultantes, aunque no en voz tan alta como para que Xanten pudiera escucharlos. Xanten, lanzándoles una última mirada de advertencia, se dirigió hacia el camino que llevaba hasta el pueblo.

Las viñas estaban sobrecargadas de racimos y algunas mujeres del pueblo se encontraban llenando cestas. Entre ellas estaba la muchacha que O. Z. Garr había intentado asegurarse para su uso personal. Cuando Xanten llegó a su lado, se detuvo y realizó un cortés saludo.

—Si no recuerdo mal, ya nos hemos encontrado antes.

La joven sonrió, con una expresión medio triste, medio caprichosa.

—Su memoria funciona muy bien. Nos encontramos en Hagedorn, adonde fui llevada como prisionera. Y más tarde, cuando me condujisteis aquí, después del anochecer, aunque no pude ver vuestro rostro —extendió la canasta hacia él y preguntó—: ¿Tenéis hambre? ¿Queréis comer algo?

Xanten tomó algunas uvas. Durante el transcurso de la conversación se enteró de que la joven se llamaba Glys Meadowsweet, que no conocía a sus padres, pero que probablemente eran nobles del castillo Hagedorn que habían superado su cupo de nacimientos permitidos. Xanten la examinó aún con mayor atención que antes, pero no pudo encontrar semejanza con ninguna de las familias de Hagedorn.

—Puede que procedas del castillo Delora. Si hay alguna semejanza de familia que sea capaz de detectar, sería con los Cosanzas de Delora..., una familia notable por la belleza de sus mujeres.

—¿No estáis casado? —preguntó ella con naturalidad.

—No —contestó Xanten y, en realidad, había disuelto su relación con Araminta el mismo día anterior—. ¿Y tú?

—Si lo estuviera, no me encontraría aquí, recogiendo uvas —contestó ella, negando con la cabeza—. Este es un trabajo reservado a las doncellas... ¿Por qué venís al Valle Lejano?

—Por dos razones. La primera para verte —Xanten se asombró a sí mismo al oírse decir esto, pero, con otra pequeña sensación de sorpresa, se dio cuenta de que era cierto—. Nunca he podido hablar adecuadamente contigo y siempre me he preguntado si eras tan encantadora y alegre como bella.

La joven se encogió de hombros y Xanten no pudo estar seguro de si aquella observación suya le agradaba o no, pues los cumplidos de un caballero iniciaban a veces la fase previa de unas funestas consecuencias.

—Bien, no importa. También he venido para hablar con Claghorn.

—Está allí —dijo ella con un tono de voz inexpresivo, casi frío, señalando hacia un punto—. Vive en esa cabaña.

Ella empezó de nuevo a recoger uvas, Xanten se inclinó y se encaminó hacia la cabaña que le había indicado.

Claghorn, que llevaba puestos unos calzones sueltos que le llegaban hasta la rodilla, hechos de un tejido gris casero, se encontraba trabajando con un hacha, cortando leña. Al ver a Xanten detuvo el movimiento de su herramienta, se apoyó sobre ella y se limpió el sudor de la frente.

—¡Hola, Xanten! Me alegro de verte. ¿Cómo le va a la gente del castillo Hagedorn?

—Como antes. Hay muy poco que informar, aun cuando sólo he venido para traerte noticias.

—¿De veras? —Claghorn, apoyado sobre el mango del hacha, observó a Xanten con una luminosa mirada azul.

—En nuestra última reunión —siguió diciendo Xanten—, estuve de acuerdo en interrogar al Mek prisionero. Después de haberlo hecho, sentí mucho que no estuvieras a mano para ayudarme, pues habrías podido resolver algunas ambigüedades de sus respuestas.

—Habla —dijo Claghorn—, quizá me sea posible hacerlo ahora.

—Después de la reunión del consejo, me dirigí inmediatamente al almacén donde fue encerrado el Mek. Le faltaban alimentos. Le proporcioné jarabe y un balde de agua, que apenas si bebió, poniendo de manifiesto su deseo de comer carne picada. Pedí ayuda a la cocina y le procuré esta clase de alimento, que el Mek ingirió en gran cantidad. Tal como te he indicado, era un Mek poco común, tan alto como yo mismo y, además, le faltaba el saco de jarabe. Le llevé a un lugar diferente, un almacén de muebles de felpa, y le ordené que se sentara.

»Le miré y él me miró a mí. Las plumas que yo le había cortado estaban creciendo de nuevo y probablemente podía recibir mensajes de Meks situados en cualquier otra parte. Parecía una bestia superior que no mostraba ninguna clase de servilismo ni de respeto, y contestó a todas mis preguntas sin la menor vacilación.

«Primero le dije:

»—Los nobles de los castillos están asombrados por la revuelta de los Meks. Habíamos supuesto que vuestra vida era satisfactoria. ¿Estábamos equivocados?

»—Evidentemente —me contestó él. Estoy seguro de que fue ésta la palabra que utilizó, aunque nunca había sospechado que los Meks pudieran expresarse con ninguna clase de sequedad.

»—Muy bien entonces —le dije—, ¿en qué sentido?

»—Es evidente —replicó él—. Ya no queríamos seguir trabajando para vosotros. Queríamos llevar un estilo de vida que estuviera de acuerdo con nuestras propias costumbres.

«Aquella respuesta me sorprendió mucho. No sabía que los Meks poseyeran un estilo de vida determinado, y mucho menos tradicional.

—Yo también me he sorprendido mucho —dijo Claghorn, asintiendo—, sobre todo por la envergadura de la mentalidad de los Meks.

—Entonces —siguió diciendo Xanten—, le reproché al Mek que mataran, que destruyeran nuestras vidas para aumentar las de ellos. En cuanto le hube hecho la pregunta me di cuenta de que las palabras que había utilizado no eran las adecuadas. Creo que el Mek se dio cuenta de lo mismo. Sin embargo, y como contestación, me dijo rápidamente algo, que, según creo, era así: «Sabíamos que teníamos que actuar con decisión. Vuestro propio protocolo lo hacía necesario. Podríamos haber regresado a Etamin Nueve, pero preferimos este mundo, la Tierra, y nos apoderamos de él, para construir nuestras propias gradas, tubos y rampas de lanzamiento.»

»Esta contestación me pareció bastante clara, pero tenía la impresión de que había algún presagio más allá de aquellas palabras. Le dije:

»—Eso es comprensible. Pero ¿por qué matar? ¿Por qué destruir? Podríamos haberos dirigido a alguna otra región. Nosotros no os habríamos molestado.

»—Eso es impracticable, teniendo en cuenta vuestra forma de pensar —me contestó—. Un mundo resulta demasiado pequeño para dos razas rivales. Intentaríais enviarnos de regreso al desolado Etamin Nueve.

»—¡Eso es ridículo! —le dije—. Es una fantasía, un absurdo. ¿Acaso me tomas por un lunático?

—No —insistió la criatura—. Dos notables del castillo Hagedorn estaban intentando conseguir el puesto más elevado. Uno de ellos nos aseguró que, si era elegido, ésa sería la aspiración de su vida.

»—Eso no es más que un grotesco malentendido —le contesté—. ¡Un hombre, un lunático, no puede hablar en nombre de todos!

»—¿No? Un Mek habla en nombre de todos los Meks. Nosotros pensamos con una sola mente. ¿Es que los hombres no hacen algo parecido?

—Cada uno de nosotros piensa por sí mismo. El lunático que os aseguró esa tontería es un diablo. Pero, al menos, las cosas quedan claras. No tenemos la menor intención de enviaros a Etamin Nueve. ¿Estaríais dispuestos a retiraros de Janeil, dirigiros hacia un lugar lejano y vivir allí en paz?

—No —me contestó—. Las cosas ya han llegado demasiado lejos. Ahora destruiremos a todos los hombres. La verdad de esta afirmación está clara: un mundo es demasiado pequeño para dos razas.

»—Entonces, sintiéndolo mucho, te tengo que matar —le dije—. No me gusta realizar esta clase de actos, pero si tú hubieras tenido la oportunidad, habrías matado a tantos nobles como hubieras podido.

»En cuanto dije esto, la criatura se abalanzó sobre mí, y la maté con mayor facilidad que si se hubiera quedado mirándome.

«Ahora, ya lo sabes todo. Al parecer, o tú o bien O. Z. Garr precipitasteis este cataclismo. ¿O. Z. Garr? Me parece poco posible; mejor dicho: imposible. En ese caso, ¡has sido tú, Claghorn! ¡Tú! ¡Tú llevas ese peso sobre tu alma!

Claghorn frunció el ceño, mirando el hacha.

—Un peso, sí. Pero una culpabilidad, no. Ingenuidad, sí, pero no perversidad.

—Claghorn —dijo Xanten, apartándose un poco hacia atrás—, ¡tu frialdad me asombra! Antes, cuando personas tan rencorosas como O. Z. Garr te creían un lunático...

—¡Tranquilo, Xanten! —exclamó Claghorn—. Esa extravagante actitud de culpabilidad es bastante torpe. ¿Qué es lo que he hecho mal? Mi error consiste en haber aspirado a conseguir demasiado. El error es trágico, pero aún lo es más un rostro de físico mirando hacia el futuro. De haberme convertido en Hagedorn, habría devuelto a casa a los esclavos. Fracasé y los esclavos se rebelaron. Así es que no digas nada más. Estoy aburrido de ese tema. No puedes imaginarte cómo me oprimen tus ojos saltones y tu espinazo inclinado.

—Por mucho que te aburra todo esto —gritó Xanten—, por mucho que desacredites mi mirada, mi espinazo... ¿Qué me dices de los miles de muertos?

—En cualquier caso, ¿cuánto tiempo habrían vivido? La vida es tan barata como el pez en el agua. Te sugiero que dejes de hacer reproches y trates de salvar tu propia vida. ¿Te das cuenta de que existe un medio? Me miras con la cara pálida. Te aseguro que lo que digo es cierto, pero nunca sabrás a través de mí cuál es ese medio.

—Claghorn —dijo Xanten—, he venido a este lugar con la intención de separar tu arrogante cabeza de tu cuerpo...

Claghorn, sin prestarle mayor atención, había vuelto a su tarea de cortar leña.

—¡Claghorn! —gritó Xanten—. ¡Préstame atención!

—Xanten, vete a otra parte con tus gritos, por favor. Vuelve a marcharte con tus Pájaros.

Xanten se dio media vuelta y se marchó por el camino. Las muchachas que estaban recogiendo uvas le miraron interrogativamente cuando él pasó a su lado. Xanten se detuvo un momento, mirando arriba y abajo del camino. Ahora, no podía ver a Glys Meadowsweet por ninguna parte. Continuó andando, lleno de una nueva sensación de furia. Se detuvo de pronto. Glys Meadowsweet se encontraba sobre un árbol caído, a unos treinta metros de distancia, examinando una hoja de hierba como si se tratara de algo asombroso procedente del pasado. Los Pájaros, aunque fuera casi un milagro, le habían obedecido, y le esperaban con un cierto orden.

Xanten levantó la mirada hacia el cielo, y después dio una patada sobre el césped. Respiró profundamente y se acercó a Glys Meadowsweet. Notó que ella se había puesto una flor entre su pelo suelto y largo.

Al cabo de un segundo o dos, ella levantó la mirada, buscando su rostro.

—¿Por qué estás tan enojado? Xanten se pegó una palmada en el muslo y después se sentó junto a ella.

—¿Enojado? No. Estoy totalmente lleno de amarga frustración. Claghorn es tan turbulento como una roca puntiaguda. Sabe cómo se puede salvar el castillo Hagedorn, pero no divulgará su secreto.

Glys Meadowsweet se echó a reír; era una risa agradable, feliz, como nunca la escuchara Xanten a nadie en el castillo Hagedorn.

—¿Secreto? ¡Si hasta yo misma lo sé!

—Tiene que ser un secreto —dijo Xanten—. No me lo ha querido decir.

—Escuchad. Si teméis que los Pájaros nos puedan oír, hablaré más bajo —y le dijo unas palabras junto al oído.

Quizá Xanten se sintió turbado por la dulce respiración de la joven. Pero la explícita esencia de la revelación no llegó a penetrar del todo en su conciencia. Emitió un sonido de risa agria.

—Eso no es ningún secreto. Se trata solamente de lo que los escitas prehistóricos llamaban bathos. ¡Deshonor para los caballeros! ¿Tenemos que bailar con los Campesinos? ¿Tenemos que ponernos al servicio de las esencias de los Pájaros y discutir con ellos la vista de nuestras Phanes?

—¿Deshonor? —preguntó ella, levantándose—. Entonces, también es un deshonor para ti el estar aquí hablando conmigo, el estar sentado aquí conmigo, el hacer sugerencias ridículas...

—¡Yo no he hecho ninguna sugerencia! —protestó Xanten—. Estoy sentado aquí con todo decoro...

—¡Demasiado decoro! ¡Demasiado honor! —exclamó ella con un tono de pasión que asombró a Xanten; Glys Meadowsweet se arrancó la flor del cabello y la arrojó al suelo—. ¡Muy bien! ¡Mira, entonces!

—No —dijo Xanten, con una repentina humildad. Se inclinó a recoger la flor, la besó y la volvió a colocar en el pelo de la joven.

—No poseo un sentido excesivo del honor. Trataré de hacerlo lo mejor que pueda —le colocó los brazos sobre los hombros, pero ella se apartó.

—Dime —preguntó ella con una severidad muy madura—, ¿posees alguna de esas peculiares mujeres-insecto?

—¿Yo? ¿Phanes? No, no poseo ninguna.

Al oír esto, Glys Meadowsweet se relajó y permitió que Xanten la abrazara, mientras los Pájaros cloqueaban, se reían a carcajadas y emitían vulgares sonidos, rascándose con las alas.

VII

1

El verano se hizo más cálido. El 30 de junio Janeil y Hagedorn celebraron la Fiesta de las Flores, a pesar del terraplén que se estaba elevando alrededor de Janeil. Poco después, Xanten, conducido por seis Pájaros escogidos, voló hacia el castillo Janeil por la noche y propuso al consejo de la población fuera evacuada por medio de los Pájaros..., al menos tantas personas como fuera posible y tantas como desearan marchar. El consejo le escuchó, manteniendo todos sus miembros unas caras pétreas y, sin hacer ningún comentario al respecto, pasaron a tratar otros asuntos.

Xanten regresó al castillo Hagedorn. Utilizando los métodos más cuidadosos, hablando únicamente con aquellos camaradas a los que tenía confianza, alistó treinta o cuarenta cadetes y caballeros para su idea, aunque, inevitablemente, no pudo mantener su tesis doctrinal en el más absoluto secreto.

La primera reacción de los tradicionalistas fue de mofarse y hacer acusaciones de comodidad. Ante la insistencia de Xanten, los desafíos no fueron tenidos en cuenta ni aceptados por sus apasionados socios.

El castillo Janeil cayó finalmente en la tarde del 9 de setiembre. La noticia fue llevada al castillo Hagedorn por unos excitados Pájaros que contaron una y otra vez la horrenda historia, con voces que adquirían tonos cada vez más histéricos.

Hagedorn, con expresión de cansancio y desánimo, convocó inmediatamente una reunión del consejo, y en ella dio a conocer las siniestras circunstancias.

—Ahora somos el último castillo. Probablemente, los Meks no nos pueden hacer ningún daño; pueden pasarse veinte años construyendo terraplenes alrededor de nuestro castillo y llegar a una verdadera confusión. Estamos seguros. Y, sin embargo, es extraño y portentoso darnos cuenta de que, finalmente, aquí, en el castillo Hagedorn, viven los últimos caballeros de la raza.

Xanten habló entonces con un tono de voz tenso por la más seria convicción.

—Veinte años..., cincuenta años..., ¿qué representa eso para los Meks? Una vez que nos rodeen y se desplieguen, estaremos atrapados. ¿No comprendéis que ahora disponemos de la última oportunidad para escapar de la gran fosa común en que se va a convertir el castillo Hagedorn?

—¿Escapar, Xanten? ¡Qué palabra! ¡Es una vergüenza! —espetó O. Z. Garr—. Coge a tu grupo despreciable y márchate. A la estepa, a los pantanos o a la tundra! Márchate con tus cobardes, pero sé lo bastante amable como para dejar de proclamar estas incesantes palabras.

—Garr, he encontrado convicción desde que me he convertido en un «cobarde». La supervivencia es una buena moral. Se lo he oído decir a un sabio notable.

—¡Bah! ¿Como quién?

—A. G. Philidor, si es que se te tiene que informar de todos los detalles.

O. Z. Garr se llevó la mano a la frente y preguntó:

—¿Te refieres a Philidor, el expiacionista? Es de los más extremistas. Un expiacionista que parece dispuesto a expiar las culpas de todos los demás. Xanten, por favor, sé razonable.

—A todos nosotros nos quedan años por delante —dijo Xanten con un tono de voz inexpresivo—, si es que antes nos libramos nosotros mismos del castillo.

—¡Pero si el castillo es nuestra vida! —exclamó Hagedorn—. En el fondo, Xanten, ¿qué podríamos hacer sin el castillo? ¿Animales salvajes? ¿Nómadas?

—Permaneceríamos con vida.

O. Z. Garr lanzó un gruñido de disgusto y se volvió para observar una de las cortinas.

Hagedorn sacudió la cabeza, lleno de dudas y perplejidad. Beaudry elevó las manos al aire.

—Xanten, tienes la virtud de enervarnos a todos. Llegas aquí y nos contagias a todos esa terrible sensación de urgencia..., pero, ¿por qué? En el castillo Hagedorn estamos tan a salvo como en brazos de nuestras madres. ¿Qué ganamos echando a un lado todo... honor, dignidad, comodidad, detalles civilizadores, para no hacer otra cosa que andar cabizbajos por entre un mundo de salvajes?

—Janeil también era un lugar seguro —replicó Xanten—. ¿Dónde está Janeil hoy? Muerto, convertido en ropa ajada, en vino agrio. Lo que ganamos marchándonos de aquí es la seguridad de la supervivencia. Y, además, planeó hacer algo mucho más importante que ir andando por ahí cabizbajo.

—¡Puedo imaginarme cien ocasiones diferentes en las que la muerte es preferible a la vida! —espetó Isseth—. ¿Acaso debo morir en el deshonor y la desgracia? ¿Por qué no puedo pasarme los últimos años viviendo con dignidad?

En aquellos momentos entró en la sala B. F. Robarth.

—Caballeros consejeros, los Meks se aproximan al castillo Hagedorn.

Hagedorn lanzó una mirada salvaje por toda la sala.

—¿Hay alguna decisión? ¿Qué debemos hacer? Xanten elevó las manos y dijo:

—Cada cual haga lo que crea más conveniente. No voy a discutir más. Yo me marchó, Hagedorn. ¿Se puede dar fin a este consejo para que cada cual atienda sus propios asuntos? ¿Puedo marcharme cabizbajo?

—Se suspende la sesión del consejo —dijo Hagedorn, y todos los reunidos se dirigieron hacia las murallas.

Por la avenida que llevaba al castillo acudían los Campesinos procedentes de los campos de los alrededores, con fardos y paquetes sobre sus hombros. Al otro lado del valle, en los límites del bosque Bartholomew, se veía a un puñado de vehículos mecánicos y una masa amorfa de color marrón dorado. Eran Meks.

—Mirad —dijo Aure, señalando hacia el oeste—. Allá vienen, por el Camino Largo —después, volviéndose hacia el este, añadió—: Y mirad allá, hacia el Puente Bam: son Meks.

Como si hubieran estado de acuerdo, todos dirigieron la mirada hacia la Cadena Norte. O. Z. Garr señaló una tranquila línea de sombras marrones y doradas.

—¡Allí están esperando, los bellacos! ¡Nos han encerrado! Bueno, dejémosles entonces que esperen.

Se apartó y, cogiendo el ascensor, bajó a la plaza, que cruzó tranquilamente, dirigiéndose a la Casa Zumbeld, donde trabajó durante el resto de la tarde con su Gloriana, de la que esperaba grandes cosas.

Al día siguiente, los Meks formalizaron el cerco. Alrededor del castillo Hagedorn se notó con claridad un gran círculo de actividad por parte de los Meks; se levantaron cobertizos, almacenes y barracas. Dentro de aquella periferia, justo algo más allá del alcance de los

cañones energéticos, los vehículos mecánicos empezaron a elevar grandes cantidades de tierra.

Durante la noche, aquellas montañas de tierra se extendieron hacia el castillo, y lo mismo sucedió durante las noches siguientes. Finalmente, se puso de manifiesto el propósito de aquellos montículos: se trataba de una capa protectora, situada sobre pasajes o túneles que conducían hacia el peñasco sobre el cual estaba enclavado el castillo Hagedorn.

Al día siguiente, algunos de los terraplenes llegaron a la base del peñasco. Entonces, una continua sucesión de vehículos mecánicos cargados de escombros empezaron a avanzar desde el punto más lejano. Aparecían, arrojaban su carga y volvían a desaparecer en el interior de los túneles.

Se habían formado ocho de estos túneles bajo la tierra. De cada uno de ellos surgían continuamente cargas de tierra y rocas, extraídas del peñasco sobre el que se asentaba el castillo Hagedorn. Finalmente, el significado de todos aquellos trabajos quedó claro para los caballeros que abarrotaban los parapetos.

—No hacen ningún intento de echamos tierra encima —dijo Hagedorn—. Se limitan a excavar el peñasco que hay debajo de nosotros.

Al sexto día del asedio, un gran segmento de la ladera se estremeció y se hundió y desmoronó una elevada cresta de la roca que llegaba casi hasta la base de los muros.

—Como esto continúe así —murmuró Beaudry—, resistiremos menos tiempo que Janeil.

—Vamos entonces —dijo O. Z. Garr, sintiéndose repentinamente activo—. Intentemos hacer algo con nuestros cañones energéticos. Derruiremos los túneles que han construido, ¿y qué podrán hacer entonces esos bribones?

Se dirigió hacia el emplazamiento más cercano y llamó a gritos a unos Campesinos para que quitaran la cubierta. Xanten, que estaba por allí cerca, dijo:

—Déjame que te ayude —y sacó él mismo la cubierta—. Dispara ahora, si quieres.

O. Z. Garr se le quedó mirando sin comprender; después, se inclinó hacia adelante e hizo girar el gran proyector hasta que estuvo apuntando hacia uno de los terraplenes. Apretó el conmutador; el aire crepitó frente al morro circular, se rizó y brilló con chispas de color púrpura. La zona escogida como blanco se llenó de humo, se puso negra y después adquirió un oscuro color rojizo, para estallar al final en un cráter incandescente. Pero la tierra que había debajo, de unos siete metros de profundidad, resistió muy bien; el polvo derretido se puso blanco de tanto calor, pero no se extendió ni profundizó. El cañón energético castañeteó repentinamente cuando se produjo un cortocircuito a causa de algún aislante corroído. El cañón dejó de funcionar. O. Z. Garr inspeccionó el mecanismo, lleno de rabia y desilusión; después, con un gesto de repugnancia, le dio la espalda. Evidentemente, los cañones tenían una efectividad limitada.

Dos horas más tarde, pero ahora en la parte oriental del peñasco, se desmoronó otro gran trozo de roca, y poco antes de que se pusiera el sol sucedió lo mismo en la parte occidental, donde los muros del castillo se elevaban casi verticalmente sobre la roca situada debajo.

A medianoche, Xanten y los de su grupo, acompañados por sus hijos y esposas, partieron del castillo Hagedorn. Seis equipos de Pájaros despegaron del muelle de vuelo, descendiendo después en un prado situado cerca del Valle Lejano, y poco antes del amanecer habían transportado a todo el grupo. No apareció nadie para despedirse de ellos.

Una semana después se desmoronó otra parte del peñasco, en su vertiente oriental, llevándose consigo uno de los contrafuertes de roca fundida. En las bocas de los túneles, los montones de cascotes eran ya alarmantemente grandes.

La parte sur del peñasco, que era la que tenía las terrazas, fue la última en sufrir daños, pues los más espectaculares se produjeron en las laderas este y oeste. De repente, un mes después del asalto inicial, una gran sección de la terraza se inclinó hacia adelante, dejando una grieta irregular que interrumpía la avenida e hizo desmoronarse las estatuas de antiguos notables colocadas a intervalos a lo largo de la balaustrada.

Hagedorn convocó inmediatamente una reunión del consejo.

—Las circunstancias no han mejorado —dijo, en un vano intento de aparecer chistoso—. Se han superado ya nuestras suposiciones más pesimistas; nos encontramos ante una situación catastrófica. Confieso que no me agrada la perspectiva de caer despeñado hasta morir, junto con todas mis destrozadas pertenencias.

—¡Yo me veo acosado por un pensamiento similar! —declaró Aure con gesto desesperado—. ¿Y qué? ¡Todo tiene que morir! Pero cuando pienso en mis preciosas pertenencias, me pongo enfermo. ¡Mis libros destrozados! ¡Mis frágiles jarrones rotos! ¡Mis tabardos desgarrados! ¡Mis alfombras enterradas! ¡Mis Phanes ahogadas! ¡Mis hermosas arañas caídas, cuando son un recuerdo de mis antepasados! Todo eso me produce pesadillas.

—Tus posesiones no son más preciosas que las de otros —dijo Beaudry con sequedad—. Sin embargo, no tienen vida propia, y cuando nosotros hayamos desaparecido, ¿quién se preocupará de lo que les pueda ocurrir?

—Hace un año —dijo Marune con una mueca—, preparé dieciocho docenas de excelentes esencias; doce docenas de Lluvia Verde y tres de Balthazar y otras tres de Faidor. ¡Pensad en eso, si queréis tener una idea de lo que es una tragedia!

—¡De haberlo sabido! —gruñó Aure—. Yo habría... habría...

Pero su voz se desvaneció débilmente.

O. Z. Garr pegó un puntapié en el suelo, con impaciencia.

—¡En cualquier caso, dejémonos de lamentaciones! Pudimos hacer una elección, ¿recordáis? Xanten nos suplicó que huyéramos; ahora, él y los que son como él deambulan por las montañas del norte, junto con los expiacionistas. Nosotros preferimos quedarnos, para bien o para mal, y desgraciadamente está sucediendo lo peor. Tenemos que aceptar ese hecho como caballeros que somos.

Ante estas palabras, el consejo asintió con melancolía. Hagedorn sacó una botella de exquisito Rhadamanth, y sirvió con una prodigalidad que antes habría resultado inimaginable.

—Como no nos queda ningún futuro..., ¡por nuestro glorioso pasado!

Aquella misma noche se percibieron movimientos aquí y allá dentro del círculo que formaba el campamento Mek: llamas en cuatro puntos separados, y el débil sonido de unos gritos roncós. Al día siguiente pareció como si la rapidez de la actividad hubiera decrecido un poco.

Sin embargo, durante la tarde se desplomó un amplio fragmento de la parte oriental del peñasco. Un momento después, casi como si se lo hubiera estado pensando majestuosamente, el muro más elevado de la parte oriental se desgajó y terminó por desplomarse con gran estruendo, dejando al aire libre la parte posterior de seis grandes Casas.

Una hora después de la puesta del sol, un equipo de Pájaros se posó sobre el muelle de vuelo. Xanten bajó del asiento. Echó a correr hacia la escalera circular, bajando por las rampas, y, cruzando la plaza, se dirigió hacia el palacio de Hagedorn.

Hagedorn, avisado por un pariente, se adelantó a saludar a Xanten, lleno de sorpresa.

—¿Qué haces aquí? ¡Te creíamos seguro al norte, con los expiacionistas!

—Los expiacionistas no están seguros ni al norte —dijo Xanten—. Se han unido al resto de nosotros. Estamos luchando.

—¿Luchando? —preguntó Hagedorn, adelantando la mandíbula—. ¿Los caballeros están luchando contra los Meks?

—Con toda la fuerza de que disponemos.

—¿Los expiacionistas también? —preguntó Hagedorn, sacudiendo la cabeza lleno de asombro—. Creí que tenían planteado huir hacia el norte.

—Algunos así lo han hecho, incluyendo a A. G. Philidor. Pero entre los expiacionistas hay facciones, igual que aquí. La mayor parte de ellos no está a más de quince kilómetros de distancia. Lo mismo sucede con los nómadas. Algunos han cogido sus vehículos mecánicos y han huido. Pero los demás se dedican a matar Meks con un fervor fanático. La pasada noche pudisteis ver nuestro trabajo. Prendimos fuego a cuatro almacenes, destruimos tanques de jarabe y matamos a poco más de cien Meks, destruyendo también una docena de vehículos mecánicos. Sufrimos pérdidas, que nos duelen mucho más porque somos pocos, y, sin embargo, hay muchos Meks. Es por eso por lo que he venido. Necesitamos más hombres. ¡Venid a luchar junto a nosotros!

Hagedorn se volvió, dirigiéndose hacia la gran plaza central.

—Llamaré a la gente para que salga de las Casas. Hablaré con todos.

4

Los Pájaros, quejándose amargamente por aquella tarea sin precedentes, trabajaron durante toda la noche transportando a los caballeros que, impulsados por la inminente destrucción del castillo Hagedorn, estaban dispuestos ahora a abandonar todos sus escrúpulos y a luchar por conservar la vida. Los tradicionalistas recalcitrantes siguieron negándose a comprometer su honor, pero Xanten les dijo:

—Permaneced aquí, entonces, rondando el castillo como tantas otras ratas furtivas. Poneos cómodos como podáis, con la seguridad de que estáis siendo protegidos; el futuro os ofrece, muy poco a todos vosotros.

Y muchos de los que le escucharon se volvieron de espaldas y se marcharon llenos de disgusto.

Xanten se volvió hacia Hagedorn y le preguntó:

—Y tú, ¿qué haces? ¿Te vienes o te quedas? Hagedorn lanzó un profundo suspiro, casi un gruñido, y dijo:

—El castillo Hagedorn ha llegado a su fin. No importa qué pueda suceder después. Iré contigo.

5

La situación cambió repentinamente. Los Meks, establecidos en un amplio círculo alrededor del castillo Hagedorn, no habían esperado encontrar resistencia procedente del campo, y muy poca por parte del castillo. Habían establecido sus barracas y sus tanques de jarabe teniendo en cuenta únicamente su conveniencia, y no motivos de defensa. Por ello, los grupos de castigo pudieron acercarse, infligiendo graves daños, y retirándose antes de sufrir muchas pérdidas. Los Meks apostados a lo largo de la Cadena Norte fueron hostigados casi continuamente, y por último fueron arrojados hacia abajo, sufriendo numerosas pérdidas. El círculo alrededor del castillo Hagedorn se fue aflojando. Dos días más tarde, tras la destrucción de otros cinco depósitos de jarabe, los Meks aún retrocedieron más. Construyeron trincheras ante los dos túneles que conducían bajo la cara sur del peñasco, establecieron una posición defensiva más o menos sostenible, pero ahora, en lugar de sitiadores se convirtieron en sitiados, aun cuando los vehículos mecánicos llenos de tierra y rocas seguían saliendo del interior del peñasco.

Dentro de la zona así defendida, los Meks concentraron las reservas de jarabe que les quedaba, así como las herramientas, armas y municiones. La zona situada fuera de las trincheras era iluminada con focos durante la noche y vigilada por Meks armados con eyectores de perdigones, de modo que hacían imposible cualquier clase de ataque frontal.

Durante un día, los asaltantes se mantuvieron por los alrededores, estudiando la nueva situación. Después, intentaron una nueva táctica. Se improvisaron seis vehículos ligeros que fueron cargados con vejigas llenas de un aceite fácilmente inflamable, con una granada de fuego bien sujeta a su costado. A cada uno de estos vehículos fueron atados diez Pájaros, que levantaron el vuelo por la noche con un hombre montado en cada vehículo. Volando alto, los Pájaros enfilaron entonces hacia abajo, dirigiéndose hacia la posición defendida por los Meks, sobre la que arrojaron las bombas de fuego. Toda la zona se llenó inmediatamente de llamas. El depósito de jarabe también se incendió; los vehículos mecánicos, despertados por las llamas, rodaron frenéticamente de un lado a otro, aplastando Meks y almacenamientos, chocando entre sí, añadiendo devastación al terror causado por el fuego. Los Meks sobrevivientes se refugiaron en los túneles. Algunos de los focos se habían apagado y, aprovechando la confusión, los hombres atacaron las trincheras. Al término de una breve, pero feroz batalla, los hombres dieron muerte a todos los centinelas y tomaron posiciones desde las que se dominaban las bocas de los túneles, en los que ahora se habían refugiado los restos del ejército Mek. Parecía como si se hubiera conseguido reprimir la rebelión de los Meks.

VIII

1

Las llamas se apagaron. Los guerreros humanos —trescientos hombres del castillo, doscientos expiacionistas y unos trescientos nómadas— se reunieron alrededor de la boca del túnel, y durante el resto de la noche consideraron diversos métodos para enfrentarse con los Meks allí encerrados. A la salida del sol, aquellos hombres del castillo Hagedorn cuyos hijos y esposas aún se encontraban en el interior, se dirigieron allí para evacuarles. A su regreso, vino con ellos un grupo de caballeros del castillo, entre los que se encontraban Beaudry, O. Z. Garr, Isseth y Aure. Saludaron a sus en otros tiempos iguales Tagedorn, Xanten y Claghorn; lo hicieron con crispación, pero con una cierta imparcialidad austera mediante la que reconocían la pérdida de prestigio experimentada por quienes habían luchado contra los Meks como si éstos fueran iguales.

—¿Qué va a ocurrir ahora? —le preguntó Beaudry a Hagedorn—. Los Meks están atrapados, pero no podéis sacarles de ahí. No sería nada extraño que hubiesen almacenado jarabe para los vehículos mecánicos; pueden sobrevivir quizá durante varios meses.

O. Z. Garr, haciéndose cargo de la situación desde el punto de vista de un teórico militar, se adelantó con un plan de acción.

—Bajad los cañones... o haced que vuestros inferiores lo hagan, y montadlos en vehículos mecánicos. Cuando los bellacos estén suficientemente debilitados, introducid los cañones dentro y sacadles a todos a latigazos como fuerza de trabajo para el castillo; antes trabajaban con nosotros cuatrocientos, y eso debe seguir siendo suficiente.

—¡Vaya! —exclamó Xanten—. Tengo el gran placer de informarte que eso ya nunca más volverá a ser igual. Si sobrevive algún Mek, repararán las naves espaciales y nos instruirán en su mantenimiento, y entonces les transportaremos a sus mundos nativos, tanto a ellos como a los Campesinos.

—¿Y cómo esperas entonces mantener nuestras vidas? —preguntó Garr con frialdad.

—Dispones del generador de jarabe. Colócate los sacos y bebe jarabe.

Garr inclinó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando fríamente su nariz.

—Eso es lo que dices tú, únicamente tú. Esa no es más que tu opinión insolente. Pero hay que escuchar a los demás Hagedorn..., tú fuiste una vez un caballero, ¿es ésa también tu opinión? ¿Debe marchitarse la civilización?

—No tiene por qué marchitarse —contestó Hagedorn—, siempre y cuando todos nosotros, tú incluido, trabajemos para conservarla. No puede haber más esclavos. Me he llegado a convencer de ello.

O. Z. Garr dio media vuelta y subió por la avenida, dirigiéndose hacia el castillo, seguido por sus camaradas con ideas más tradicionalistas. Unos pocos se apartaron y hablaron en voz baja entre ellos, dirigiendo un par de miradas de desaprobación hacia Xanten y Hagedorn.

Desde las rampas del castillo llegaron entonces unos gritos repentinos:

—¡Los Meks! ¡Se están apoderando del castillo! ¡Nos invaden por los pasajes inferiores! ¡Atacad! ¡Salvadnos!

Los hombres que estaban abajo miraron hacia arriba llenos de consternación. Casi al mismo tiempo que miraban las puertas del castillo se cerraron.

—¿Pero cómo es posible? —preguntó Hagedorn—. ¡Juraría que todos habían entrado por los túneles!

—Está muy claro —dijo Xanten con amargura—. Al mismo tiempo que excavaban por abajo, abrieron también un túnel en dirección ascendente, hacia los niveles inferiores.

Hagedorn se quedó mirando fijamente hacia adelante, como si se dispusiera a atacar él solo el peñasco, pero se detuvo.

—Tenemos que expulsarles. ¡Es inimaginable que saqueen nuestro castillo!

—Desgraciadamente —dijo Claghorn—, los muros nos contienen con tanta efectividad como contenían a los Meks.

—¡Podríamos enviar arriba una fuerza por medio de los Pájaros! Una vez consolidada la posición, los podríamos arrojar abajo y exterminarlos.

—Ellos pueden esperar en las rampas —contestó Claghorn sacudiendo la cabeza—, y en el muelle de vuelo, para disparar contra los Pájaros a medida que se aproximaran. Aun cuando pudiéramos desembarcar, habría un enorme derramamiento de sangre: uno de nosotros muerto por cada uno de ellos. Y ellos siguen siendo superiores a nosotros en número, en una proporción de tres o cuatro por uno.

—El pensar en ellos —gruñó Hagedorn— recorriendo mis posesiones, yendo de un lado a otro con mis ropas, bebiéndose mis esencias..., ¡eso me pone enfermo!

—¡Escuchad! —dijo Claghorn de pronto, mientras desde arriba le llegaban los terribles gritos de los hombres y el chasquido de los cañones energéticos—. ¡Algunos de ellos, por lo menos, se mantienen en las rampas!

En aquel momento, Xanten se dirigió hacia un cercano grupo de Pájaros, que por una vez sentían pavor y se veían dominados por los acontecimientos.

—Elevadme sobre el castillo, fuera del alcance de los perdigones, pero donde pueda ver lo que hacen los Meks.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! —graznó uno de los Pájaros—. En el castillo están ocurriendo cosas muy malas.

—No importa. Llevadme arriba, sobre las rampas.

Los Pájaros le elevaron, trazando un amplio círculo alrededor del peñasco y del castillo, lo bastante lejos como para estar fuera del alcance de las armas de perdigones de los Meks. Junto a los cañones que aún funcionaban habían unos treinta hombres y mujeres. Entre las grandes Casas, la Rotonda y el palacio, en todas aquellas partes a las que no se podía llegar con los cañones, pululaban los Meks. La plaza estaba cubierta de cuerpos: caballeros, damas y sus hijos..., todos aquellos que habían preferido quedarse en el castillo Hagedorn.

O. Z. Garr se encontraba junto a uno de los cañones. Captó la presencia de Xanten en el aire y lanzando un grito de rabia histérica elevó el cañón e hizo fuego. Los Pájaros,

gritando, trataron de apartarse a un lado, pero el disparo alcanzó a dos de ellos. Los Pájaros, el vehículo y Xanten cayeron hacia abajo, enredados. Fue casi un milagro que los cuatro Pájaros que aún permanecían con vida pudieran recuperar el equilibrio a unos cuarenta metros del suelo, mientras lanzaban un frenético graznido a causa del esfuerzo. Trataron de restar velocidad a la caída, se recuperaron, se mantuvieron inmóviles por un instante y finalmente se desplomaron sobre el suelo. Xanten no tardó en levantarse, librándose de las correas. Unos hombres se le acercaron corriendo.

—¿Estás bien? —le preguntó Claghorn.

—Bien, sí, pero también muy asustado. Xanten lanzó un profundo suspiro y fue a sentarse sobre la pequeña roca.

—¿Qué está sucediendo allá arriba? —preguntó Claghorn.

—Están todos muertos —replicó Xanten—, a excepción de un puñado. Garr se ha vuelto loco. Disparó sobre mí.

—¡Mirad! ¡Meks en las rampas! —gritó A. L. Morgan.

—¡Allí! —gritó alguien más—. ¡Son hombres! ¡Y saltan! ¡Se lanzan al vacío!

Algunos eran hombres, pero otros eran Meks a quienes los primeros arrastraban consigo, para descender con una terrible lentitud hacia su muerte. No cayeron más. El castillo Hagedorn estaba en manos de los Meks.

Xanten examinó la compleja silueta, tan familiar y tan extraña al mismo tiempo.

—No pueden confiar en mantenerse allí. Sólo necesitamos destruir las células solares y no podrán sintetizar más jarabe.

—Hagámoslo —dijo Claghorn—, antes de que piensen en ello y utilicen los cañones. ¡Pájaros!

Se dirigió a dar las órdenes e inmediatamente después cuarenta Pájaros, cada uno de ellos llevando dos rocas del tamaño de la cabeza de un hombre, levantaron el vuelo, rodearon el castillo y después volaron directamente hacia él.

Poco después aterrizaron e informaron que habían destruido todas las células solares.

—Lo único que nos queda por hacer —dijo Xanten— es cerrar la boca del túnel para evitar que salgan repentinamente y nos cojan desprevenidos... Después habrá que tener paciencia.

—¿Qué pasará con los Campesinos que están en los establos? ¿Y con las Phanes? —preguntó Hagedorn, con desesperación.

—Quien no fuera antes un expiacionista —dijo Xanten moviendo la cabeza con lentitud—, lo tendrá que ser ahora.

—Podrán sobrevivir un par de meses —murmuró Claghorn—, no más.

Pero transcurrieron dos meses y tres y cuatro. Entonces, una mañana, se abrieron las grandes puertas y un Mek desharrapado avanzó tambaleándose.

—Hombres..., nos morimos de hambre. Hemos conservado vuestros tesoros. Concedednos nuestras vidas o destruiremos todo antes de morir.

—Estas son nuestras condiciones —contestó Claghorn—. Os concederemos la vida, pero tenéis que limpiar el castillo y enterrar los cuerpos. Tenéis que reparar las naves espaciales y enseñarnos todo lo que sepáis sobre ellas. Después os transportaremos a Etamin Nueve.

2

Cinco años después, Xanten con Glys Meadowsweet y sus dos hijos tuvieron que viajar hacia el norte, abandonando su hogar, situado cerca del río Sande. También tuvieron ocasión de visitar el castillo Hagedorn, donde ahora sólo vivían dos o tres docenas de personas, entre ellas Hagedorn.

A Xanten le pareció que había envejecido. Su pelo era blanco; su rostro, antes cordial y campechano, se había hecho mucho más delgado, casi cadavérico. Xanten no pudo determinar a simple vista cuál era su estado de humor.

Se encontraban bajo las sombras de un nogal, con el castillo y el peñasco elevándose sobre ellos.

—Esto es ahora un gran museo —dijo Hagedorn—. Yo soy su conservador, y ésa será la función de todos los Hagedorn que lleguen después de mí, pues quedan incalculables tesoros que guardar y conservar. En el castillo mismo ya reina una gran sensación de antigüedad. Las Casas están llenas de fantasmas. Yo les veo a menudo, especialmente durante las noches de las fiestas... ¡Ah, aquéllos sí que eran tiempos! ¿Verdad, Xanten?

—Sí, desde luego —contestó Xanten—. Sin embargo —añadió tocando las cabezas de sus dos hijos—, no siento el menor deseo de volver a ellos. Ahora somos hombres, en nuestro propio mundo, como nunca lo fuimos antes.

Hagedorn asintió, aunque se percibía un cierto pesar en sus gestos. Elevó la mirada hacia la enorme estructura, como si fuera aquélla la primera ocasión que se le presentaba para contemplarla.

—El pueblo del futuro... ¿Qué pensará del castillo Hagedorn? ¿Qué pensará de sus tesoros, de sus libros, de sus tabardos?

—Vendrán a verlos y quedarán maravillados —dijo Xanten—. Casi como hago ahora yo mismo.

—Hay mucho de qué maravillarse. ¿Quieres entrar, Xanten? Aún quedan algunas botellas de esencias nobles.

—Gracias, pero no —contestó Xanten—. Hay demasiadas cosas que pueden despertar viejos recuerdos. Seguiremos nuestro camino, y creo que inmediatamente.

—Te comprendo muy bien —asintió Hagedorn con tristeza—. Yo mismo me entrego a menudo a recordar aquellos tiempos. Bueno, que tengáis un buen viaje y un feliz regreso a casa.

—Lo procuraremos, Hagedorn. Gracias por todo y adiós.

III

Los aditamentos simbólicos que se utilizan para aumentar la personalidad humana son, desde luego, muy numerosos. Las ropas forman la categoría más importante de esos símbolos y, a veces, cuando la gente está reunida, resulta divertido examinar las ropas, discretamente, desde luego, y reflexionar sobre el hecho de que cada artículo ha sido seleccionado con un gran cuidado con la intención de producir algún efecto particular.

A pesar del poder simbólico de las ropas, los hombres y mujeres son juzgados en gran medida por circunstancias mucho más difíciles de controlar: postura, acento, timbre de voz, la configuración y color de sus cuerpos y, lo más importante de todo, sus rostros. Las voces se pueden modular; las dietas y el ejercicio, al menos teóricamente, obligan al cuerpo a adoptar contornos socialmente aceptables. ¿Pero qué se puede hacer con la cara? Se han hecho enormes esfuerzos en ese sentido. Las mandíbulas son levantadas, las cejas superpuestas o eliminadas, las narices cortadas y perfiladas de nuevo. El pelo es atormentado de mil formas diferentes: empolvado, humedecido, cortado, secado, peinado de esta o aquella forma. A pesar de todo, las pretensiones se ponen de manifiesto; el ojo crítico sabe descubrir las imitaciones de la naturaleza. Independientemente de nuestras inclinaciones, de si nos gusta o no nuestro rostro nos vemos obligados a vivir con él, aceptando cualquier favor, censura o burla que se haga acerca de él.

Excepto los intrincados e inteligentes habitantes del mundo Sirene, cuyas poco ortodoxas costumbres sociales son consideradas en las páginas siguientes.

LA MARIPOSA LUNAR

La casa flotante había sido construida de acuerdo con las normas más exactas de la artesanía sirenesa, que es como decir casi con la perfección absoluta que pueda detectar el ojo humano. La tablazón de cubierta, de cerosa madera oscura, no mostraba juntas; los cierres eran remaches de platino, avellanados y pulidos hasta quedar planos. En su estilo, el bote era grande, con una manga ancha, tan firme como el puntal, sin pesadez ni falta de línea. La proa se abultaba como la pechuga de un cisne, elevando alta la roda, curvándose después hacia adelante para sostener un farol de hierro. Las puertas estaban hechas de planchas de una madera moteada de negro y verde; las ventanas estaban divididas en numerosas secciones, enmarcados por cuadrados de mica, y eran de color rosáceo, azul, verde pálido y violeta. La proa estaba destinada a los servicios y al alojamiento de los esclavos; en el centro de la nave se encontraban un par de cabinas-dormitorio, un salón-comedor y una sala de estar, que se abría a un puente de observación situado en la popa.

Esta era la casa flotante de Edwer Thissell, aunque su propiedad no le proporcionaba placer ni orgullo. La casa flotante estaba ya vieja. Las alfombras habían perdido su pelo; las pantallas talladas estaban astilladas; el farol de hierro situado en la proa estaba carcomido por el óxido. Setenta años antes, el primer propietario, al aceptar el bote, había hecho los honores al constructor y él mismo había sido reverenciado; la transacción (pues el proceso representaba mucho más que el simple dar y tomar) contribuyó a aumentar el prestigio de ambos. Pero aquella época ya hacía mucho tiempo que había pasado; ahora, la casa flotante no tenía ningún prestigio. Edwer Thissell, residente en Sirene desde hacía sólo tres meses, se daba cuenta de esta falta, pero no podía hacer nada al respecto; aquella casa flotante era lo mejor que había podido conseguir.

Estaba sentado sobre la cubierta posterior, tocando el ganga, un instrumento parecido a la cítara, no mucho mayor que el tamaño de su mano. Estaba situado a unos cien metros de la orilla y la espuma de las olas definía una línea de playa blanca; detrás, se alzaba la jungla, con la silueta de unas escarpadas colinas negras recortándose contra el cielo. Mireille brillaba perezosa y blanquecina por encima, como a través de una tenue tela de araña; la superficie del océano estaba tranquila y como encharcada, con un brillo de madreperla. La escena era ya muy familiar, aunque no tan aburrida como la ganga, en la que había estado trabajando durante dos horas, tañendo las escalas sirenesas, formando acordes, tocando simples progresiones. Ahora cambió la ganga por el zachinko; se trataba de una pequeña caja de resonancia, dotada de llaves, que se tocaba con la mano derecha. Al hacer presión sobre las llaves, el aire se veía obligado a pasar por unas lengüetas situadas en las mismas llaves, produciendo así un tono similar al de un concertino. Thissell tocó una docena de rápidas escalas, cometiendo muy pocas equivocaciones. De los seis instrumentos que se había propuesto aprender a tocar, el zachinko había demostrado ser el más difícil (a excepción, desde luego, del hymerkin, ese instrumento chasqueante, sesgante y estruendoso, hecho de madera y piedra, utilizado exclusivamente con los esclavos).

Thissell practicó durante otros diez minutos, y finalmente dejó el instrumento a un lado. Flexionó los brazos, retorciendo los dedos, que le dolían. Cada uno de los momentos de que dispuso desde su llegada se lo había dedicado a los instrumentos: el hymerkin, el ganga, el zachinko, el kiv, el strapon y el gomapard. Había tocado escalas en diecinueve llaves y cuatro modos, produciendo acordes sin número e intervalos nunca imaginados en

los Planetas Hogar. Trinos, arpeggios, ligados, chasquidos y nasalizaciones; amortiguaciones y aumentos de los tonos altos; vibraciones y tonos lobunos; concavidades y convexidades. Practicaba con una tenaz y absoluta diligencia, en la que ya había perdido hacía tiempo su idea original de la música como fuente de placer. Mirando los seis instrumentos, Thissell resistió el impulso de lanzarlos todos por la borda, al Titanic.

Se levantó, atravesó la sala de estar y el salón-comedor, avanzó por el pasillo pasando junto a la cocina y salió a la cubierta de proa. Se inclinó sobre la borda, mirando hacia los corrales situados bajo el agua, donde Toby y Rex, los esclavos, estaban enganchando el carro pesado para realizar el viaje semanal a Fan, a unos doce kilómetros al norte. El pez más joven, enganchado al carro, sintiéndose quizá algo juguetón, se sumergía y zambullía. Su ondulante hocico negro rompía el agua, y Thissell, al mirar su rostro, sintió unas náuseas peculiares: ¡El pez no llevaba máscara!

Thissell sonrió, sintiéndose incomodo, y tocó con los dedos su propia máscara, la Mariposa Lunar. No cabía la menor duda: ¡se estaba aclimatando a Sirene! ¡Ya debía haber alcanzado una fase muy significativa cuando el rostro desnudo de un pez era capaz de causarle aquella conmoción!

Los peces quedaron, finalmente enganchados; Toby y Rex subieron a bordo, con sus cuerpos rojos brillando y las negras máscaras de tela pegadas a sus caras. Ignorando a Thissell, estibaron el corral e izaron el ancla. Los peces, enganchados, se esforzaron hacia adelante, los arneses se tensaron y la casa flotante avanzó hacia el norte.

Volviendo a la cubierta de popa, Thissell cogió el strapon, una caja circular de resonancia, de unos veinte centímetros de diámetro. Cuarenta y seis cuerdas salían de una parte central, yendo hacia la circunferencia, donde conectaban con una campanilla o con una barra tintineante. Cuando se daba un tirón, sonaban las campanillas y repiqueteaban las barras; cuando se le rasgueaba, el instrumento producía un tañido y un tintineo. Cuando se tocaba correctamente, las disonancias, agradablemente ácidas, producían un efecto muy expresivo; en manos inexpertas, sin embargo, los resultados eran mucho menos agradables, y casi se podía producir entonces un ruido casual. El strapon era el instrumento con el que Thissell estaba menos familiarizado, por lo que practicó con gran concentración, mientras duró todo el viaje hacia el norte.

Finalmente, la casa flotante se fue aproximando a la ciudad flotante. Los peces de arrastre fueron frenados, y la casa flotante torció hacia un amarradero. A lo largo del muelle una hilera de holgazanes observaron y sopesaron cada uno de los aspectos de la casa, a los esclavos y al propio Thissell, tal y como era costumbre en Sirene. Thissell, que aún no se había acostumbrado del todo a una inspección tan penetrante, se sintió molesto ante el escrutinio, sobre todo a causa de la inmovilidad de las máscaras. Ajustándose muy conscientemente su Mariposa Lunar bajó la escalerilla hasta el muelle.

Un esclavo se levantó de donde había estado sentado en cuclillas, con los nudillos apoyados sobre la tela negra, a la altura de su frente, y con una frase interrogativa en tres tonos cantó lo siguiente:

—¿La Mariposa Lunar que está ante mí expresa posiblemente la identidad de Ser Edwer Thissell?

Thissell se colocó el hymerkin en el cinturón, dejándolo allí colgado, y cantó:

—Yo soy Ser Thissell.

—Se me ha honrado con una responsabilidad —cantó el esclavo—. Tres días, desde el amanecer hasta el anochecer, he esperado en el muelle; tres noches, desde el anochecer hasta el amanecer, he permanecido en cuclillas sobre una balsa, debajo de este mismo muelle, escuchando los pasos de los hombres de la noche. Al fin contemplo la máscara de Ser Thissell.

Thissell evocó el ruido martilleante e impaciente del hymerkin.

—¿Cuál es la naturaleza de esa responsabilidad?

—Traigo un mensaje, Ser Thissell. Está dirigido a vos.

Thissell extendió su mano izquierda, tocando al mismo tiempo el hymerkin con la derecha.

—Dame ese mensaje.

—En seguida, Ser Thissell.

El mensaje contenía una pesada superinscripción:

¡COMUNICACIÓN DE EMERGENCIA! ¡RAPIDEZ!

Thissell rasgó el sobre, abriéndolo. El mensaje estaba firmado por Castel Cromartin, jefe ejecutivo del Consejo de Policías Intermundiales. Tras el saludo formal, decía:

«¡Las siguientes órdenes deben ser ejecutadas con absoluta urgencia! A bordo del Carina Cruzeiro, destino Ran, fecha de llegada, 10 de enero T. U., se encuentra el célebre asesino Haxo Angmark. Encuéntralo desembarco efectivos adecuados, para detener y encarcelar a este hombre. Estas instrucciones deben ser ejecutadas con éxito. Fracaso es inaceptable.» ¡ATENCIÓN! Haxo Angmark es extraordinariamente peligroso. Mátele sin dudarle a la menor muestra de resistencia.»

Thissell consideró el mensaje con consternación. Al llegar a Fan como representante consular no había esperado nada como esto; no se sentía inclinado, ni bastante competente para tratar con un peligroso asesino. Pensativamente se pasó la mano por la vellosa mejilla gris de su máscara. La situación no era del todo desesperada; Esteban Rolver, director del puerto espacial, cooperaría sin duda alguna y quizá le proporcionara un pelotón de esclavos.

Sintiéndose más tranquilo, Thissell volvió a leer el mensaje; 10 de enero, tiempo universal. Consultó un calendario comparativo. Hoy era día 40 de la estación del Néctar Amargo... Thissell hizo correr el dedo por la columna, hacia abajo, y se detuvo. 10 de enero. Era hoy.

Un retumbar lejano captó su atención. Surgiendo de la neblina apareció una figura borrosa: la barcaza que volvía después de haber establecido contacto con el Carina Cruzeiro.

Un vez más, Thissell volvió a leer la nota, elevó la cabeza y estudió la barcaza que descendía. A bordo se encontraría Haxo Angmark. Al cabo de cinco minutos estaría en Sirene. Posiblemente las formalidades del desembarco le entretendrían unos veinte minutos. El muelle de desembarco se encontraba a unos dos kilómetros y medio, unido a Fan por un camino que atravesaba las colinas. Thissell se volvió hacia el esclavo.

—¿Cuándo llegó este mensaje?

El esclavo se inclinó hacia adelante, sin comprenderle. Thissell volvió a repetir la pregunta al sonido del hymerkin:

—¿Durante cuánto tiempo has disfrutado del honor de custodiar este mensaje?

—Largos días he esperado en el muelle, retirándome sólo a la balsa cuando se hacía de noche. Ahora mi vigilia ha sido recompensada. Tengo ante mí a Ser Thissell.

Thissell se volvió y echó a andar furiosamente por el desembarcadero. ¡Inefectivos e ineficientes sireneses! ¿Por qué no le habían llevado el mensaje a su casa flotante? Veinticinco minutos, veintidós solamente...

Una vez en la explanada, Thissell se detuvo, mirando a derecha e izquierda, esperando casi un milagro: alguna clase de transporte aéreo que le llevara rápidamente al puerto espacial, donde, con la ayuda de Rolver, aún podría detener a Haxo Angmark. O, mejor aún, un segundo mensaje cancelando el primero. Algo, algo que pudiera... Pero en Sirene no había vehículos aéreos, y sabía que tampoco aparecería un segundo mensaje.

Al otro lado de la explanada se elevaba una escasa hilera de estructuras permanentes, construidas de piedra y hierro que tan probada resistencia habían demostrado contra los

hombres de la noche. Una de estas estructuras estaba ocupada por una cuadra, y mientras Thissell la observaba, un hombre, que llevaba una espléndida máscara de perla y plata, surgió de allí sobre una de las monturas de Sirene, similar a un lagarto.

Thissell echó a correr; aún había tiempo; con un poco de suerte, aún podía interceptar a Haxo Angmark. Atravesó la explanada a toda prisa.

Delante de la hilera de establos se encontraba el mozo de cuadras, inspeccionando sus existencias con solicitud, limpiando una escama o ahuyentando a algún insecto. Había cinco bestias en perfectas condiciones, cada una de ellas tan alta como el hombro de un hombre, con piernas enormes, cuerpos gruesos y cabezas pesadas y puntiagudas. De sus colmillos delanteros, que habían sido artificialmente alargados y curvados hasta formar casi unos círculos, colgaban unos anillos dorados; las escamas de cada uno de ellos habían sido pintadas de colores púrpura y verde, naranja y negro, rojo y azul, marrón y rosa, amarillo y plata.

Thissell se detuvo, casi sin aliento, delante del mozo de cuadras. Se dispuso a coger el kiv, pero dudó un momento. ¿Se podía considerar esto como un encuentro personal casual? ¿Sería mejor coger el zachinko entonces? Pero, para expresar sus necesidades personales, difícilmente podía realizar una aproximación personal. Así pues, sería mejor el kiv, después de todo. Tocó una cuerda, pero, debido a un error, se encontró tocando la ganga. Debajo de su máscara, Thissell hizo una mueca, como pidiendo perdón; sus relaciones con aquel mozo de cuadra no estaban basadas en modo alguno en la intimidad. Confiaba en que el hombre fuera de carácter optimista y, en cualquier caso, la urgencia de la ocasión no le daba tiempo para seleccionar con toda exactitud el instrumento adecuado. Tocó una segunda cuerda y, agitadamente, casi sin respiración, y con una falta total de habilidad, cantó su petición:

—Ser mozo de cuadras; tengo necesidad inmediata de una montura dócil. Permítame elegir entre las que tiene.

El mozo llevaba una máscara de considerable complejidad que Thissell no pudo identificar: era una construcción de ropa marrón barnizada, cuero gris plisado y, encima de la frente, dos grandes globos de color verde y escarlata, segmentados estrechamente, como si se tratara de ojos de insecto. El hombre inspeccionó a Thissell durante un largo rato y después, seleccionando con bastante ostentación su stemic, ejecutó una brillante progresión de trinos y rondas, de un significado que Thissell fue incapaz de captar. El mozo cantó:

—Ser Mariposa Lunar, me temo que mis corceles son inapropiados para una persona de vuestra distinción.

Entonces, Thissell tocó muy seriamente el ganga.

—De ningún modo; todos parecen muy adecuados. Tengo muchísima prisa y aceptaría gustosamente cualquiera del grupo.

El mozo tocó un frágil crescendo en cascada.

—Ser Mariposa Lunar —cantó—. Los corceles están enfermos y sucios. Me siento muy orgulloso de que los considere adecuados para su uso. Pero no puedo aceptar el mérito que me ofrece —en este momento, cambiando de instrumento, produjo un frío tintineo de su krodatch3 y de algún modo, no puedo reconocer al buen compañero y camarada que se dirige a mí con tanta familiaridad con su ganga. La implicación estaba clara. Thissell no conseguiría ninguna montura. Se volvió y echó a correr hacia el muelle de desembarco. Detrás de él sonó el estruendo del hymerkin del mozo de cuadra..., aunque Thissell no se detuvo a saber si iba dirigido a él o a los esclavos del mozo.

El anterior representante consular de los Planetas Hogar había sido asesinado en Zundar. Enmascarado como un Bravo de Taberna, había abordado a una muchacha destinada a las Actitudes Equinocciales, un solecismo a causa del cual fue inmediatamente decapitado por un Demiurgo Rojo, un Duende Solar y un Cuerno Mágico.

Edwer Thissell, recientemente graduado en el Instituto, fue nombrado su sucesor y se le concedieron tres días para que se preparara. De una disposición normalmente contemplativa e incluso prudente, Thissell consideró el nombramiento como un desafío. Aprendió la lengua sirenesa mediante técnicas subcerebrales y no la encontró complicada. Después leyó lo siguiente en la Revista de Antropología Universal:

«La población del litoral Titanic es muy individualista, posiblemente como respuesta al generoso medio ambiente, que no premia en modo alguno la actividad de grupo. El lenguaje que refleja este rasgo, expresa el estado de ánimo del individuo, su actitud emocional frente a una situación determinada. La información objetiva es considerada como un elemento secundario. Más aún, el lenguaje es cantado, acompañado característicamente por un pequeño instrumento. Como consecuencia de ello, existe una gran dificultad para conocer un hecho a través de un nativo de Fang o de la ciudad prohibida de Zundar. Se verá uno regalado con elegantes arias y demostraciones de una asombrosa virtuosidad ejecutadas con uno u otro de los numerosos instrumentos musicales. El visitante de este mundo fascinante, a menos que no le importe ser tratado con el más absoluto desprecio, tiene que aprender a expresarse de acuerdo con la moda local en uso.»

Thissell escribió una nota en su cuaderno: «Procurarse pequeños instrumentos musicales, junto con instrucciones de uso.» Después continuó leyendo:

«Hay en todas partes y en todas las épocas una gran plenitud, por no decir superfluidad de comida, y el clima es benigno. Con una gran dosis de energía racial y una gran cantidad de tiempo para el ocio, la población se ocupa principalmente de complicar las cosas. Se complica todo: la artesanía es complicada, y un buen ejemplo son los paneles tallados que adornan las casas flotantes; los simbolismos también son complicados, como las máscaras que lleva todo el mundo, es complicado el lenguaje semimusical que expresa admirablemente sutiles emociones y estados de ánimo; y, por encima de todo, se encuentra la admirable complejidad de las relaciones personales. Prestigio, mana, reputación, gloria: la palabra sirenesa es strakh. Toda persona posee su strakh característico, el cual determina que cuando necesita una casa flotante, se verá obligada a conseguir un palacio flotante, enriquecido con gemas, faroles de alabastro, plumas de pavo real y madera tallada, o aceptar de mala gana una chabola abandonada sobre una balsa. No existe forma alguna de realizar intercambios en Sirene: el único medio es el strakh...»

Thissell se pasó la mano por la mejilla, pensativamente, y continuó leyendo:

«Las máscaras se llevan en todo momento, de acuerdo con una filosofía según la cual un hombre no debe verse obligado a utilizar una similitud forzada sobre él por factores que se encuentran fuera de su control personal; que debe poseer la libertad necesaria para elegir el rostro que esté más en consonancia con su strakh. En las zonas civilizadas de Sirene —que es como decir en el litoral Titanic—, un hombre nunca muestra su verdadero rostro; ése es un secreto básico.

»En este sentido, el juego es desconocido en Sirene; sería catastrófico para Sirene y para el respeto propio de sus habitantes, conseguir ventajas por otros medios que no fueran el ejercicio de su strakh. La palabra «suerte» no tiene equivalente alguno en el lenguaje sirenés.»

Thissell tomó otra nota: «Conseguir máscara. ¿Museo? ¿Guía dramática?»

Terminó de leer el artículo y se apresuró a completar sus preparativos, y al día siguiente embarcó a bordo del Roben Astroguard para emprender la primera etapa de su viaje a Sirene.

La barcaza se posó sobre el puerto espacial de Sirene, un disco de topacio aislado entre las colinas negras, verdes y púrpura. Cuando la barcaza se posó Edwer Thissell se adelantó hacia ella. Iba acompañado por Esteban Rolver, el agente local de viajes espaciales. En aquel instante, Rolver elevó las manos, dio un paso atrás y dijo:

—Tu máscara. ¿Dónde está tu máscara? Thissell la mostró en la mano.

—No estaba seguro...

—Póntela —dijo Rolver, volviéndose para no mirarle.

El mismo llevaba sobre el rostro un compuesto de rayas verde-oscuro y madera azul lacada. Unas plumas negras le surgían de las mejillas y debajo de la barbilla le colgaba una borla negra y blanca; todo el conjunto creaba un efecto de flexible personalidad sardónica.

Thissell se ajustó la máscara a su rostro, sin saber si convertir aquella cuestión en una broma o mantener una prudente reserva más adecuada quizá a la dignidad de su puesto.

—¿Te has puesto la máscara? —le preguntó Rolver por encima del hombro.

Thissell contestó afirmativamente y Rolver se volvió. La máscara ocultaba la expresión de su rostro, pero, inconscientemente, su mano tocó una serie de llaves sujetas a su muslo. El instrumento emitió un sonido de trinos que daban a entender conmoción y amable consternación.

—¡No puedes llevar esa máscara! —cantó Rolver—. De hecho... ¿Dónde? ¿Cómo la conseguiste?

—Es la copia de una máscara propiedad del museo de Pollpolis —declaró Thissell con rigidez—. Estoy seguro de que es auténtica.

Rolver hizo un gesto de asentimiento, y su propia máscara pareció más sardónica que nunca.

—Es lo bastante auténtica. Se trata de una variante del tipo conocido como el Dragón Marino Conquistador, y es llevada en ocasiones ceremoniales por personas de enorme prestigio: príncipes, héroes, artesanos maestros, grandes músicos...

—No lo sabía.

—Es algo que aprenderás con el tiempo —dijo Rolver, haciendo un gesto de lánguida expresión—. Mira mi máscara. Hoy llevo la de un Pájaro Pequeño de Montaña. Las personas con un prestigio mínimo, como tú, yo y seres de otros mundos, llevan esta clase de cosas.

—Es un fastidio —dijo Thissell mientras atravesaban el campo, dirigiéndose hacia un bajo edificio de hormigón—. Creía que una persona podía llevar lo que quería.

—Desde luego —dijo Rolver—. Lleva la máscara que quieras, siempre y cuando puedas mostrarte de acuerdo con ella. Esta máscara que llevo, por ejemplo, es para indicar que no presumo de nada, que no aspiro a demostrar ninguna clase de sabiduría, versatilidad, capacidad musical, truculencia o cualquiera de las muchas docenas de otras virtudes sirenesas.

—Entonces, y siguiendo con esta misma cuestión —preguntó Thissell—, ¿qué sucedería si andará por las calles de Zundar llevando puesta esta máscara?

Rolver se echó a reír, produciendo un sonido amortiguado detrás de su máscara.

—Si andaras por los muelles de Zundar, pues no hay calles, llevando cualquier clase de máscara, serías asesinado al cabo de una hora. Eso es lo que le sucedió a Benko, tu predecesor. El no sabía cómo actuar. Ninguno de nosotros, procedentes de mundos exteriores, sabemos muy bien cómo actuar aquí. En Fan somos tolerados, siempre y cuando sepamos mantenernos en nuestro lugar. Pero ni siquiera podrías andar por Fan con esas insignias reales que llevas. Alguien que llevara una Serpiente de Fuego o un

Duende de Tormenta —máscara que ya conoces—, se detendría ante ti. Tocaría su krodatch, como si tú no pudieras desafiar su audacia con un pasaje en el skaranyi, un instrumento diabólico. Y él tocaría entonces el hymerkin, el instrumento que utilizamos con los esclavos. Y ésa es la más definitiva expresión de desprecio. O bien podría tocar su gong de duelo y atacarte en aquel mismo momento y lugar.

—No tenía ni la menor idea de que la gente de aquí fuera tan irascible —dijo Thissell, bajando el tono de voz.

Rolver se encogió de hombros y abrió la enorme puerta de acero de su despacho.

—Ciertos actos no pueden ser cometidos en la confluencia de Polópolis sin incurrir en críticas.

—Sí, eso es cierto —admitió Thissell y, mirando por el despacho, preguntó—: ¿Por qué toda esta seguridad? ¿El hormigón, el acero?

—Protección contra los salvajes —dijo Rolver—. Bajan de las montañas por la noche, roban lo que pueden y matan a todo el que se cruza en su camino —se dirigió hacia un armario y sacó de él una máscara—. Toma, utiliza esta Mariposa Lunar; no te traerá ningún problema.

Thissell inspeccionó la máscara sin ningún entusiasmo. Estaba construida con pelo coloreado de ratón; en cada extremo del hueco destinado a la boca, había unos cuantos pelos, y un par de antenas parecidas a plumas, en la frente. Una especie de solapas blancas colgaban a los lados de las sienes, y bajo los ojos había una serie de pliegues rojos, creando un efecto a un tiempo lúgubre y cómico.

—¿Representa esta máscara algún grado de prestigio? —preguntó Thissell.

—No mucho.

—Después de todo, soy representante consular —dijo Thissell—. Represento a los Planetas Hogar, a cien mil millones de personas...

—Si los Planetas Hogar quieren que su representante lleve una máscara del Dragón Marino Conquistador, será mejor que envíen a un hombre que se parezca en algo a un Dragón Marino Conquistador.

—Comprendo —dijo Thissell, suavizando el tono de su voz—. Bueno, si no tengo más remedio...

Rolver apartó la mirada amablemente mientras Thissell se quitaba la máscara del Dragón Marino Conquistador y se colocaba sobre la cabeza la máscara mucho más modesta de la Mariposa Lunar.

—Supongo que podré encontrar algo más adecuado en una de las tiendas —dijo Thissell—. Se me ha dicho que uno sólo tiene que entrar y llevarse lo que necesite, ¿no es así?

Rolver observó a Thissell críticamente.

—Esa máscara, al menos por el momento, se te adapta perfectamente. Y es bastante importante no coger nada de las tiendas hasta que conozcas el valor strakh del artículo que quieres. El propietario pierde prestigio si una persona de strakh bajo se lleva su mejor obra.

—¡No se me explicó nada de eso! —exclamó Thissell, lleno de exasperación—. Sabía lo de las máscaras, claro, y también conocía la gran integridad de los artesanos, pero esa insistencia en la cuestión del prestigio, o strakh, o lo que sea...

—No importa —dijo Rolver—. Dentro de un año o dos empezarás a saber comportarte. Supongo que ya hablas la lengua, ¿verdad?

—¡Oh, sí! Desde luego.

—¿Y cuáles son los instrumentos que tocas?

—Bueno, se me dio a entender que cualquier pequeño instrumento era adecuado, o que simplemente podía cantar.

—Muy inadecuado. Únicamente los esclavos cantan sin acompañarse con un instrumento. Sugiero que aprendas a tocar los siguientes instrumentos lo más

rápido que puedas: el hymerkin para tus esclavos. El ganga para conversar con tus amigos íntimos, o con alguien que tenga un strakh un poco más bajo que tú, pero muy poco. El kiv para cualquier conversación casual y amable. El zachinko para encuentros algo más formales. El strapan o el krodatch para dirigirte a personas de rango social inferior al tuyo, en tu caso, si quisieras insultar a alguien. El gomapard o el kamanthil doble para los ceremoniales —se quedó pensativo un instante y continuó—: El crebarin, el laúd de agua y el sloba, también son muy útiles, pero será mejor que aprendas primero a tocar esos otros instrumentos. Te properdonarán por lo menos unos medios rudimentarios de comunicación.

—¿No estás exagerando? —pregunto Thissell—. ¿O estás bromeando?

Rolver se echó a reír con una risa fuerte.

—De ningún modo. Lo primero que necesitas es una casa flotante. Y después también necesitarás esclavos.

Rolver llevó a Thissell desde el muelle de desembarco hasta los de Fan; un paseo de una hora y media a lo largo de un agradable camino bajo enormes árboles cargados de fruta, bancales de cereales, sacos de savia azucarada.

—En estos momentos —le dijo Rolver—, sólo hay cuatro personas en Fan procedentes de mundos exteriores, contándote a ti. Te llevaré a Welibus, nuestro agente comercial. Creo que ha conseguido una vieja casa flotante que quizá te deje utilizar.

Cornely Welibus ya llevaba residiendo quince años en Fan, y había adquirido el strakh suficiente como para llevar su máscara de Viento del Sur con suficiente autoridad. Estaba compuesta por un disco azul con incrustaciones de pequeños fragmentos de lapislázuli, todo ello rodeado por una aureola de brillante piel de serpiente. Más cálido y cordial que Rolver, no sólo proporcionó una casa flotante a Thissell, sino también toda una serie de diversos instrumentos musicales y un par de esclavos.

Desconcertado por tanta generosidad, Thissell murmuró algo sobre el pago de todo aquello, pero Welibus le cortó con un gesto expansivo.

—Mi querido compañero, esto es Sirene. Estas fruslerías no cuestan nada.

—Pero una casa flotante...

Welibus tocó una breve floritura en su kiv.

—Seré franco, Ser Thissell. El bote es viejo y ya está un poco deslucido. Yo ya no me puedo permitir el lujo de utilizarlo; mi status se resentiría si lo hiciera —una graciosa melodía acompañó sus últimas palabras—. La cuestión del status aún no debe preocuparte. Necesitas más bien un lugar cómodo, resguardado y seguro ante los hombres de la noche.

—¿Los hombres de la noche?

—Los caníbales que vagan errantes por la orilla después del anochecer.

—¡Oh, sí! Ser Rolver ya me los ha mencionado.

—Cosas horribles. No solemos discutir las —y de su kiv surgió un pequeño y tembloroso trino—. Y ahora, en cuanto a los esclavos —y se llevó un dedo al disco azul de su máscara, como si estuviera pensando—, creo que Rex y Toby te servirán bien —elevó entonces su voz y tocó un suave estruendo en el hymerkin—. Avan esx trobu!

Una esclava apareció llevando una docena de tiras de tela rosada y una delicada máscara negra, moteada de lentejuelas de madreperla.

—Fascu etz Rex ae Toby.

Aparecieron Rex y Toby, llevando máscaras sueltas de ropa negra, con unas rayas rojizas. Welibus se dirigió a ellos con un resonante sonido de su hymerkin, poniéndolos al servicio de su nuevo amo, bajo pena de regresar a sus islas nativas. Los esclavos se postraron y cantaron promesas de fidelidad a Thissell, empleando unas voces suaves aunque algo roncadas. Thissell se echó a reír nerviosamente y ensayó una oración en lengua sirenesa:

—Id a la casa flotante, limpiadla bien y llevad comida.

Toby y Rex se le quedaron mirando en blanco a través de los ojos de sus máscaras. Welibus repitió las órdenes con acompañamiento de hymerkin. Los esclavos se inclinaron y se marcharon.

Thissell inspeccionó los instrumentos musicales con desaliento.

—No tengo ni la menor idea de cómo aprender a tocar estas cosas.

Welibus se volvió a Rolver y le preguntó:

—¿Qué te parece Kershaul? ¿Le podríamos convencer para que diera algunas instrucciones básicas a Ser Thissell?

—Kershaul podría hacerse cargo de ese trabajo —asintió Rolver con sensatez.

—¿Quién es Kershaul? —preguntó Thissell.

—El cuarto de nuestro pequeño grupo de expatriados —le contestó Welibus—. Es un antropólogo. ¿Has leído Zundarla Espléndida? ¿Rituales de Sirene? ¿El pueblo sin rostro? ¿No? Es una lástima. Todas ellas son obras excelentes. Kershaul tiene mucho prestigio y creo que visita Zundar de vez en cuando. Lleva puesta una máscara Lechuza de las Cavernas, a veces una Emigrante de las Estrellas, e incluso a veces el Arbitro Sabio.

—Ahora lleva una Serpiente Ecuatorial —dijo Rolver—. La variante con los colmillos dorados.

—¿De veras? —preguntó Welibus, maravillado—. Bueno, tengo que decir que se la ha ganado. Es un buen compañero —y tocó su zachinko pensativamente.

Transcurrieron tres meses, y bajo el tutelaje de Mathew Kershaul, Thissell practicó el hymerkin, el ganga, el strapon, el kiv, el gomapard y el zachinko. El kamanthil doble, el krodatch, el slobo, el laúd de agua y una serie de otros instrumentos podían esperar, según dijo Kershaul, hasta que Thissell hubiera aprendido a dominar los seis instrumentos básicos. Prestó a Thissell grabaciones de valiosas conversaciones sirenesas en diversos estados de ánimo y con diversos acompañamientos, de modo que Thissell pudiera aprender los convencionalismos melódicos en boga, perfeccionándose en las delicadezas de la entonación, los diversos ritmos, los cruzados, compuestos, implícitos y supresivos. Kershaul realizaba un estudio fascinante a la música sirenesa, y Thissell tuvo que admitir que éste era un tema no muy fácil de investigar hasta sus últimas consecuencias. La entonación de un cuarto de tono de los instrumentos permitía la utilización de veinticuatro tonalidades, que multiplicadas por los cinco modos utilizados corrientemente, daban una cifra de ciento veinte escalas diferentes. Sin embargo, Kershaul advirtió a Thissell que se concentrara al principio en aprender cada instrumento en su tonalidad fundamental, utilizando únicamente dos de los modos.

Sin necesidad de tener que hacer nada inmediato, en Fan, excepto las visitas semanales a Mathew Kershaul, Thissell se llevó su casa flotante a unos doce kilómetros hacia el sur, y ancló al pie de un promontorio rocoso. Allí, de no haber sido por el estudio y la práctica incesante, Thissell habría llevado una vida idílica. El mar estaba en calma y tan claro como el cristal. La playa, rodeada por el follaje gris, verde y púrpura del bosque, estaba muy cerca por si quería estirar un poco las piernas.

Toby y Rex ocupaban un par de cubículos en la proa y Thissell disponía para sí mismo de las cabinas de popa. De vez en cuando, jugaba con la idea de tener un tercer esclavo, posiblemente una mujer joven, para conseguir así un elemento cálido y alegre, pero Kershaul le aconsejó que no diera ese paso, temiendo que, de algún modo, la intensidad de la concentración de Thissell en el estudio pudiera verse afectada. Thissell se mostró de acuerdo y se dedicó por completo al estudio de los seis instrumentos.

Los días pasaron rápidamente. Thissell nunca se aburría con la espectacularidad del anochecer y el amanecer; las nubes blancas y el mar azul del mediodía; el cielo nocturno brillando con las veintinueve estrellas SI 1-715. El tedio se veía roto por el viaje semanal a

Fan. Toby y Rex conseguían la comida; Thissell visitaba mientras tanto la lujosa casa flotante de Mathew Kershaw para recibir enseñanzas y consejos. Después, al cabo de tres meses de la llegada de Thissell, llegó aquel mensaje que desorganizaba por completo su rutina: Haxo Angmark, asesino, agente provocador, un criminal rudo y fuerte, había llegado a Sirene. «¡Detener y encarcelar a este hombre —decían las instrucciones—. ¡Atención! Haxo Angmark es extraordinariamente peligroso. Mátele sin dudarle a la menor muestra de resistencia.»

Thissell no se encontraba en la mejor de las condiciones. Corrió cincuenta metros hasta que empezó a fallarle la respiración; a partir de entonces, continuó andando: atravesando bajas colinas pobladas por bambúes blancos y árboles de helechos negros; prados amarillos, llenos de hierba, huertos y viñedos silvestres. Transcurrieron veinte minutos. Veinticinco minutos. ¡Veinticinco minutos! Sintiendo una pesada sensación en el estómago, Thissell se dio cuenta de que llegaría demasiado tarde. Haxo Angmark habría desembarcado y podría estar atravesando aquel mismo camino en dirección a Fan. Pero, a lo largo de todo el camino, Thissell sólo se encontró con cuatro personas: un muchacho que llevaba una fiera máscara de Isleño Alk; dos mujeres jóvenes con las máscaras del Pájaro Rojo y del Pájaro Verde; y un hombre enmascarado como Duende del Bosque. Mientras se acercaba al hombre, Thissell se preguntó si podría ser Angmark. Se detuvo y ensayó una estrategia. Se dirigió directamente hacia el hombre y observó fijamente la máscara que ocultaba su rostro.

—Angmark —dijo, utilizando la lengua de los Planetas Hogar—, ¿está usted arrestado!

El Duende del Bosque se le quedó mirando sin comprender, y después continuó andando por el camino.

Thissell se interpuso en su camino. Cogió el ganga y entonces, recordando la reacción del mozo de cuerdas, tocó un acorde en el zochinko.

—Venís por el camino desde el puerto espacial —cantó—. ¿Qué habéis visto allí?

El Duende del Bosque cogió su clarín de mano, un instrumento utilizado para ridiculizar a sus oponentes en el campo de batalla, para llamar a los animales y ocasionalmente para demostrar una ruda y dispuesta agresividad.

—Allí donde voy y lo que veo son cosas que sólo me conciernen a mí. Retírese o le cruzaré la cara.

El hombre siguió adelante y si Thissell no se hubiera apartado rápidamente, el Duende del Bosque se podía haber abalanzado contra su cuello.

Thissell se quedó mirando la espalda que se alejaba. ¿Sería Angmark? No lo parecía, manejando tan bien el clarín de mano. Dudó un momento y finalmente se volvió y prosiguió su camino.

Al llegar al puerto espacial, se dirigió directamente a las oficinas. La pesada puerta estaba entreabierta; cuando Thissell se aproximó un hombre apareció en el dintel. Llevaba una máscara de rayas verde-oscuro, planchas de mica, madera azul lacada y plumas de ave negra... El Pájaro Pequeño de Montaña.

—Ser Rolver —dijo Thissell lleno de ansiedad—, ¿quién ha bajado del Carina Cruzeiro?

Rolver estudió a Thissell durante un largo rato.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Que por qué lo pregunto? —pidió Thissell—. ¡Tienes que haber visto el espaciograma que he recibido de Castel Cromartin!

—¡Ah, sí...! —exclamó Rolver—. Claro, naturalmente.

—Sólo hace media hora que se me entregó —dijo Thissell con amargura—. Vine aquí lo más rápidamente que pude. ¿Dónde está Angmark?

—Supongo que en Fan —contestó Rolver.

—¿Por qué no le entretuviste de algún modo? —preguntó Thissell con suavidad.

—No tenía autoridad, ni inclinación, ni capacidad para detenerle —contestó Rolver, encogiéndose de hombros.

Thissell se esforzó para contener su enojo. Con una voz estudiadamente tranquila dijo:

—Por el camino me he cruzado con un hombre que llevaba una máscara bastante horrible. Ojos hundidos, barba rojiza.

—Un Duende del Bosque —dijo Rolver—. Angmark se traería la máscara consigo.

—Pero tocaba el clarín de mano —protestó Thissell—. ¿Cómo podría Angmark...?

—Está bastante familiarizado con Sirene; se pasó cinco años viviendo aquí, en Fan.

—Cromartin no me ha mencionado eso —dijo Thissell, gruñendo de rabia.

—Todo el mundo lo sabe —dijo Rolver, encogiéndose de hombros—. Fue el representante comercial antes de que Welibus se hiciera cargo de ese puesto.

—¿Se conocían él y Welibus?

—Naturalmente —contestó Rolver, echándose a reír—. Pero no sospeches del pobre Welibus de algo peor que arreglar un poco sus cuentas. Te aseguro que él no tiene nada que ver con asesinos.

—Hablando de asesinos —dijo Thissell—, ¿dispones de algún arma para prestarme?

—¿Has venido aquí para detener a Angmark sin ningún arma? —preguntó Rolver, observándole con asombro.

—No tenía más remedio —contestó Thissell—. Cuando Cromartin da una orden espera resultados. En cualquier caso, tú estabas aquí con tus esclavos.

—No cuentes con mi ayuda —dijo Rolver de mal humor—. Llevo la máscara del Pájaro Pequeño de Montaña y no hago ningún intento de demostrar valor. Pero te puedo prestar una pistola energética. No la he utilizado desde hace mucho tiempo, así que no te puedo garantizar que esté cargada.

Rolver entró en el despacho y volvió a salir al cabo de un momento con un arma.

—¿Qué harás ahora?

—Trataré de encontrar a Angmark en Fan —contestó Thissell, sacudiendo la cabeza con fatiga—. ¿O se dirigirá acaso hacia Zundar?

—Angmark podría sobrevivir en Zundar —reflexionó Rolver en voz alta—, pero querrá recordar y mejorar sus conocimientos musicales. Supongo que se quedará unos cuantos días en Fan.

—¿Pero cómo le puedo encontrar? ¿Dónde debo buscarle?

—Eso no te lo puedo decir —replicó Rolver—. Puede que estés mucho más seguro no encontrándolo. Angmark es un hombre peligroso.

Thissell regresó a Fan por el mismo camino por donde había venido.

Allí donde el camino bajaba desde las colinas hacia la explanada se había construido una gruesa pared pisé de ferré. La puerta estaba formada por una sólida plancha de madera negra; las ventanas estaban protegidas por bandas de hierro en forma de hojas. Era la oficina de Cornely Welibus, agente comercial, importador y exportador. Thissell encontró a Welibus cómodamente sentado en la terraza adornada de azulejos. Llevaba puesta una modesta adaptación de la máscara de Waldemar. Parecía estar perdido en sus propios pensamientos y podía no haber reconocido la máscara Mariposa Lunar que llevaba Thissell; en cualquier caso, no le hizo ninguna señal de saludo.

Thissell se aproximó al porche.

—Buenos días, Ser Welibus.

Welibus hizo un distraído gesto de asentimiento y dijo, con una voz algo desafinada, al mismo tiempo que hacía sonar su krodatch:

—Buenos días.

Thissell quedó bastante desconcertado. Aquél no era el instrumento más adecuado para un amigo y compañero de otro mundo, aun cuando él llevara la máscara Mariposa Lunar.

—¿Me permites preguntarte cuánto tiempo llevas sentado aquí? —interrogó Thissell con bastante frialdad.

Welibus se lo estuvo pensando casi durante medio minuto, y después, cuando habló, acompañó sus palabras con el sonido más cordial del crebarin. Pero el recuerdo del sonido del krodatch aún seguía dando vueltas en la mente de Thissell.

—Estoy aquí desde hace unos quince o veinte minutos. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Me pregunto si habrás visto pasar a un Duende del Bosque?

—Sí —confirmó Welibus, asintiendo con un gesto de cabeza—. Bajó por la explanada, y creo que se metió en la primera tienda de máscaras.

Thissell emitió un sonido sibilante por entre los dientes. Aquél, naturalmente, tenía que ser el primer movimiento de Angmark.

—No le podré encontrar en cuanto consiga cambiar de máscara —murmuró.

—¿Quién es ese Duende del Bosque? —preguntó Welibus, sin mostrar más que un interés natural.

Thissell no vio ninguna razón para ocultarle el nombre.

—Un famoso criminal: Haxo Angmark.

—¡Haxo Angmark! —exclamó Welibus, echándose hacia atrás en la silla—. ¿Estás seguro de que se encuentra aquí?

—Razonablemente seguro.

Welibus se frotó sus temblorosas manos.

—Son noticias muy malas. ¡Muy malas! Es un bribón sin escrúpulos.

—¿Le conoces bien?

—Tan bien como cualquier otra persona —Welibus se acompañaba ahora con el sonido del kiv—. Desempeñó el cargo que yo ocupo ahora. Yo vine aquí como inspector y descubrí que estaba robando cuatro mil UMIs mensuales. Estoy seguro de que no siente ninguna gratitud hacia mí —Welibus dirigió una nerviosa mirada hacia la explanada—. Espero que puedas cogerle.

—Estoy haciendo todo lo que puedo. ¿Has dicho que se dirigió hacia la tienda de máscaras?

—Estoy seguro.

Thissell se volvió. A medida que bajaba por el camino, escuchó cerrarse tras él la pesada puerta de madera negra.

Bajó por la explanada, dirigiéndose hacia la tienda del fabricante de máscaras. Se detuvo en el exterior, como si estuviera admirando la exposición: unas cien máscaras en miniatura, talladas en maderas raras y minerales, adornadas con escamas de esmeralda, con sedas finísimas, extremos en forma de avispa, escamas de pescado petrificadas y otros adornos similares. La tienda estaba vacía, a excepción del constructor de máscaras, un hombre nudoso y pequeño, que llevaba puesto un mono amarillo y sobre su rostro una simple máscara de Experto Universal, fabricada con más de dos mil pequeños fragmentos de madera articulada.

Thissell consideró por un momento lo que debía decir y cómo debía acompañarse con los instrumentos. Finalmente entró. El fabricante de máscaras, al darse cuenta de la Mariposa Lunar y de la actitud tímida de Thissell, continuó con su trabajo.

Thissell, seleccionando el más fácil de sus instrumentos, hizo sonar su strapon, lo que quizá no fue una elección feliz, pues éste implicaba un cierto grado de condescendencia. Thissell trató de contrarrestar su sonido, cantando en tonos cálidos y casi efusivos, sacudiendo caprichosamente el simpan cuando tocó una nota errónea.

—Un extraño es una persona interesante con la que tratar; sus costumbres no son familiares, y excitan la curiosidad. Hace menos de veinte minutos un extraño entró en esta fascinante tienda para cambiar su máscara de Duende del Bosque por una de las notables y venturosas creaciones aquí expuestas.

El fabricante de máscaras dirigió a Thissell una mirada de soslayo, y sin pronunciar una sola palabra, tocó una progresión de acordes en un instrumento que Thissell nunca había visto con anterioridad. Se trataba de un saco flexible, cogido con la mano, que poseía tres cortos tubos introducidos entre los dedos. Cuando los tubos eran apretados y el aire forzado a pasar por los cortes, se producía un tono similar al de un Oboe. Para el oído en desarrollo de Thissell, el instrumento pareció difícil, pero el experto en fabricación de máscaras y la música tocada parecían expresar una profunda sensación de desinterés.

Thissell lo volvió a intentar manipulando laboriosamente su strapon.

—Para una persona procedente de un mundo exterior que está en un planeta extraño, la voz de uno de su propio hogar es como el agua para una planta seca. Una persona que pudiera poner en contacto a dos personas así, podría sentir una gran satisfacción al realizar un acto tan generoso.

El fabricante de máscaras tocó casualmente su propio strapon e hizo sonar una serie de escalas con sonidos de trinos, moviendo los dedos con mayor rapidez de lo que podían percibir los ojos. Después contó con un estilo formal:

—Un artista valora sus momentos de concentración; no le preocupa gastar su tiempo intercambiando banalidades con personas que, en el mejor de los casos, sólo tienen un prestigio medio.

Thissell intentó tocar otra melodía, pero el fabricante de máscaras tocó una nueva serie de complejos acordes cuyo significado no pudo comprender Thissell, y siguió diciendo:

—En la tienda ha entrado una persona que evidentemente acaba de tomar por primera vez un instrumento de inigualable dificultad, pues la ejecución de su música está abierta a la crítica. Canta de nostalgia y anhelo de ver a otros como él mismo. Disimula su enorme falta de stakh tras una Mariposa Lunar, pues está tocando el strapon ante un Maestro Artesano, y canta con una voz de burla contenida. El refinado y creador artista ignora la provocación. Toca un instrumento amable, mantiene una actitud no comprometida y confía en que el extraño se cansará de este deporte y se marchará.

Thissell sacó entonces su kiv.

—El noble fabricante de máscaras me malentende por completo.

Fue interrumpido por el raspeante staccato del strapon del fabricante de máscaras.

—Ahora, el artista se atreve a ridiculizar la capacidad de comprensión del artista.

Thissell rasgó furiosamente su strapon.

—Para protegerme del calor entro en una pequeña y poco pretenciosa tienda de máscaras. El artesano, aunque distraído con sus herramientas, parece prometer una buena acogida. Trabaja celosamente en perfeccionar su habilidad, tanto que rehusa conversar con extraños, sin tener en cuenta las necesidades de éstos.

El fabricante de máscaras dejó cuidadosamente el buril con el que estaba trabajando. Se levantó y desapareció tras de una pantalla, reapareciendo poco después con una máscara de hierro, que simulaba llamas surgiendo del cuero cabelludo. En una mano llevaba un skaranyi y en la otra una cimitarra. Tocó una serie de brillantes y salvajes tonos y dijo:

—Hasta el artista más perfecto puede aumentar su stakh matando monstruos marinos, hombres de la noche y tontos inoportunos. Ahora se presenta una ocasión. El artista retrasará su ataque exactamente durante diez segundos, porque el ofensor lleva una máscara Mariposa Lunar.

Hizo oscilar su cimitarra, elevándola en el aire.

Desesperadamente, Thissell aporreó su strapon.

—¿Entró en la tienda un Duende del Bosque? ¿Se marchó llevando una nueva máscara?

—Ya han transcurrido cinco segundos —cantó el fabricante de máscaras con un ritmo firme y amenazador.

Thissell se marchó lleno de frustración y rabia. Atravesó la plaza y se quedó mirando la explanada, arriba y abajo. Cientos de hombres y mujeres paseaban tranquilamente por los muelles, o se encontraban sobre las cubiertas de sus casas flotantes. Cada uno de ellos llevaba una máscara, elegida para expresar su estado de ánimo, su prestigio y sus atributos especiales, y por todas partes sonaban los acordes de los instrumentos musicales.

Thissell se sintió perdido. El Duende del Bosque había desaparecido. Haxo Angmark andaba libre por Fan y Thissell no había podido cumplir las urgentes instrucciones enviadas por Castel Cromartin.

Detrás de él sonaron las notas casuales de un kiv.

—Ser Mariposa Lunar Thissell, parecéis absorto en vuestros pensamientos.

Thissell se volvió, para encontrar junto a él una Lechuza de las Cavernas, con un sobrio manto negro y gris. Thissell reconoció la máscara, que simbolizaba erudición y paciente exploración de las ideas abstractas; se trataba de Mathew Kershaul, pues era él quien la llevaba en el momento en que se encontraron la semana anterior.

—Buenos días, Ser Kershaul —murmuró Thissell.

—¿Qué tal van los estudios? ¿Ha conseguido tocar bien la escala del do sostenido mayor en el gomapard? Recuerdo que encontrabais muy difíciles esos intervalos inversos.

—He estado trabajando en ellos —dijo Thissell con voz sombría—. Sin embargo, como probablemente me llamarán a Polípolis, todo habrá sido tiempo perdido.

—¿Eh? ¿Cómo es eso?

Thissell explicó la situación en relación con Haxo Angmark y Kershaul asintió gravemente.

—Recuerdo a Angmark. No tiene una agradable personalidad, pero es un músico excelente, con unos dedos muy rápidos y un verdadero talento para los instrumentos nuevos —pensativamente, se tocó la barbilla de su Lechuza de las Cavernas—, ¿Cuáles son vuestros planes?

—No los tengo —dijo Thissell, tocando una dolorosa frase en el kiv—. No tengo ni la menor idea de la máscara que estará llevando ahora y si no sé cómo es, ¿de qué modo le puedo encontrar?

Kershaul siguió frotándose la barbilla.

—En los antiguos tiempos solía frecuentar el Ciclo Exo Cambiano, y creo que solía encontrarse con toda una serie de Habitantes Bajos. Ahora, desde luego, sus gustos pueden haber cambiado.

—Exactamente —se quejó Thissell—. Puede estar a diez metros de distancia y nunca lo sabré —miró amargamente al otro lado de la explanada, hacia la tienda del fabricante de máscaras—. Nadie me dirá nada; dudo que les preocupe mucho el que un asesino ande suelto, paseando tranquilamente por los muelles.

—Así es —admitió Kershaul—. Las costumbres en Sirene son muy diferentes a las nuestras.

—No tienen ningún sentido de la responsabilidad —declaró Thissell—. Dudo que sean capaces de arrojar una cuerda a un hombre que se está ahogando.

—Es cierto que no les gusta interferir en los asuntos ajenos —admitió Kershaul—. Acentúan la responsabilidad individual y la autosuficiencia.

—Muy interesante —dijo Thissell—, pero yo sigo encontrándome a oscuras en lo que respecta a Angmark.

Kershaul le observó gravemente.

—Y, en caso de que le localizaras, ¿qué harías entonces?

—Ejecutaría las órdenes de mi superior —contestó Thissell dócilmente.

—Pero Angmark es un hombre peligroso —musitó Kershaul—. Cuenta, además, con una serie de ventajas sobre usted.

—No puedo tener en cuenta esas cosas. Mi deber consiste en enviarle de regreso a Polípolis. Pero lo más probable es que esté seguro, puesto que no tengo ni la más remota idea de cómo encontrarle.

—Una persona de un mundo exterior no se puede ocultar detrás de una máscara, al menos para los sireneses —dijo Kershaul, tras reflexionar un momento—. Aquí en Fan sólo hay cuatro personas... Rol ver, Welibus, usted y yo. Si otro extraño trata de establecerse aquí, las noticias no tardarán en correr.

—¿Y qué sucederá si se dirige hacia Zundar?

—No creo que se atreva —contestó Kershaul encogiéndose de hombros—. Por otra parte...

Kershaul se detuvo y entonces, dándose cuenta de la repentina falta de atención de Thissell, se volvió para mirar hacia donde éste se había vuelto.

Un hombre, con una máscara de Duende del Bosque, se acercaba a ellos, atravesando la explanada, Kershaul dejó caer una mano sobre el brazo de Thissell tratando de detenerle, pero éste se interpuso en el camino del Duende del Bosque, con el arma que le había prestado Rolver preparada.

—Haxo Angmark —gritó—. No haga un solo movimiento o le mataré. Queda usted detenido.

—¿Está usted seguro de que éste es Angmark? —le preguntó Kershaul, con un preocupado tono de voz.

—Lo descubriré —contestó Thissell—. Angmark, dése la vuelta y levante las manos.

El Duende del Bosque permaneció rígido, lleno de sorpresa y confusión. Cogió el zachinko, tocó un arpegio interrogativo y preguntó:

—¿Por qué me molestáis, Mariposa Lunar? Kershaul se adelantó y tocó una frase aplacatoria en su sloba.

—Me temo que existe un caso de confusión de identidad, Ser Duende del Bosque. Ser Mariposa Lunar busca a un ser procedente de otro mundo, que lleva una máscara de Duende del Bosque.

La música del Duende del Bosque adquirió tonos irritados, y cambió repentinamente a su stemic.

—¿El asegura que yo procedo de otro mundo? Que pruebe lo que dice o tendrá que enfrentarse a mi venganza.

Kershaul, sintiéndose muy molesto, miró a la multitud que se había agolpado a su alrededor y tocó una vez más una melodía congraciadora.

—Estoy seguro de que Ser Mariposa Lunar... El Duende del Bosque le interrumpió con una fanfarria de tonos procedentes de su skaranyi.

—Permítale demostrar lo que afirma o prepárese para el derramamiento de sangre.

—Muy bien, probaré lo que digo —afirmó Thissell y, adelantándose, arrancó la máscara del rostro de Duende del Bosque—. ¡Veamos su rostro! ¡Eso demostrará su identidad!

El Duende del Bosque dio un salto hacia atrás, lleno de asombro. La multitud gruñó e inmediatamente después se escuchó el amenazador sonido de varios instrumentos.

El Duende del Bosque se llevó la mano a la nuca, soltó la cuerda de su gong de duelo y, con la otra mano, cogió su cimitarra.

Kershaul se adelantó, tocando el sloba con gran agitación. Thissell, que ahora se sentía avergonzado, se apartó hacia un lado dándose cuenta del terrible sonido procedente de la multitud.

Kershaul cantaba explicaciones y disculpas; el Duende del Bosque contestaba y Kershaul gritó por encima del hombro, dirigiéndose a Thissell:

—¡Corra o será asesinado! ¡Dése prisa!

Thissell dudó un momento. El Duende del Bosque elevó una mano para apartar a Kershaul de su camino.

—¡Corra! —gritó Kershaul—. ¡Al despacho de Welibus! ¡Enciérrese allí!

Thissell dio media vuelta y echó a correr. El Duende del Bosque le persiguió a unos pocos metros de distancia, enviando tras él una serie de trompetazos emitidos con su clarín de mano, mientras desde la multitud le llegaba el indignado contrapunto de los hymerkins.

La persecución no continuó. En lugar de buscar refugio en la oficina de importación-exportación, Thissell giró hacia un lado y, después de haber llevado a cabo un cuidadoso reconocimiento, se dirigió al amarradero donde se encontraba su casa flotante.

No faltaba mucho para el anochecer, cuando regresó finalmente a bordo. Toby y Rex estaban sentados en cuclillas en la proa, rodeados por las provisiones que habían traído: cestas de fruta y cereales, recipientes de cristal azul conteniendo vinos, aceite y jugos picantes, y tres pequeños lechones en un corral de mimbre. Estaban partiendo nueces con los dientes, arrojando las cascara por encima de la borda. Miraron a Thissell, a quien le pareció que se levantaron con una nueva actitud de despreocupación. Toby murmuró algo para sí mismo; Rex reprimió una risilla sofocada.

Thissell tocó el hymerkin con enojo y cantó:

—Llevad el bote a poca distancia de la orilla. Esta noche nos quedamos en Fan.

Ya en la intimidad de su cabina, se quitó la Mariposa Lunar, y observó en el espejo unos rasgos que ya casi no le eran familiares. Cogió la Mariposa Lunar y examinó la detestable máscara: la piel gris y peluda, las espinas azules, las ridículas solapas. Difícilmente podía considerar la suya una presencia digna para el representante consular de los Planeta Hogar, siempre y cuando siguiera conservando aquel puesto después de que Cromartin supiera que Angmark había conseguido escapar libremente.

Thissell se dejó caer en una silla y se quedó mirando fijamente el espacio, de mal humor. Había sufrido toda una serie de rechazos, pero de ningún modo se sentía derrotado. Al día siguiente iría a ver a Mathew Kershaul y entre los dos discutirían el mejor medio para localizar a Angmark. Tal y como había señalado Kershaul, el establecimiento de una persona procedente de otro mundo no era algo que pudiera pasar desapercibido: la identidad de Haxo Angmark no tardaría en ponerse de manifiesto. Al día siguiente también tendría que procurarse una máscara nueva. No podría ser nada extremo ni vanaglorioso, sino una máscara que expresara un poco de dignidad y respeto propios.

En aquel instante, uno de los esclavos llamó a la puerta y Thissell se apresuró a colocarse la odiada Mariposa Lunar sobre la cabeza.

A primeras horas de la mañana siguiente, poco antes de que la luz del amanecer hubiera abandonado el cielo, los esclavos llevaron la casa flotante a la sección del muelle instalada un poco al margen para el uso de los seres de otros mundos. Rolver, Welibus y Kershaul no habían regresado aún, y Thissell esperó con impaciencia. Transcurrió una hora y Welibus llegó con su bote al muelle. Como no deseaba hablar con Welibus, Thissell permaneció en el interior de su cabina.

Un momento después llegó el bote de Rolver, que también se situó a lo largo del muelle. A través de la ventanilla, Thissell vio a Rolver, con su habitual máscara de Pájaro Pequeño de Montaña, que en aquellos momentos saltó al muelle. Allí se encontró con un hombre que llevaba una máscara de Tigre de la Arena, con cresta amarilla, y que ejecutó un acompañamiento formal de su gomapard para dar el mensaje que tuviera que entregar a Rolver.

Rolver pareció sorprendido y molesto. Después de pensárselo un momento, manipuló su propio gomapard y, a medida que cantaba algo, señaló la casa flotante de Thissell. Finalmente, inclinándose, continuó su camino.

El hombre de la máscara de Tigre de la Arena saltó con bastante dignidad al pontón flotador, agarrándose al baluarte de la casa flotante de Thissell.

Thissell se presentó ante él. La etiqueta sirenesa no exigía que invitara a bordo a ningún visitante casual, así es que se limitó a pulsar una nota interrogativa en su zachinko.

El Tigre de la Arena tocó su gomapard y cantó:

—El amanecer sobre la bahía de Fan es normalmente una ocasión espléndida; el cielo está blanco, con colores amarillos y verdes; cuando sale Mireille, la neblina se enciende y brilla como las llamas. El que canta obtiene un mayor placer del momento cuando el cuerpo flotante de un ser de un mundo exterior no echa a perder la serenidad del paisaje.

El zachinko de Thissell expresó una asombrada interrogación casi en su justa entonación, y el Tigre de la Arena se inclinó con dignidad.

—El cantante no reconoce a otro igual en firmeza de disposición; sin embargo, no le importa admitir que es molestado por las payasadas de un fantasma insatisfecho. Por ello, ha ordenado a sus esclavos que aten una correa al muslo del cuerpo y mientras estábamos conversando, ellos han sujetado el cuerpo a la popa de vuestra casa flotante. Querréis administrar los ritos que se acostumbra en vuestro mundo exterior. El que canta os desea buenos días y ahora se marcha.

Thissell se apresuró a acudir a la popa de su casa flotante. Allí, casi desnudo y sin máscara, flotaba el cadáver de un hombre maduro, sostenido por bolsas de aire sujetas a sus pantalones.

Thissell estudió el rostro del muerto, que no parecía tener rasgos especiales y era insípido; quizá como consecuencia directa de la costumbre de llevar máscara. El cuerpo parecía tener una estatura media y un peso también normal, y Thissell estimó que su edad oscilaría entre los cuarenta y cinco y los cincuenta años. El pelo tenía un color moreno indescriptible, y las facciones del rostro estaban hinchadas por el agua. No había nada que indicara cómo había muerto el hombre.

Tenía que ser Haxo Angmark, pensó Thissell. ¿Quién otro podría ser? ¿Mathew Kershaul? ¿Por qué no? Thissell se lo preguntó a sí mismo, sintiéndose incómodo. Rolver y Welibus ya habían desembarcado, dirigiéndose cada uno de ellos a sus quehaceres. Miró por la bahía para localizar la casa flotante de Kershaul y la descubrió amarrada ya al muelle. Mientras observaba, Kershaul saltó al muelle, llevando su máscara de Lechuza de las Cavernas.

Parecía encontrarse en un estado de ánimo distraído, pues pasó ante la casa flotante de Thissell sin elevar siquiera la mirada del suelo.

Thissell volvió su atención al cuerpo. Entonces, sin ninguna duda, se trataba de Angmark. ¿Acaso no habían desembarcado tres hombres de las casas flotantes de Rolver, Welibus y Kershaul, llevando cada uno sus máscaras características? Evidentemente, se trataba del cuerpo de Angmark. Pero aquella solución tan sencilla se negaba a posarse tranquilamente en la mente de Thissell. Kershaul había señalado que cualquier otro extraño procedente de un mundo exterior sería rápidamente identificado. ¿De qué otro modo se podía mantener oculto Angmark, a menos que...? Thissell apartó el pensamiento de su mente. Evidentemente, el cuerpo era el de Angmark.

Y sin embargo...

Thissell llamó a los esclavos y les ordenó traer al muelle una caja adecuada para colocar el cuerpo en ella y llevarlo a un lugar también adecuado para su reposo final. Los esclavos no mostraron ningún entusiasmo por la tarea, y Thissell se vio obligado a tocar su hymerkin con fuerza, aunque no con habilidad, para dar mayor énfasis a sus órdenes.

Echó a andar por el muelle, dobló hacia la explanada, pasó junto al despacho de Cornely Welibus y enfiló el agradable y estrecho camino que conducía al muelle de desembarco.

Al llegar, descubrió que Rolver aún no había aparecido por allí. Un esclavo superior, a quien se le reconocía su status mediante un redondel amarillo que llevaba en su máscara de tela negra, le preguntó cómo podría serle de alguna ayuda. Thissell dijo que deseaba enviar un mensaje a Polípolis.

Aquello no representaba ninguna dificultad, le declaró el esclavo. Si Thissell escribía su mensaje en letras claras y mayúsculas, sería enviado inmediatamente.

Thissell escribió:

«Extraño de mundo exterior encontrado muerto; posiblemente Angmark. Edad 48, físico medio, pelo castaño. Faltan otros medios de identificación. Espero contestación y/o instrucciones.»

Dirigió el mensaje a Castel Cromartin, en Polípolis, y se lo entregó al esclavo superior. Un instante después, escuchó el chisporroteo característico de la descarga transespacial.

Transcurrió una hora. Rolver seguía sin aparecer. Thissell estuvo paseando impacientemente frente a la oficina, de un lado a otro. No había forma de saber cuánto tiempo tendría que esperar. El tiempo de transmisión transespacial variaba de un modo impredecible. A veces, el mensaje se abría camino en cuestión de microsegundos; otras veces, se retrasaba vagando durante horas por regiones desconocidas; y se habían dado casos demostrables de mensajes recibidos antes incluso de que fueran transmitidos.

Transcurrió otra media hora y Rolver llegó finalmente, con su acostumbrada máscara de Pájaro de la Montaña. En aquel instante, Thissell escuchó el silbido del mensaje que llegaba.

Rolver pareció sorprendido al ver a Thissell allí.

—¿Qué te trae por aquí tan temprano?

—Se trata del cadáver que me enviaste esta mañana —explicó Thissell—. Me estoy comunicando con mis superiores sobre el particular.

Rolver levantó la cabeza y escuchó también el sonido del mensaje que estaba llegando.

—Parece que estás recibiendo una respuesta. Será mejor que lo atienda.

—¿Por qué te molestas? —preguntó Thissell—. Tu esclavo parece muy eficiente.

—Es mi trabajo —replicó Rolver—. Soy responsable de la más exacta transmisión y recepción de todos los mensajes.

—Voy contigo —dijo Thissell—. Siempre he deseado observar la operación del equino.

—Me temo que eso es algo poco legal —dijo Rolver; se dirigió hacia la puerta que daba paso al compartimento interior y añadió—: Tendré tu mensaje en un instante.

Thissell protestó, pero Rolver le ignoró y se metió en la oficina interior.

Cinco minutos después volvió a aparecer, llevando un pequeño sobre amarillo.

—No son muy buenas noticias —le anunció, con una conmiseración no muy convincente.

Sombríamente, Thissell abrió el sobre. El mensaje decía:

«El cuerpo no es de Angmark. Angmark tiene el pelo negro. ¿Por qué no le encontró al desembarcar? Sería infracción muy disgustado. Regrese a Polípolis en la primera oportunidad.

»Castel Cromartin.»

Thissell se puso el mensaje en el bolsillo.

—A propósito, ¿puedo preguntarle cuál es el color de su pelo?

Rolver tocó un pequeño son de sorpresa en su kiv.

—Soy bastante rubio. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por simple curiosidad.

Rolver tocó otro acorde en su kiv.

—Ahora comprendo. Mi querido amigo, ¿qué naturaleza más sospechosa tienes! ¡Mira!

Se volvió y apartó los pliegues de su máscara, por la parte de la nuca. Thissell comprobó que Rolver era realmente rubio.

—¿Estás convencido? —preguntó Rolver.

—¡Oh, claro! —contestó Thissell—. Oye, otra cosa, ¿tienes alguna otra máscara para prestarme? Ya estoy harto de esta Mariposa Lunar.

—Me temo que no —contestó Rolver—. Pero no tienes más que acudir a una tienda de máscaras y hacer una selección.

—Sí, claro —admitió Thissell.

Se despidió de Rolver y emprendió el camino de regreso a Fan. Al pasar junto a la oficina de Welibus dudó un momento, y finalmente se decidió a entrar. Welibus llevaba una extraña confección de prismas de cristal verde y abalorios de plata, una máscara que Thissell nunca había visto con anterioridad.

Welibus le saludó cautelosamente, con un acompañamiento de su kiv.

—Buenos días, Ser Mariposa Lunar.

—No te ocuparé mucho tiempo —dijo Thissell—, pero tengo que hacerte una pregunta bastante personal. ¿De qué color tienes el pelo?

Welibus dudó una fracción de segundo; después, se volvió de espaldas y levantó la parte posterior de su máscara. Thissell vio unos rizos de profundo color negro.

—¿Contesta eso a tu pregunta?

—Por completo —dijo Thissell.

Cruzó la explanada y se dirigió hacia el muelle donde se encontraba la casa flotante de Kershaul, quien le saludó sin entusiasmo y le invitó a subir a bordo con un resignado movimiento de la mano.

—Me gustaría hacerle una pregunta —dijo Thissell—. ¿De qué color es su pelo?

Kershaul se echó a reír tristemente.

—El poco que me queda es de color negro. ¿Por qué lo pregunta?

—Por curiosidad.

—Vamos, vamos —dijo Kershaul con una franqueza desacostumbrada—. Hay algo más que eso.

Thissell, sintiendo la necesidad de algún consejo, lo admitió.

—Esta es la situación. Una persona de otro mundo, muerta, fue encontrada en el puerto esta mañana. Su pelo era castaño. No estoy completamente seguro, pero las posibilidades son..., veamos, sí, dos contra tres a que el pelo de Angmark es negro.

Kershaul se llevó la mano a la barbilla de su máscara de Lechuza de las Cavernas.

—¿Y cómo llega a esa conclusión?

—La información me ha llegado a través de Rolver. El tiene el pelo rubio. Si Angmark ha suplantado la personalidad de Rolver, alterará evidentemente la información que me ha llegado esta mañana. Tanto usted como Welibus han admitido tener el pelo negro.

—Hmmm... —murmuró Kershaul—. Veamos si sigo su línea de razonamiento. Cree usted que Haxo Angmark ha asesinado a Rolver, Welibus, o a mí mismo, asumiendo después la identidad del asesinado, ¿no es eso?

Thissell le miró sorprendido.

—Usted mismo dijo que Angmark no podría instalarse sin ponerse al cubierto con facilidad. ¿No lo recuerda?

—¡Oh, sí, desde luego! Continuemos. Rolver le entrega un mensaje en el que se afirma que Angmark tiene el pelo negro, y afirma que él mismo es rubio.

—Sí. ¿Puede usted verificar eso? Quiero decir en cuanto al viejo Rolver.

—No —contestó Kershaul tristemente—. No he visto ni a Rolver ni a Welibus sin llevar puestas sus máscaras.

—Si Rolver no es Angmark —musitó Thissell—; si Angmark tiene realmente el pelo negro, entonces tanto usted como Welibus son sospechosos.

—Muy interesante —dijo Kershaul, examinando a Thissell cautelosamente—. En ese sentido, usted mismo podría ser Angmark. ¿De qué color es su pelo?

—Castaño —replicó Thissell con sequedad.

Y, para demostrarlo, elevó la piel gris de la máscara Mariposa Lunar por la parte posterior de la cabeza.

—Pero me puede estar engañando en cuanto al texto del mensaje —continuó diciendo Kershaul.

—No lo estoy haciendo —dijo Thissell fatigadamente—. Si le preocupa, puede comprobarlo con Rolver.

—No es necesario —dijo Kershaul—. Le creo. Pero aún hay otra cuestión. ¿Qué me dice de la voz? Usted nos ha escuchado a todos nosotros tanto antes como después de la llegada de Angmark. ¿No posee ninguna pista en ese sentido?

—No. Estoy tan alerta ante cualquier prueba de cambio que todos ustedes me parecen diferentes. Y las máscaras amortiguan las voces.

Kershaul se volvió a pasar la mano por la barbilla.

—No veo ninguna solución inmediata al problema —dijo, emitiendo una risita contenida—. En cualquier caso, ¿tiene que haberla? Antes de la llegada de Angmark estábamos Rolver, Welibus, Kershaul y Thissell. Ahora, para todos los propósitos prácticos, seguimos estando Rolver, Welibus, Kershaul y Thissell. ¿Quién puede decir que el nuevo miembro no represente una mejora sobre el antiguo?

—Un pensamiento muy interesante —admitió Thissell—, pero sucede que tengo un interés personal en identificar a Angmark. Mi propia carrera depende de ello.

—Comprendo —murmuró Kershaul—. En este caso, la situación se convierte en un asunto entre usted mismo y Angmark.

—¿No me ayudará usted?

—No, al menos activamente. Me siento impregnado por el individualismo. Y creo que tanto Rolver como Welibus le contestarán de un modo muy similar —suspiró y añadió—: Todos nosotros hemos estado demasiado tiempo aquí.

Thissell se quedó callado, sumido en profundos pensamientos, Kershaul esperó pacientemente un momento y después dijo:

—¿Tiene usted alguna otra pregunta que hacerme?

—No —contestó Thissell—. Únicamente tengo que pedirle un favor.

—Haré todo lo que pueda por complacerle —contestó Kershaul cortésmente.

—Déme o présteme a uno de sus esclavos, durante una semana o dos.

Kershaul tocó una divertida exclamación en el ganga.

—No me gusta desprenderme de ninguno de mis esclavos; ellos me conocen y también conocen mis costumbres.

—En cuanto capture a Angmark, lo volverá a tener con usted.

—Muy bien —admitió Kershaul. Tocó una serie de acordes en su hymerkin y apareció un esclavo.

—Anthony —cantó Kershaul—, tienes que marcharte con Ser Thissell y servirle durante un corto espacio de tiempo.

El esclavo se inclinó, sin ningún placer.

Thissell se llevó a Anthony a su casa flotante y le interrogó largamente, anotando algunas de sus respuestas en un cuaderno. Después pidió a Anthony que no dijera nada de lo ocurrido y le dejó al cuidado de Toby y Rex. Dio instrucciones de apartar la casa flotante del muelle, y de no permitir a nadie subir a bordo hasta que él regresara.

Después recorrió de nuevo el camino que le separaba del puerto de desembarco, y encontró a Rolver comiendo pescado troceado, corteza picada del árbol de ensalada y un cuenco de pasas nativas. Rolver tocó una orden en el hymerkin y un esclavo preparó un lugar para que Thissell se sentara.

—¿Qué tal marchan las investigaciones?

—Difícilmente puedo afirmar que haya hecho algún progreso —dijo Thissell—. Supongo que puedo contar con tu ayuda, ¿verdad?

—Tienes todos mis buenos deseos —contestó Rolver echándose a reír.

—Pasando a cosas más concretas —pidió Thissell—. Me gustaría que me prestaras uno de tus esclavos. Temporalmente.

—¿Para qué? —preguntó Rolver dejando de comer.

—Será mejor que no te lo explique —contestó Thissell—. Pero puedes tener la seguridad de que no es ninguna petición tonta.

Sin que aquello le hiciera mucha gracia, Rolver llamó a un esclavo y lo puso al servicio de Thissell.

Cuando regresaba a su casa flotante, Thissell se detuvo ante el despacho de Welibus.

—Buenas tardes, Ser Thissell —le saludó Welibus levantando la mirada de su trabajo.

—Ser Welibus —pidió Thissell, abordando directamente el asunto que le interesaba—, ¿me podría prestar un esclavo durante unos cuantos días?

Welibus dudó un momento y después se encogió de hombros.

—¿Por qué no? —tocó su hymerkin y poco después apareció un esclavo—. ¿Te va bien éste? ¿O preferirías una joven? —y se echó a reír por lo bajo de un modo bastante ofensivo, según pensó Thissell.

—Con éste me arreglaré bien. Te lo devolveré dentro de unos cuantos días.

—No hay prisa —dijo Welibus haciendo un gesto sin importancia y volviendo a su trabajo.

Thissell siguió hasta su casa flotante, donde, por separado, interrogó a cada uno de los nuevos esclavos y tomó nota en su cuaderno.

El anochecer fue cayendo suavemente sobre el océano Titanic. Toby y Rex apartaron la casa flotante del muelle, enfilando hacia las aguas plateadas. Thissell permaneció sentado en cubierta, escuchando el sonido de voces muy suaves, y la ligera agitación y tintineo de los instrumentos musicales. Las luces de las casas flotantes brillaban con un color amarillo y rojo pálido. La orilla estaba oscura; los hombres de la noche no tardarían en aparecer, andando furtivamente, para detenerse ante el agua, mirándola fijamente, con una especie de rechazo y atracción a la vez.

Dentro de nueve días el Buenaventura pasaría por Sirene en su viaje regular; Thissell tenía órdenes de regresar a Polípolis. ¿Podría localizar a Haxo Angmark en el plazo de nueve días?

Nueve días no eran muchos, pensó Thissell, pero posiblemente serían suficientes.

Transcurrieron dos días, y tres y cuatro y cinco. Thissell desembarcaba cada día, y al menos una vez, visitaba a Rolver, Welibus y Kershaul.

Cada uno de ellos reaccionaba de un modo diferente ante su presencia. Rolver se mostraba sardónico e irritable; Welibus formal y amable, al menos superficialmente; Kershaul tranquilo y suave, pero evidentemente impersonal y sin interés en la conversación.

Thissell se mostró igualmente condescendiente con las ironías de Rolver, con la locuacidad de Welibus y con el rechazo de Kershaul. Y cada uno de los días, cuando regresaba a su casa flotante, tomaba notas en su cuaderno.

Llegaron al sexto, el séptimo y el octavo días, y pasaron. Rolver, de una forma bastante directa y brutal, quiso saber si Thissell deseaba reservar pasaje en el Buenaventura. Thissell lo consideró un momento y dijo:

—Sí, será mejor que reserves pasaje para uno.

—De regreso al mundo de los rostros —comentó Rolver, temblando—. ¡Rostros! Todo son rostros, pálidos, con ojos de pez. Bocas como pulpa, narices arrugadas y puntiagudas; rostros gruesos y delgados. No creo que pudiera resistirlo después de haber vivido aquí. Afortunadamente, tú no te has convertido en un verdadero sirenés.

—Pero no seré yo el que se marche —dijo Thissell.

—Creía que me habías dicho que te reservara un pasaje.

—Sí, pero para Haxo Angmark. Será él quien regrese a Polípolis en el transbordador.

—Bien, bien —dijo Rolver—. Así es que le has descubierto.

—Desde luego —admitió Thissell—. ¿Es que tú no?

—O es Welibus, o es Kershaul —contestó Rolver, encogiéndose de hombros—. Eso es todo lo que he podido llegar a saber. Mientras lleve su máscara y se llame a sí mismo Welibus o Kershaul, no significa nada para mí.

—Para mí sí que significa mucho —comentó Thissell—. ¿A qué hora se marchará la barcaza mañana?

—A las once veintidós en punto. Si Haxo Angmark se va a marchar, dile que venga a la hora en punto.

—No te preocupes, estará aquí —contestó Thissell.

Después realizó sus visitas habituales a Welibus y a Kershaul, para regresar finalmente a su casa flotante y escribir tres notas finales en su cuaderno.

La prueba estaba allí, clara y convincente. No se trataba de una prueba absolutamente incontrovertible, pero era suficiente para permitirle hacer un movimiento final. Comprobó el estado de su arma. Mañana sería el día decisivo. No se podía permitir cometer errores.

El día amaneció con un luminoso color blanco y el cielo parecía como el interior de la concha de una ostra. Mireille se elevó sobre una neblina iridiscente. Toby y Rex dirigieron la casa flotante hacia el muelle. Las otras tres casas flotantes de los seres procedentes de otros mundos flotaban con somnolencia sobre las suaves olas.

Thissell observó en particular una de las casas; aquella cuyo propietario había sido asesinado por Haxo Angmark y arrojado al puerto. El bote en cuestión se movió hacia la orilla y el propio Haxo Angmark se encontraba sobre la cubierta de proa, llevando una máscara que Thissell no había visto antes: una construcción de plumas de color escarlata, cristal negro y pelo verde en punta.

Thissell se vio obligado a admirar su serenidad, Un plan muy inteligente, planeado y ejecutado con astucia, pero echado a perder por una dificultad insuperable.

Angmark se veía atrapado en ella. La casa flotante llegó al muelle. Los esclavos lanzaron los cabos de amarre y bajaron la pasarela. Thissell, con el arma lista en su bolsillo, se arregló las ropas y bajó al muelle, tras lo cual subió a bordo. Abrió la puerta que daba al salón. El hombre que estaba sentado ante la mesa levantó su máscara roja, negra y verde, con sorpresa.

—Angmark —dijo Thissell—, por favor, no discutas, ni hagas ningún...

Algo duro y pesado le agarró por detrás; fue arrojado al suelo y alguien le quitó el arma con gran habilidad.

Detrás de él sonó el hymerkin y una voz cantó:

—Ata las manos a ese tonto.

El hombre que estaba sentado ante la mesa se levantó y se quitó la máscara roja, blanca y verde para poner al descubierto la ropa negra de un esclavo. Thissell dobló la cabeza. Sobre él se encontraba Haxo Angmark, con una máscara que Thissell reconoció como la de un Domador de Dragones, fabricada en metal negro, con una nariz muy puntiaguda, unos párpados superpuestos y tres crestas corriendo hacia atrás sobre el cuero cabelludo.

La expresión de la máscara era indescifrable, pero la voz de Angmark sonó triunfante:

—Te he atrapado con mucha facilidad.

—Así es, en efecto —admitió Thissell. El esclavo terminó de atar sus muñecas. Un sonido de hymerkin de Angmark le hizo marcharse.

—Y ahora ponte en pie —ordenó Angmark— y siéntate en esa silla.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó Thissell.

—Dos de nuestros compañeros están aún en el agua. No los necesitamos para lo que tengo pensado hacer.

—¿Qué es?

—Lo sabrás cuando llegue el momento —contestó Angmark—. Disponemos de una hora o poco más.

Thissell comprobó sus ligaduras. Estaban seguras, sin lugar a dudas. Angmark se sentó a su lado.

—¿Cómo te fijaste en mí? Admito que siento curiosidad. Vamos, vamos —le reprendió, mientras Thissell permanecía sentado, en silencio—. ¿No puedes reconocer que te he derrotado? No hagas que las cosas sean más desagradables para ti.

—He trabajado de acuerdo con un principio básico —terminó por decir Thissell, encogiéndose de hombros—. Un hombre puede enmascarar su rostro, pero no su personalidad.

—¡Vaya! —exclamó Angmark—. Muy interesante. Sigue.

—Tomé prestado un esclavo de cada uno de vosotros tres y les interrogué cuidadosamente. ¿Qué máscaras habían llevado sus respectivos dueños durante el mes anterior a tu llegada? Preparé un esquema y fui anotando sus respuestas. Rolver llevó la máscara del Pájaro Pequeño de Montaña durante el ochenta por ciento del tiempo, el restante veinte por ciento lo dividió entre la Abstracción Sofista y el Negro Intrincado. Welibus tenía cierto gusto para los héroes del ciclo de Kan Dachan. Llevó el Chalekun, el Príncipe Intrépido y el Villano Marino durante la mayor parte del tiempo: seis días de cada ocho. Los otros dos días llevaba su Viento del Sur o su Compañero Alegre. Kershaul, más conservador, prefería la Lechuza de las Cavernas, el Emigrante de las Estrellas y otras dos máscaras que llevaba a intervalos caprichosos.

»Como ya he dicho, conseguí toda esa información de la fuente más exacta posible, los esclavos. Mi siguiente paso fue observaros atentamente a los tres. Cada día anotaba la máscara que llevabais y las comparaba con el esquema que me había hecho. Rolver llevaba su Pájaro Pequeño de Montaña en seis ocasiones, y su Negro Intrincado en dos. Kershaul llevó su Lechuza de las Cavernas en cinco ocasiones, el Emigrante de las Estrellas una vez, el Quincunx una vez, y su Ideal de Perfección otra vez. Welibus llevó la Montaña Esmeralda dos veces, el Fénix Triple en tres ocasiones, el Príncipe Intrépido una, y el Dios Tiburón otras dos veces.

Angmark hizo un gesto de asentimiento, pensativamente.

—Comprendo mi error. Seleccioné de entre las máscaras de Welibus, pero de acuerdo con mi propio gusto y, como has señalado, me puse al descubierto. Pero sólo ante ti —se levantó, dirigiéndose hacia la ventana y desde allí dijo—: Kershaul y Rolver se acercan ahora a la orilla. No tardarán en marcharse, cada uno a su trabajo, aunque dudo que se atrevieran a intervenir; los dos se han convertido en buenos sireneses.

Thissell esperó en silencio. Transcurrieron diez minutos. Después, Angmark se dirigió hacia un estante y cogió un cuchillo. Miró a Thissell y ordenó:

—Levántate.

Thissell se levantó con lentitud. Angmark se le aproximó por un lado y quitó de la cabeza de Thissell la Mariposa Lunar. Thissell boqueó y realizó un inútil intento por no perder su máscara. Pero demasiado tarde; su rostro quedó al descubierto, desnudo.

Angmark se volvió, se quitó su propia máscara y se colocó la Mariposa Lunar. Hizo sonar entonces un acorde de su hymerkin. Entraron dos esclavos en el salón y se detuvieron de pronto, perplejos, al ver a Thissell sin máscara.

—Llevad a este hombre al muelle —cantó Angmark, tocando bruscamente su instrumento.

—¡Angmark! —gritó Thissell—. ¡Estoy sin máscara!

Los esclavos le agarraron, y a pesar de los desesperados esfuerzos de Thissell le llevaron hasta la cubierta, le hicieron bajar por la pasarela y le condujeron al muelle.

Angmark colocó una cuerda alrededor del cuello de Thissell.

—Ahora —dijo—, eres Haxo Angmark, y yo soy Edwer Thissell. Welibus está muerto, y tú lo estarás pronto. Puedo llevar a cabo tu trabajo sin gran dificultad. Tocaré los

instrumentos musicales como un hombre de la noche y cantaré como un cuervo. Llevaré la Mariposa Lunar hasta que se deshaga y después conseguiré otra. Enviaré un informe a Polípolis: Haxo Angmark está muerto. Y todo quedará tranquilo.

—No puedes hacer eso —murmuró Thissell, que apenas le había escuchado—. Mi máscara, mi rostro...

Una mujer, que llevaba una máscara de flores azules y rosa, bajó por el muelle. Vio a Thissell y emitió un agudo grito, arrojándose al suelo con el rostro hacia abajo.

—Vamos —dijo Angmark casi alegremente.

Tiró de la cuerda y fue arrastrando a Thissell por el muelle, dando traspies. Un hombre que llevaba una máscara de Capitán Pirata y que en aquellos momentos salía de su casa flotante, se quedó mirándolos, rígido de asombro.

Angmark tocó el zachinko y le dijo:

—¡Contemplad al célebre criminal Haxo Angmark! Su nombre es famoso en todos los mundos exteriores; ahora ha sido capturado y es conducido a su muerte en la ignominia. ¡Contemplad a Haxo Angmark!

Entraron en la explanada. Un niño gritó, lleno de terror; un hombre lanzó un bramido. Thissell dio un nuevo traspies; las lágrimas se le salían de los ojos; sólo podía ver figuras y colores borrosos. La voz de Angmark sonaba con fuerza:

—¡Que todo el mundo observe al criminal de los mundos exteriores, Haxo Angmark! ¡Venid y observad su ejecución!

Febrilmente, Thissell gritó:

—Yo no soy Angmark. Yo soy Edwer Thissell; él es Angmark.

Pero nadie le hizo el menor caso; sólo se escuchaban gritos de consternación, conmoción y disgusto ante la visión de su rostro. Dirigiéndose a Angmark, Thissell dijo:

—Dame mi máscara, una ropa de esclavo...

—Vivió en la vergüenza —gritó Angmark con alegría— y morirá en la vergüenza de no llevar máscara.

Un Duende del Bosque se detuvo entonces delante de Angmark.

—Mariposa Lunar, ya nos hemos encontrado antes.

—Apartaos, amigo Duende... —cantó Angmark—. Tengo que ejecutar a este criminal. ¡Vivió en la vergüenza y morirá en la vergüenza!

Una multitud se había ido formando alrededor del grupo; las máscaras miraban fijamente a Thissell, con una mórbida excitación.

El Duende del Bosque dio una sacudida a la cuerda que tenía Angmark entre las manos, quitándosela y arrojándola al suelo. La multitud rugió. Las voces gritaron:

—¡Duelo no! ¡Duelo no! ¡Ejecutad al monstruo!

Alguien arrojó un trozo de ropa sobre la cabeza de Thissell. Este esperó el golpe mortal de una cimitarra. Pero, en lugar de sentirlo, se dio cuenta de que le estaban cortando las ligaduras. Rápidamente se ajustó el trozo de ropa, ocultando su rostro y mirando por entre los pliegues.

Cuatro hombres agarraron a Haxo Angmark. El Duende del Bosque se enfrentó a él, tocando el skaranyi:

—Hace una semana, os atrevisteis a intentar quitarme mi máscara. ¡Ahora, habéis conseguido vuestro propósito con otro!

—¡Pero si es un criminal! —gritó Angmark—. ¡Es famoso! ¡Es un infame!

—¿Cuáles son sus delitos? —cortó el Duende del Bosque.

—Ha asesinado y engañado; ha hundido barcos; ha torturado, extorsionado, robado, vendido a niños como esclavos; ha...

El Duende del Bosque le detuvo.

—Vuestras diferencias de religión no tienen la menor importancia. Sin embargo, ¡podemos confirmar vuestros crímenes actuales!

El mozo de cuerdas dio un paso hacia adelante. Cantó con gran fiereza:

—Esta insolente Mariposa Lunar trató de apropiarse hace nueve días de mi mejor montura.

Se acercó entonces otro hombre. Llevaba la máscara de un Experto Universal, y cantó:

—Soy un fabricante de máscaras. ¡Reconozco a esta Mariposa Lunar de otro mundo! Hace poco entró en mi tienda y denigró mis habilidades. ¡Merece la muerte!

—¡Muerte al monstruo de otro mundo! —gritó la multitud.

Una oleada de hombres se adelantó. Las hojas de acero fueron desenvainadas, elevadas y finalmente cayeron con fuerza, cumpliendo así la sentencia.

Thissell lo observó todo, incapaz de moverse. El Duende del Bosque se aproximó a él y tocando el stimic, cantó rígidamente:

—Por vos sentimos piedad, pero también desprecio. ¡Un verdadero hombre no sufriría nunca tales indignidades!

Thissell respiró profundamente. Se llevó la mano al cinturón y encontró su zachinko. Después cantó:

—Amigo, ¡me tratáis injustamente! ¿Es que no podéis apreciar la verdadera valentía? ¿Qué preferiríais, morir en combate o andar sin máscara por la explanada?

—Sólo hay una contestación posible —cantó el Duende del Bosque—. Primero moriría en combate, no podría soportar tal vergüenza.

—Yo tuve esa oportunidad —cantó Thissell—, Podía luchar con mis manos atadas y morir así, o podía sufrir la vergüenza y conquistar a mi enemigo a través de esa misma vergüenza. Admitís que os falta strakh suficiente para conseguir este objetivo. ¡Yo he demostrado ser un héroe valeroso! Yo pregunto, ¿quién, de entre los presentes, tiene el coraje de hacer lo que yo he hecho?

—¿Coraje? —preguntó el Duende del Bosque—. Yo no temo a nada, ni siquiera a la muerte a manos de los hombres de la noche.

—Entonces, contestad.

El Duende del Bosque retrocedió. Tocó su kamanthil doble y admitió:

—Sí, valentía es si tales fueron vuestros propósitos.

El mozo de cuadra tocó una serie de suaves acordes en su gomapard y cantó:

—Ningún hombre de entre nosotros se atrevería a hacer lo que ha hecho este hombre sin máscara.

La multitud lanzó murmullos de aprobación.

El fabricante de máscaras se aproximó a Thissell, tocando obsequiosamente su kamanthil doble:

—Os lo ruego, lord Héroe, entrad en mi cercana tienda y cambiad ese vil paño por una máscara adecuada a vuestro strakh.

En aquel momento, otro fabricante de máscaras cantó:

—Antes de elegir, lord Héroe; ¡examinad mis magníficas creaciones!

Un hombre que llevaba una máscara de Pájaro Magnífico del Cielo se aproximó reverentemente a Thissell:

—Acabo de terminar una suntuosa casa flotante; diecisiete años de trabajo he dedicado a su fabricación. Garantizadme la buena fortuna de aceptar y utilizar esta espléndida obra de artesanía; a bordo de ella, y esperando serviros, están alertas los esclavos y las agradables doncellas; hay en ella buenos vinos almacenados y suaves alfombras de seda sobre la cubierta.

—Gracias —contestó Thissell, haciendo sonar el zachinko con vigor y confianza en sí mismo—. Lo acepto con placer. Pero primero, una máscara.

El fabricante de máscaras hizo sonar un acorde interrogativo en su gomapard.

—¿Consideraría el lord Héroe un Dragón Marino Conquistador por debajo de su dignidad?

—De ningún modo —dijo Thissell—. La considero adecuada y satisfactoria. Ahora mismo iremos a examinarla.

FIN